

LAS PREGUNTAS DE DIOS

Ricardo Hussey

**1ª. Edición: Junio de 2006.
2ª. Edición: Septiembre de 2006.**

**Depósito Legal: SE-2699-06
I.S.B.N.: 84-611-0766-7**

Salvo los casos en que se indica lo contrario, todas las citas han sido tomadas de la versión Casiodoro de Reina, Revisión de 1960.-

ÍNDICE

Prólogo.- José Gallardo Cortés.-

Introducción del autor.-

Capítulo 1.- Las primeras preguntas.

Capítulo 2.- Caín y Abel.

Capítulo 3.- Sarai y Agar.

Capítulo 4.- Las preguntas de Dios a Job.

Capítulo 5.- La cueva de Elías.

Capítulo 6.- ¿Con qué limpiará el joven su camino?

Capítulo 7.- La gran pregunta de Jehú.

Capítulo 8.- Los consuelos de Isaías.

Capítulo 9.- Más preguntas de Isaías.

Capítulo 10.- Jeremías, el profeta preguntón.

Capítulo 11.- Aprendiendo a nadar.

Capítulo 12.- La plomada y el candelabro todo de oro.

Capítulo 13.- Preguntas a través de Pablo en Romanos.

Capítulo 14.- Tres preguntas sobre el Espíritu Santo.

Capítulo 15.- Más preguntas de Pablo.

Capítulo 16.- Las preguntas de Jesús. (1)

Capítulo 17.- Las preguntas de Jesús. (2)

Capítulo 18.- Las preguntas de Jesús. (3)

Capítulo 19.- Las preguntas de Jesús. (4)

Capítulo 20.- La más importante de todas las preguntas.

----- () -----

PRÓLOGO

Cuando un siervo de Dios con casi ochenta años escribe de seguido cuatro o cinco libros, es porque tiene algo que decir, y que desea quede como testamento espiritual.

Al igual que en sus libros anteriores, Ricardo Hussey se propone profundizar pasajes y verdades bíblicas, sacándoles todo su jugo. "Las Preguntas de Dios" son un buen hilo conductor para llegar a compartir una serie de principios bíblicos, de consejos prácticos sazonados de sentido común, y hasta de humor, que serán útiles para todos.

Siempre a la búsqueda de la excelencia, de la santidad, de la pureza de motivaciones y de comportamientos correctos, Ricardo Hussey nos hace atravesar estas preguntas y sus respuestas, con un lenguaje sencillo y coloquial, pero profundo, sabiendo separar la paja del grano, y dando a comer un alimento sólido y al mismo tiempo digerible.

La sabiduría y equilibrio que caracterizan a Ricardo y su esposa Sylvia, la hemos podido disfrutar en sus visitas regulares a nuestra iglesia. Encontramos en el libro, algunas de las enseñanzas que le hemos oído en esas ocasiones, y que es bueno tener en este formato para leerlas una y otra vez.

Adentrarnos en la lectura del libro, es como ir a la caza de tesoros ocultos que la experiencia y el conocimiento de nuestro amado hermano nos hacen descubrir. A veces, es como estar sentados junto a él al calor de la chimenea, y escuchar los consejos de un anciano experimentado que nos enseña a vivir la vida cristiana.

Las anécdotas sacadas de su propia vida, nos transmiten una gran información y conocimiento bíblico, nos dan ánimo y nos hacen sonreír, aunque también nos cuestionan.

El autor escribe con claridad y "sin pelos en la lengua" como él mismo diría. Tiene la libertad del que no debe nada a nadie sino es el amor. Al mismo tiempo, tiene una serenidad propia del marinero que sabe llevar su barca a través de mares tempestuosos. Simplemente, su testimonio es de gran inspiración y nos lleva a reflexionar sobre cómo conducir nuestra vida.

Este libro nos desafía con sus preguntas, a veces nos molesta y siempre nos acerca a la Palabra y Espíritu de Dios. Nos lleva a amar más a Jesús y a la iglesia, y nos abre la puerta al llamado misionero. Por otra parte, sus experiencias con comunidades cristianas que han atravesado diferentes problemas y los casos que cuenta de errores cometidos en el ministerio, nos ayudan a no caer en las mismas trampas en que otros cayeron.

En resumen, éste es un libro cálido, práctico y sincero, que todo aquél que quiera aprender más a través de la vida de un siervo probado y aprobado debería leer. Como otros de sus libros, también recomendamos éste para grupos de estudio bíblico.

Gracias Ricardo por tomar el tiempo de transmitirnos tanta devoción y riqueza espiritual.

José Gallardo Cortés

José Gallardo preside desde hace más de veinticinco años la Asociación de Comunidades Cristianas para la Rehabilitación de Marginados (Accorema), y es pastor de la iglesia "Piedras Vivas" en Quintanadueñas, Burgos.

Nació en Albacete en 1944, a los 11 años quiso entrar en la Orden de Predicadores y estudió en un seminario de los Padres Dominicos. En 1964 emigró a Bruselas donde se convirtió al Señor. Cursó estudios teológicos en Uruguay, Estados Unidos y Bruselas, donde residió por 10 años y donde fue copastor de la iglesia española. De 1973 a 1977 fue profesor en la Escuela Bíblica Menonita Europea de Bienenberg, Suiza.

En 1978 se unió a las Comunidades Cristianas de Burgos y junto con un equipo de colaboradores, lleva a cabo desde entonces una labor de rehabilitación y inserción social de marginados, con un programa en el Centro Penitenciario de Burgos, que contribuyó a la formación de varias iglesias en esta ciudad.

En Burgos encontró a su esposa, Carmen Ochoa, que es su ayuda idónea en la obra del Señor. Tienen dos hijas, Sonia y Melisa, y un hijo, de nombre Rubén.

Es autor de los libros titulados "Libertad a los Cautivos" y "El Concepto Bíblico de Justicia." Recientemente ha llevado a cabo extensiones de la obra en Aguilar de Campóo (Palencia), en la ciudad autónoma de Ceuta, en Marruecos y últimamente en Tobarra (Albacete)

Su ministerio se extiende a otras partes de España y también al extranjero, sobre todo Francia.

LAS PREGUNTAS DE DIOS

INTRODUCCIÓN

Curiosísimo el tema, y además, por lo menos para quien esto escribe, sumamente apasionante; y al mismo tiempo, indicativo de cómo la Biblia – esa mina inagotable de tesoros – puede ser explorada y sondeada en tantas y tantas formas distintas.

Pero vayamos por partes. Un tema curioso, sí, curiosísimo, porque ¿a quién se le ocurre que ese Ser Supremo, omnisciente y sapientísimo, pueda hacer preguntas?

¿Acaso necesita ser informado de algo? ¿hay algo que ignora y le hace falta que se le ponga en conocimiento de ello?

¡Por supuesto que no! Él todo lo sabe, todo lo ve, todo lo comprende, y a la más acabada perfección.

Sin embargo, en Su sagrado libro que nos ha legado, encontramos que Dios hace muchas, muchísimas preguntas. Fijaos que en el muy breve libro de Malaquías, el último del Antiguo Testamento, a Sus sacerdotes y a Su pueblo les hace nada menos que dieciseis preguntas. Y en una gran parte del resto de las Escrituras, hechas ya sea a través de Sus siervos o por parte de Él mismo en forma directa, hallamos una gran profusión de preguntas de la más surtida variedad.

¿Qué fin persiguen Sus preguntas?

Desde luego que varios fines, distintos según el caso. En muchas ocasiones, quizá en la mayoría, Él busca, por medio de ellas, llamarnos a la reflexión o a la realidad de las cosas, cuando nos podemos encontrar engañados, en peligro o mal enfocados. Su motivación es siempre el amor, que busca nuestro bien, y en tales situaciones, sacarnos de lo ilusorio o engañoso, del error o del peligro, para situarnos en el terreno sólido de la verdad e, idealmente, de Su plena voluntad para nuestras vidas.

En otras ocasiones el propósito que persiguen Sus preguntas es el de llamarnos la atención, para mostrarnos o hacernos comprender algo importante que, o bien desconocemos, o no hemos visto y apreciado en su debida magnitud.

En todavía otras, como Mateo 13:51, lo hace para que, recapitando, nos cercioremos de que hayamos entendido bien lo que nos ha estado queriendo decir.

En fin, esos son algunos de los fines de las preguntas de Dios. Y hemos de agregar que, en el terreno de la comunicación de ideas, principios y verdades, el saber intercalar preguntas sabiamente tiene un cúmulo de virtudes. No sólo ameniza la lectura y rompe lo que puede ser una monotonía anodina, sino que ayuda al interrogado a ubicarse en el ambiente, la atmósfera, el entorno o la esencia de lo que se está tratando o narrando. Así podrá apreciarlo, y aun saborearlo todo, mucho mejor, y la comunicación será, al par que más interesante y vivaz, mucho más efectiva y provechosa.

Por supuesto que todo esto – y claro está que mucho más – es muy bien sabido por el Espíritu Santo, Quien ha inspirado las Escrituras. Y por ello, con Su genio tan fino y vibrante a la vez, se ha encargado de salpicar profusamente con Sus muchísimas preguntas, una buena parte de los libros que las componen.

Dijimos al principio que el tema nos resulta apasionante. En efecto, de un tiempo a esta parte, al comenzar a abrírsenos el mismo en nuestra visión, nuestros horizontes se han ampliado considerablemente en el estudio de la palabra. Ahora, a menudo, cada vez que nos encontramos con una pregunta, en seguida se nos encienden lamparillas de inspiración, con una inquietud de indagar y entender *el por qué, cuándo, dónde y como* – junto con *el a quién o a quiénes* va dirigida, y su proyección práctica y útil para redargüir, corregir, enseñar o enriquecer, según el tiempo y la ocasión lo permitan o aconsejen.

Y estos nuevos horizontes, desde luego que han ensanchado nuestra perspectiva panorámica de la fuente inagotable que constituye para Sus hijos la bendita palabra de Dios.

La proclamación y enseñanza de las Escrituras, ya sea oral o escrita, generalmente discurre por tres vías, si no únicas, por lo menos principales: la expositiva, la textual y la temática.

Sin querer contradecir esto en ninguna manera, animamos al lector a que nos acompañe en esta otra vía, que no encuadra con precisión dentro de ninguna de esas tres, pero que, en cierto modo, aquí y allá tiene ciertos puntos en común con cada una de ellas.

Nuestro recorrido en general ha de ir más o menos por orden cronológico, a medida que en la lectura de los distintos libros vayan apareciendo las diferentes preguntas. La excepción la encontrará el lector hacia el final, que hemos reservado para preguntas hechas por el Señor Jesús, aun cuando las hechas por Dios a través de Pablo y otros siervos son posteriores en función de tiempo. Muchas de las muchísimas que contiene la Biblia quedarán sin tocarse ni tratarse, mientras que a otras les daremos atención preferente y bastante extensa.

Algunas preguntas serán las dirigidas a hombres y mujeres en un plano individual, o a siervos o discípulos del Señor; otras, al pueblo de Israel o de Judá, o a iglesias del Nuevo Testamento en forma colectiva. Pero en todo, y como parte de una trama de tonos y matices diversos y variados, buscaremos extraer lo que realmente pueda ser de provecho, edificación y enriquecimiento.

Dentro del vastísimo campo de posibilidades que nos brindan las muchas y sabrosas preguntas que Dios hace a través de Sus siervos, que bajo la inspiración divina escribieron las Sagradas Escrituras, tenemos en realidad para todos los niveles.

Así, el lector encontrará aquí y allá cosas rudimentarias y básicas y que en algún caso incluso pueden venir bien para una persona inconversa, o un creyente falto de algunas nociones elementales.

En otras partes se hallarán cosas más avanzadas, que en más de una ocasión serán manjar sólido y vianda firme.

Para algunos, sin duda podrá chocar esta forma de presentar las cosas de Dios, sintiendo una predilección, o más aun una necesidad, de que se particularice y escriba separadamente, por ejemplo, para nivel elemental, intermedio y avanzado, por plantearlo de esa forma.

Sin embargo, nuestra inspiración y espíritu fluyen de esa manera en que escribimos, combinando y alternando lo uno con lo otro, a diferencia del libro de texto, o de enseñanza sistemática, por ejemplo, que trata los temas en forma escalonada y progresiva.

Creemos firmemente que hay lugar tanto para lo uno como para lo otro. Además, en cuanto a nuestro estilo, contamos con el aliciente de que en la misma Biblia ésa es la tónica general – pasaje tras pasaje en que se entremezclan y entrelazan temas y puntos de los más variados niveles.

Esto da lugar y cabida para que en la Biblia, cada uno, no importa el menor o mayor grado de madurez en que se encuentre, pueda hallar el alimento y la enseñanza que necesita para su provecho y mejor desarrollo.

Humildemente aspiramos a que en alguna medida, el lector encuentre en esta obra el mismo principio o tónica, sea cual fuere la etapa de crecimiento y desarrollo en que se halle.

Así las cosas, sólo agregamos que, como en obras anteriores, nuestros esfuerzos y trabajo van acompañados de la ferviente oración de que el Espíritu Eterno se digne favorecerlos con Su bendición y sello aprobatorio, sin los cuales – lo comprendemos muy bien – de poco o nada podrán valer.

----- () -----

CAPÍTULO I – Las primeras preguntas

En los dos primeros capítulos del Génesis no encontramos ninguna pregunta. Son todas afirmaciones precisas y claras de un Dios omnisciente y todopoderoso, que creó todo a la perfección, colocando a cada cosa en su lugar exacto, de tal manera que no había nada que preguntar ni cuestionar.

En el más allá, una vez alcanzada la redención y restauración en su forma plena y final, no creemos que habrá ninguna pregunta que hacer.

Alguna vez hemos oído a alguien decir en medio de su predicación:

“Cuando yo esté con el Señor le preguntaré tales y tales cosas.”

Sin embargo, no creemos que serán así las cosas. Pablo nos dice en 1ª. Corintios 13:12 “...entonces conoceré como fui conocido.”

La verdad es que los ojos y la mente del que todo lo ve y todo lo sabe, nos conocen con lujo de detalle, sin que nada en absoluto se les pase por alto. Y al pasar nosotros en ese entonces a conocer en la misma forma, no habrá ninguna necesidad de preguntas.

¡Y en buena hora! De otro modo, habría una cola interminable de hombres y mujeres llenos de preguntas de toda índole, y una buena parte de la eternidad se pasaría en esa labor de preguntas y respuestas. En cambio, en lugar de ello, merced al conocimiento pleno que habremos alcanzado, estaremos totalmente libres para darnos – y muy dichosamente – a servirle y adorarle al Señor, y desde luego que en un nivel mucho más elevado que el actual.

Pero mientras tanto, la vida y el mundo están llenos de interrogantes. Y las Escrituras, por su parte, como ya se ha dicho, están en una buena parte salpicadas con muchas preguntas de la más variada índole.

En el estudio y la apreciación de las cosas, tenemos mucho que aprender de la forma en que Dios ha dispuesto las Escrituras. Si miramos detenidamente, veremos que Él, en la inspiración que late en ellas, nos ha dado indicios claros del lugar preponderante que da en la valoración de algo, a su principio u origen.

Así por ejemplo, Su libro tan extenso y variado, lo ha comenzado por el Génesis como su primer tomo – es decir, los genes u orígenes. Y sus primeras palabras, al igual que en el glorioso evangelio de Juan, significativamente son “En el principio...”, dándonos a entender que de allí nació o tuvo su procedencia todo lo que sigue a continuación.

Aplicando este principio divino de trazar el comienzo u origen de algo, podemos pensar en las grandes ciudades, que hoy día son, casi sin ninguna excepción, centros de corrupción y mundanalidad a ultranza. En contraste, en muchas partes del campo, en tierra adentro, y a veces hasta en lugares recónditos, todavía encontramos la sencillez y a menudo la bondad acogedora y aun candorosa del hombre y la mujer de campo.

El mismo libro del Génesis, en el versículo 17 del cuarto capítulo, en la forma más clara, simple y terminante, nos da con toda certeza la clave que lo dilucida y explica: la

primer ciudad la edificó Caín, el primer asesino de nuestro planeta. Con eso, todo ya queda dicho...

En el terreno de las preguntas, como ya se ha dicho, en los dos primeros capítulos no aparece ninguna – son todas afirmaciones precisas de un Creador sapientísimo que nos narra cómo en el principio Él dio su origen a cada cosa y cada ser viviente, ubicándolos y encajándolos a todos en el lugar preciso que les correspondía.

A continuación, en el comienzo del tercer capítulo se nos habla de la serpiente como un ser impregnado de la mayor astucia, y del cual procede en efecto la primer pregunta de todas: (*)

“¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto.” (Génesis 3:1)

Venía cargada de ponzoña infernal, la cual, después de la respuesta de Eva, tuvo su expresión abierta y total en las palabras de los versículos 4 y 5:

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No morirás, sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”

De hecho, en la forma más infame y blasfema que se pueda imaginar, le estaba haciendo a Dios mentiroso y lo presentaba como un engañador, que estaba privando al hombre y a la mujer de algo muy bueno y codiciable.

Creemos que de haber rechazado Adán y Eva esa tentación tan malvada y pérfida, el mundo habría seguido como en los dos primeros capítulos – es decir, sin ninguna pregunta. No obstante, reconocemos que esto solamente está en el terreno de las conjeturas y no se lo puede aseverar con certeza.

Lo cierto es que, a muy poco de ceder ellos ante esa voz tan perversa y maligna, comenzaron a oírse en el huerto del Edén las primeras preguntas de Dios. Y antes de entrar a considerarlas una por una, debemos puntualizar la diferencia abismal entre esa primera de la serpiente y las del Señor. Aquélla busca cuestionar y sembrar duda sobre lo cierto, verdadero y valedero de lo establecido por Dios. Las que desde entonces siguen, procedentes de una fuente totalmente opuesta, regida por el verdadero amor a Sus criaturas descarriadas, buscan llamar a la reflexión y al arrepentimiento, para sacarlas del horrendo pozo en que han caído.

Y ésta es la tónica general de todas las preguntas – las diabólicas que a veces se nos presentan con un susurro tan sutil y engañoso, y las divinas, movidas siempre por ese amor tan celestial, tan puro, y que siempre desea y anhela nuestro bien – dos polos absolutamente contrarios y opuestos.

Asentada esta base y antes de entrar concretamente en materia, una advertencia al lector: esta índole tan variada de las preguntas, inevitablemente se habrá de reflejar en la tónica general del libro, que, como ya hemos dicho, no será de un tema específico desarrollado progresivamente.

En cambio, dentro del amplio marco que nos da el título – Las Preguntas de Dios – irán surgiendo una gran multiplicidad de temas y sin un orden concreto.

No obstante, pronto se advertirá que todos ellos son eminentemente prácticos y de indudable aplicación en la vida cristiana. Y confiamos pues, que resultarán no sólo de interés, sino instructivos, de estímulo, advertencia, consuelo, edificación o desafío, según el caso.

Ahora sí, vamos al grano.

La primer pregunta de Dios.-

¿Dónde estás tú? (Génesis 2:9)

Dirigida a Adán hace muchos siglos, pero ¡cómo debe resonar, y de hecho, cómo resuena en los oídos – o más bien la conciencia - de todos y cada uno de nosotros, en las muchas alternativas, peripecias y vicisitudes que enfrentamos en la vida.

¿Dónde estás tú?

¿En la arena movediza de tus méritos? ¿o en la gracia de Cristo?

(*) Ver comentario sobre esto al final del capítulo ¿En la carne, o en el Espíritu?

¿En la duda e incredulidad, o en la fe viva?

¿En tus propios caminos y agenda, o en la plena voluntad de Dios?

¿En pereza y tibieza, o encendido en el amor y la gracia de lo alto?

¿En vestiduras manchadas por el vicio y el pecado, o en la blancura de la santidad?

¿En el engreimiento por algún éxito logrado, o en la auténtica humildad y mansedumbre del Cordero?

¿En amargura, rencor u odio, o en la cristalina calma y dicha del amor?

¿En un lugar falto de comunicación con el Señor, o en hermosa comunión diaria con Él?

Y así sucesivamente. Ya vemos que esta primer pregunta, tan corta y sencilla, nos abre un abanico muy grande, con una extensa variedad de matices.

La segunda pregunta:

“¿Has comido del árbol de que yo te mandé que no comieses?” (3:11) -

¡Cuántas veces un creyente descuidado, algo inestable o desobediente, se encuentra con esta pregunta en su fuero interno!

Horas de tiempo precioso, malgastadas mirando películas o programas impropios para un verdadero hijo de Dios; la lectura de librillos baratos o novelas de contenido dudoso; charlas huecas y a menudo bordeando sobre temas mundanos; largas sesiones con el ordenador para explorar áreas desconocidas y a menudo erizadas de tentaciones y peligros – en fin, y en suma - el árbol, en alguna de sus múltiples formas, que abre los ojos a un mundo distinto y corrompido, y que lo deja a uno en la vergüenza de la desnudez del pecado.

Querido lector que pudieras tener una debilidad que te hace proclive a esas cosas: comprende bien que todas ellas son para perjuicio y grave riesgo de tu alma. Es el amor del Señor lo que le mueve a hacer que en tu conciencia se repita una y otra vez esta misma pregunta. Él quiere que aprendas a cultivar un deseo de pensar, oír, mirar y hacer todo lo que es noble, limpio, edificante, puro, honesto, amable y de buen nombre, como tan bien se nos aconseja en Filipenses 4:8.

Al hacerlo, verás que paralelamente a ello, las cosas de índole contraria en que tantas veces te has sumergido, irán perdiendo su valor y atractivo para ti, y de esta manera te elevarás en tu nivel espiritual, moral y aun intelectual, para alcanzar horizontes límpidos y fructíferos en tu vida.

No deseches esta admonición y advertencia, ni dejes que caiga en saco roto, que es para tu propio bien, y a la postre, el de tus seres queridos, que en alguna forma u otra te observan y siguen tu ejemplo.

La tercera pregunta.-

“¿Qué es lo que has hecho?” (3:13)

Ya podemos imaginar a más de un lector sentirse disgustado o molesto.

“¡Otra pregunta enjuiciatoria o condenatoria! Si sigue así, dejaré de leer este libro. No me gusta nada esta tendencia indagatoria, que se mete en cada rincón de lo que hago, digo o pienso.”

Calma, mi querido hermano. Ten en cuenta que estas preguntas están en el pasaje que nos narra la desobediencia inicial de Adán y Eva, y son muy lógicas e indicadas dentro de este contexto. Pero ten por cierto que quien esto escribe no tiene para nada en su ánimo ni enjuiciarte ni condenarte en lo más mínimo.

Por el contrario, cada una de las preguntas y sus correspondientes comentarios, persiguen el fin de estimularte a transitar en el camino del bien y de lo que es de verdadero provecho para ti. Y si esto habrá de resultar en una serie de ajustes en ese sentido en cuanto a tus actividades y prioridades, pues nadie debiera estar más agradecido que tú mismo.

“¿Qué es lo que has hecho?”

¿Vuelto a hablar a destiempo, cuando debías haber callado?

¿A reincidir en críticas y chismes, cuando una y otra vez has comprobado el daño que eso te hace a ti y a otros?

El abanico podría volver a abrirse de par en par, con una larga serie de cosas indebidas en que a menudo algunos caen una y otra vez. Pero preferimos no extendernos, y dejar librado al lector que ubique bajo esta pregunta la cosa o cosas que pudieran corresponder. Feliz aquél o aquélla, que, con toda transparencia, pueda sentirse actualmente exento de cualquier desliz de esa naturaleza en su andar cotidiano.

Lo que no podemos pasar por alto es la respuesta que, primero Adán y después Eva, dieron a las preguntas que el Señor les hizo.

La de Adán fue:

“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.” (3:12)

En forma muy concisa, era culpar a Eva, y en forma tal vez indirecta, pero muy concreta, a Dios, que se la dio por compañera.

En cuanto a Eva, su contestación fue:

“La serpiente me engañó y comí.” (3:13)

Ella sencillamente culpó a la serpiente. Ninguno de los dos reconoció su propia culpa – en lugar de ello, Adán culpó a ella y a Dios, y Eva a la serpiente.

Eso sintetiza en forma muy precisa el estado y la reacción del corazón que no ha recibido el don del arrepentimiento. Y lo vemos en todo ser humano hasta el día de hoy: o bien se culpa al prójimo, a la sociedad o a las injusticias del mundo en que se vive, o si no a Dios o al diablo. No cuenta para nada la culpabilidad de uno mismo.

Éste es un ingrediente muy concreto del pecado: el engaño. En vez de verse con claridad la sencilla verdad de que ha sido por culpa propia, se cree y se afirma que el o los culpables son los demás.

Esto coloca al pecador no arrepentido en un terreno falso y de mentira, y mientras se mantenga en él no podrá salir de su atolladero. El verdadero arrepentimiento, como ya explicamos en una obra anterior, lo saca de ese terreno falso, llevándolo al reconocimiento abierto y sin atenuantes de su propia culpa y responsabilidad. Y éste es el paso, primero y fundamental, que debe dar para que pueda ser restaurado.

Una persona que no está iluminada ni redargüida por el Espíritu Santo, siempre se encontrará en la misma condición que Adán y Eva. En cambio, aquéllos que reciben el don del arrepentimiento, ven y entienden las cosas en esta otra forma que hemos esbozado, que es la única que los puede llevar a un estado de reconciliación con Dios, perdón y salvación.

En la continuación del relato, vemos que a la serpiente – que, claro está, representa a Satanás (ver Apocalipsis 12:9 y 20:2) – Dios no le hizo ninguna pregunta. En cambio, pronunció una sentencia de maldición sobre ella, a la cual añadió una predicción de que pondría enemistad entre ella y la mujer, y entre su simiente y la de la mujer, culminando el versículo con la primer promesa mesiánica de la Biblia:

“...ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.” (3:15b)

En el Calvario, el Hijo de Dios, simiente de la mujer, habría de asestar un golpe de gracia a la serpiente y todo su reino de tinieblas, y ello sería al precio de Su sufrimiento y muerte en la cruz. En comparación y contraste, ello sería como recibir una herida en el talón.

En efecto: es verdad que nuestro Señor padeció a nuestro favor indeciblemente en esa batalla, pero merced a Su gloriosa muerte y resurrección, ese dolor y padecimiento resultaron transitorios. Ahora está a la diestra de la Majestad en las alturas, totalmente recuperado y lleno de gozo y bienestar, mientras que Satanás, además de haber sido derrotado totalmente, sólo tiene por delante y como futuro una ruina y un tormento eternos.

Antes de avanzar a las preguntas siguientes, concluimos el capítulo con unas consideraciones sobre el final de este tercer capítulo del Génesis.

“...ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.”

“Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.”

“Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.” (3:22-24)

Para empezar, debemos comprender bien dos razones por las cuales Dios no podía permitir de ninguna forma que el hombre comiese del árbol de la vida.

Una de ellas era que, si caído y en ese estado lo hubiese hecho, habría resultado una mezcla de un ser humano corrompido por el pecado, al cual se había dado, con la naturaleza pura y santa de la vida eterna que se encontraba y se encuentra en ese árbol. Eso sería una monstruosidad totalmente inadmisibles, y que el Señor no podía consentir desde ningún punto de vista.

La otra era que, prolongar para siempre esa existencia baja y ruin a la cual Adán y Eva se habían condenado, sería también algo deplorable y ruinoso. Imaginémoslo por un momento a Adán, barbudo, enfermo y achacoso, con la tristeza y congoja de su gran fracaso, viviendo por siglos y siglos – viendo el mundo en el lamentable estado en que se ha seguido desenvolviendo, y sintiéndose culpable en gran parte, junto con Eva. Esto también habría sido impensable en todo sentido.

Las medidas que Dios tomó para evitarlo contienen *en figura*, y para nuestro estímulo y edificación, varias verdades importantes y preciosas de la vida cristiana.

El árbol de la vida es una representación muy apta de nuestro Señor Jesucristo, pues se nos dice en 1ª. Juan 5:11

“...Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.”

Y desde luego que el propósito de Dios para cada uno, es que el mismo - el Señor Jesús, como decimos representado por el árbol de la vida - esté bien en el centro del huerto de nuestra vida.

Por otro lado, está también el peligro, o la posibilidad, de que el viejo Adán de nuestra naturaleza caída *“alargue su mano”* y haga de las suyas, para gran perjuicio de nuestra vida espiritual.

Para evitar que esto suceda, el Señor muy sabiamente ha tomado estas tres grandes precauciones:

- 1) Echar al viejo Adán de nuestra vida, lo que de hecho ha realizado merced a la muerte de Jesús en el Calvario, que ha sido también la muerte de nuestro viejo hombre juntamente con Él. (Romanos 6:6)
- 2) Comisionar a los querubines, como ángeles guardianes, para protegernos como *“espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación.”* (Hebreos 1:14)
- 3) Disponer la espada encendida – la palabra de Dios, viva y eficaz como ninguna, envuelta en la llama del fuego divino – que se revuelve por todos lados, cubriendo toda contingencia, ya sea espiritual, física, emocional, material, temporal o eterna.

Esta espada, se sobreentiende, la debemos emplear y esgrimir nosotros, aferrándonos a sus promesas y verdades con fe y firmeza.

Apoyándonos en esta formidable triple provisión , el Árbol de la Vida que es Cristo en nosotros, en medio del huerto de nuestra vida, puede ir desarrollándose día a día, hasta alcanzar un cumplimiento plenamente satisfactorio y fructífero.

Como podemos ver, las preguntas de Dios, inquietantes y penetrantes como son, buscan conducir a quienes le sepamos responder consecuentemente, a escalar alturas y alcanzar culminaciones muy dignas y hermosas.

Con que ¡a no temer las que vendrán en el resto del libro, que siempre estarán orientadas hacia nuestro más alto bien!

----- () -----

(*)Hay una pregunta que muchas veces se hace: “Si Dios es absolutamente santo y justo, y todo lo que hizo es bueno y limpio, ¿De dónde salió el diablo?”

Esta es una pregunta razonable, y brota de una inquietud lógica de tener respuesta a algo que evidentemente resulta o parece un gran enigma.

Lo que las Escrituras nos dicen al respecto, no es mucho ni está formulado de una forma clara y evidente. Sin embargo, estudiando y comparando cuidadosamente lo poco que se nos dice, creemos que se puede alcanzar o lograr una explicación coherente y satisfactoria.

Entre otros, hay dos pasajes del Antiguo Testamento que generalmente se concuerda en que aportan claves sobre el tema.

El primero de ellos se encuentra en Ezequiel 28, particularmente los versículos 13 al 17, que no citamos en su totalidad para no ser demasiado extensos, pero que el lector podrá y deberá leer para acompañarnos mejor en esta breve explicación.

Aunque referido primariamente al rey de Tiro, las palabras “*En Edén, en el huerto de Dios estuviste*” del versículo 13, nos hacen ver sin lugar a dudas que hay una interpretación que va mucho más allá, a un pasado muy antiguo.

Así entendemos que se alude a un personaje que era un querubín grande, que fue puesto en una fecha muy pretérita en el monte de Dios como guardián y protector, y que se paseaba en medio de las piedras de fuego. Era perfecto en todos sus caminos y de gran hermosura y sabiduría, al punto tal que, para el día de su creación, fueron preparados primorosos tamboriles y flautas para celebrarlo.

Las palabras “*Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura*” del versículo 17, nos dan una clave que hemos de hilvanar con otro pasaje que se halla en Isaías 14:12-15.

Para ello debemos tener en cuenta la forma en que estaban ubicados los dos querubines del Lugar Santísimo, tanto en el tabernáculo de Moisés, como posteriormente en el templo erigido por Salomón. Con las alas totalmente extendidas, sus miradas estaban fijas en una contemplación constante e ininterrumpida del Ser Supremo que estaba sentado sobre el propiciatorio. Esto reflejaba un reconocimiento absoluto de Su deidad, majestad y gloria.

Las palabras ya citadas de Ezequiel 28:17, dan a entender que este querubín grande y protector, en un momento dado quitó su mirada de donde debía esta dirigida siempre, para fijarla sobre sí mismo. Así, pasó a contemplar y admirar su propia hermosura, y sin duda, su sabiduría y perfección también..

De esto colegimos que surgió en su interior lo que se nos dice en el pasaje de Isaías 14 sobre el Lucero, hijo de la mañana. No conforme con ocupar el lugar tan importante que se le había asignado, y que desde luego suponía la debida sumisión al Dios que lo había creado, pronunció de su corazón envanecido las palabras “*Subiré al cielo...junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono...subiré y seré semejante al Altísimo.*”

Creemos poder afirmar con buen fundamento que, hasta ese punto, en todo el universo y en todo el pasado que databa del principio indefinido y fuera del tiempo, jamás se había oído una sola mentira.

Pero esa exclamación suya:- “*Seré semejante al Altísimo*” - brotada de su envanecimiento, del cual surgió el no querer estar supeditado al Creador Supremo - constituyó la primer mentira del universo y de la historia – era algo indiscutiblemente falso de toda verdad.

Atendiendo al hecho de que los querubines – que son ángeles del más alto rango – contaban y cuentan, al igual que el ser humano, con libre albedrío, podemos avanzar un poco más en nuestras consideraciones.

Al rechazar la verdad incuestionable de que el Altísimo – su Creador, al cual le debía todo lo que era y poseía – era y estaba por encima de él, se desplazó en sentido diametralmente opuesto. Así, dando la espalda a la verdad diáfana y cristalina que tenía por delante, y yendo en rumbo totalmente contrario, se volvió en el padre y progenitor de la mentira. Es decir, que él la creó y antes de eso no existía.

Esto desde luego que armoniza con las palabras de Jesús en Juan 8:44, que no vacilamos en calificar de absolutamente determinantes y categóricas sobre el tema:

“...el diablo...no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.”

Redondeando y resumiendo en pocas palabras: al rechazar en su envanecimiento la verdad clarísima que tenía delante suyo, Satanás se convirtió en el padre y creador de la mentira. Y junto a ella nacieron todas las fuerzas contrarias a la luz, el amor, la justicia y la santidad y pureza – es decir, las tinieblas, el odio, la injusticia y la inmundicia.

Estimamos en conclusión, que aquí caben muy bien las palabras de Pablo en 1ª. Corintios 13:12

“*Ahora vemos por espejo, oscuramente;...Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido.*”

Sin lugar a dudas, en este escabroso tema hay profundidades, complejidades y muchos otros factores adicionales que escapan a nuestra comprensión, que desde luego es parcial y finita.

No obstante, el planteo que hemos efectuado y que sólo abarca la raíz y la base del enigma, es algo que a nosotros nos deja satisfechos en el fuero interno. Confiamos que también le satisfaga al lector.

----- () -----

CAPÍTULO II – CAÍN Y ABEL

Cada ser humano es en realidad único en que, estrictamente hablando, no ha habido, ni hay, ni habrá otro en todo el orbe que le sea totalmente idéntico. Ésta es una gloria que el Creador nos ha acordado y no debemos renunciar nunca a ella, tratando de imitar a otros, por resultar ellos más importantes, interesantes o lo que fuere.

No hay nada más hermoso que una vida plenamente en las manos de Dios, y que conserva su personalidad e idiosincrasia en toda su singular originalidad. Por el contrario, resulta a veces chocante encontrarse con personas que, por su hablar, gestos y modales, están tratando de parecerse a otra, a la que posiblemente admiran, y se han propuesto como meta asemejarse lo más posible a ella.

Esto se ve bastante a menudo cuando surge entre el pueblo de Dios algún siervo o sierva sobresaliente, observándose que sus admiradores – generalmente jóvenes y algo inmaduros – intentan copiar sus formas y estilo, para sonar o aparecer ante los demás como iguales a él o ella.

Si supieran lo artificial y desagradable que resulta, seguramente que no lo harían, pero, en fin... sólo hemos de tener paciencia y esperar que maduren, y recordar también que, tal vez en nuestra juventud, algunos hayamos hecho lo mismo.

Pero volvamos al relato de esos primeros capítulos del Génesis, que allí y en eso estábamos.

Adán y Eva fueron dos personas únicas en una forma muy particular, que los diferencia de todo otro ser humano, incluso de nuestro Señor Jesús. En efecto: ellos no tuvieron infancia, niñez ni adolescencia, pues fueron creados por Dios como seres adultos. Por consiguiente, no vivieron ni experimentaron un período de aprendizaje y desarrollo, como todos sus semejantes hemos tenido que vivir y experimentar.

También debemos puntualizar que, desde un principio, poseyeron facultades mentales, emocionales, anímicas y físicas, no solamente propias de adultos, sino también muy elevadas..

Una prueba clarísima de esto la tenemos en Génesis 2: 19-20:

“Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre.”

“Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo.”

Tenemos aquí un hermoso cuadro del Creador, en preciosa comunión con el hombre recién creado, y antes de la entrada del pecado en su vida. Se nos dice que le trajo cada animal y cada ave de todas las numerosísimas especies, para que las viera, conociera y les diese nombres.

Bien podemos visualizar el momento en que se le aproxima ese ser tan corpulento y voluminoso, que gusta acostarse en las aguas y en el fango, y que suele abrir su boca como para dar un bostezo enorme. Sin vacilar y muy ufano, Adán lo llama *HIPOPÓTAMO*, y el Creador asiente complacido y satisfecho, concordando en que ése será precisamente el nombre por el cual ha de ser conocido por todos y para siempre.

Y así sucesivamente al presentarse el tucán y la paloma, la calandria y la golondrina, el orangután y el chimpancé, el zorro y la ardilla, el elefante y la jirafa, y todas las demás especies.

Curiosamente, no se hace ninguna mención de los peces, los cuales – acotamos de paso – fueron los únicos que, muchos siglos más tarde, sobrevivieron cuando vino el diluvio en tiempos de Noé.

Demás está decir que para dar el nombre preciso a cada animal y a cada pájaro, Adán debía ser, necesaria y seguramente, un ser altamente dotado y con una muy elevada inteligencia y capacidad mental.

A Adán y Eva les tocó presenciar y protagonizar algo que nunca antes había acaecido en este mundo: una criatura, que por meses había estado abultando progresivamente el vientre de Eva, de repente es dada a luz y aparece ante la vista de ambos. Nunca habían visto cosa igual – un ser tan pequeñito, con sus dos ojitos, labios y orejas, con cejas y pestañas y todo lo demás, pero necesitada del alimento del pecho de su madre y del tierno cuidado del bebé recién nacido – todo bien conocido por nosotros ahora, pero algo totalmente nuevo y desconocido para ellos hasta entonces.

Eva lo nombró Caín, que significa *adquirido*. Sus palabras *“...Por voluntad de Jehová he adquirido varón”* (Génesis 4:1), nos pueden dar a entender que ella creía

que era ya el cumplimiento de la promesa de la simiente que habría de herir a la serpiente en la cabeza.

Sin embargo, le esperaba un desengaño sumamente doloroso – más aun, trágico y desgarrador: ese niño tan tierno y seguramente hermoso y precioso para ella, iba a resultar el primer asesino de este mundo.

¿Por qué tanto quebranto y tristeza? ¿Cómo se explica tanto desencanto y dolor?

La razón no podía ser otra que haberle dado la espalda a Dios y hacer caso de la serpiente. Al hacerlo, seguramente que sin que lo comprendiesen Adán y ella en toda su magnitud, se habían unido a la serpiente, y de ahí ese resultado tan desdichado e infeliz: un verdadero engendro diabólico, porque Caín no fue sino eso, como veremos más adelante.

Antes de proseguir, extraigamos para nuestro bien la moraleja de que debemos vivir unidos a Dios y con la espalda al maligno. Así, los engendros de nuestra vida serán de justicia y verdad, de dicha y bendición, y no todo lo contrario – lo que le tocó a Adán y Eva con Caín.

Sin embargo, el segundo hijo que les nació – Abel – no fue malo, sino bueno.

Otra vez nos preguntamos cómo se explica esto. ¿No es esto una contradicción de lo anterior?

Creemos que hubo dos razones, claras y de mucho peso y sentido, por las cuales el segundo hijo les resultó mejor.

La primera fue que Dios, en Su misericordia, cuidó que la desdicha de ellos no se agravase hasta hacerse insoportable, como habría sido sin duda de haber resultado Abel otro sinvergüenza.

La segunda estriba en que a partir de la caída en el pecado, se comenzaba a establecer un orden que posteriormente iba a continuar en todo un largo y consecuente hilo a través de las Escrituras. Primero lo carnal y malo, después lo espiritual y bueno; primero Ismael, después Isaac; igualmente primero Esaú y luego Jacob; primero Saúl, seguido por David, como reyes; y en el Nuevo Testamento primero el viejo hombre, más tarde el nuevo; primero lo natural, después lo espiritual y primero lo terrenal, finalmente lo celestial.

Como sabemos, Caín a su tiempo llegó a ser labrador de la tierra y Abel pastor de ovejas.

Con el correr del tiempo ambos trajeron una ofrenda al Señor – Caín, del fruto de sus labores en el cultivo de la tierra, y Abel, de los primogénitos de sus ovejas y de lo mejor de ellas.

El relato nos consigna escuetamente que el Señor miró con agrado la ofrenda de Abel, pero con desagrado la de Caín.

La mente natural, sin la iluminación ni la comprensión que viene de lo alto, en seguida se plantea un serio interrogante:

¿Cómo es esto? Un hombre le trae a Dios, como ofrenda, de lo mejor de su rebaño, y el otro, del producto de sus labores como labrador de la tierra. Y Dios ve a uno con satisfacción y al otro con desaprobación...

¿No hay en esto parcialidad y aun injusticia? ¿Por qué no aceptar de buen grado las dos ofrendas, tanto la de Caín como la de Abel?

Las dos preguntas que el Señor le hace a Caín, después que se enojó en grado sumo y decayó su semblante, nos ayudan a comprenderlo con toda claridad.

“...Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres ¿no serás enaltecido?” (4: 6-7)

Esta parte final nos da a entender con mucha nitidez que Caín sabía que no estaba haciendo el bien, pero obstinadamente se había propuesto desobedecer y hacer las cosas de una forma opuesta a la que estaba establecida.

¿De dónde sacamos esta última conclusión?

En Génesis 3: 7 se nos dice que al conocer que estaban desnudos, Adán y Eva cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales .

¡Cuán poco les habrán durado y servido! Al transcurrir unas horas ya empezarían a marchitarse las hojas, y bien pronto los pobres delantales seguramente habrán encogido hasta no quedar por fin nada de ellos, y quedar así los dos en la abyecta vergüenza de su desnudez.

Lo que nos lleva a la reflexión, grave pero certera, de que cuando nos caemos en el pozo o hundimos en el fango del pecado, somos totalmente impotentes para levantarnos a nosotros mismos, valiéndonos de nuestros propios recursos.

Sólo Dios puede hacerlo, prestándonos el auxilio de Su gracia. En esa oportunidad Él lo hizo por primera vez, iniciando así una larga serie de intervenciones divinas para levantar al mortal caído, que continúa hasta el día de hoy. Y en la actualidad – como se sabe – a un nivel muy superior al de entonces, por encontramos en el régimen del Espíritu y de la redención plena en Cristo Jesús.

“Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.” (3: 21)

Al hacerles túnicas de pieles, el Señor les estaba mostrando el camino a seguir y lo que Él les establecía. Aunque no sabemos exactamente cómo, la verdad es que para procurarse u obtenerse esas pieles, necesariamente tuvo que haber mediado el sacrificio de animales. Así, el indicativo profético de las Escrituras ya apuntaba hacia un futuro lejano, en que el Cordero de Dios iba a ser inmolado para que pudiésemos ser revestidos con las vestimentas de la justicia de Dios en Él.

Abel, muy consciente de que ésa era la ofrenda que Dios aceptaba – la de una víctima inocente en expiación – no tuvo inconveniente en obedecer con fe y sencillez de corazón, ofreciendo lo mejor de sus rebaños.

En cambio Caín, si bien sabía que ése era el camino establecido, se desentendió de ello, y con toda contumacia trajo lo que no debía traer: el fruto de sus propias labores.

En todo esto vemos que, ya a esa altura tan temprana, la Escritura nos señala en la forma más clara y certera, que hay dos formas de buscar a agradar Dios y reconciliarse con Él, totalmente diferentes la una de la otra.

La primera es la establecida por Dios mismo, como ya queda dicho, y que se basa en el sacrificio expiatorio de la víctima inocente – el Cordero de Dios. Al recibirla de lleno y por la fe, somos plenamente aceptados, perdonados y redimidos por Su gracia, no mediando mérito alguno de parte nuestra.

La segunda es la que nace de la concepción humana de congraciarse con Dios, en base a nuestras obras, esfuerzos, méritos, o sacrificios y buena voluntad.

Aquí señalamos sin el menor temor de equivocarnos, que todas las demás religiones o formas de culto o adoración, por más variadas y distintas que sean, tienen en el fondo un evidente denominador común. Y éste es el del hombre que busca ganarse el favor de Dios, por sus labores, sus ritos, sus sacrificios o su propia justicia.

La palabra del Señor nos señala que esta segunda forma es totalmente inaceptable para Dios, pues supone ir expresamente en contra de lo establecido por Él, y al mismo tiempo, desechar lo que con tanto amor y sacrificio ha hecho Cristo por nosotros.

Es muy importante que cada lector comprenda esto con toda claridad. Puede haber un razonamiento superficial que lleve a pensar que, después de todo, en ese otro camino hay sinceridad y buena voluntad e intención. Sin embargo, detrás de esa aparente sinceridad, buena voluntad e intención, hay una altivez que se niega a reconocer la propia falta de toda justicia y capacidad para agradar a Dios, con el agravante de despreciar y rechazar la provisión tan perfecta y tan costosa para Él, que nos brinda en Su gracia a través de Cristo Jesús.

Al decirle “*Si bien hicieras ¿no serás enaltecido?*” el Señor le dio a Caín una oportunidad de recapacitar y volver con la ofrenda que se le había determinado.

No obstante, Caín no quiso saber nada de ello, y en vez, lleno de odio y maldad, invitó a su hermano a ir con él al campo, y allí perpetró lo que ya hemos llamado el primer asesinato de la historia.

El apóstol Juan, en su primera epístola, nos señala que Caín “*era del maligno.*” (1ª. Juan 3: 12)

Un enfoque humanista buscaría mirarlo con una actitud bondadosa, aduciendo que fue evidentemente en un arranque de rabia y rencor, justificable en parte por ser rechazada su ofrenda.

Se agregaría a ello que llegar al extremo de afirmar que era del mismo Satanás, constituye un fanatismo inadmisibles. Con la oportunidad de serenarse y encontrarse a sí mismo y descubrir su verdadera identidad, muy bien podría haber resultado una excelente persona.

Así razona la mente humana, desprovista de la iluminación divina, y buscando soluciones con total prescindencia de Dios.

Enseñados por la verdad de la Escritura y la luz que nos da el Espíritu Santo, comprendemos que la afirmación del apóstol Juan a que hemos aludido, es absolutamente certera.

Vemos cuatro razones que contradicen la postura humanista esbozada más arriba:

- 1) Hubo premeditación y alevosía;
- 2) No fue producto de un arranque de rabia, sino una manifestación de odio profundo, exteriorizada al consumir el asesinato, con el agravante de haber seguramente enterrado el cadáver para ocultarlo, para que nadie se enterase.
- 3) Al preguntarle el Señor dónde estaba su hermano Abel, la respuesta que dio lo identificó claramente como un hijo de Satanás.

“*No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?*”

Mentira a ultranza, que confirma que era del diablo, a quien Jesús con toda claridad llamó el padre de mentira, al decir que *“cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.”* (Juan 8:44)

4) Y además de mentira, una descarada e insultante pregunta: - *“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”* - que raya en la blasfemia.

De paso, en un plano normal digamos que, de no haber sido del diablo, por supuesto que debía haber sido el guarda, celoso y amante, de su hermano menor, a quien hubiera debido y querido prodigar todo el cuidado posible.

La blasfemia, tristemente tan común y corriente en tantas partes, alcanzará su grado máximo en el final de los tiempos, cuando la bestia, que recibirá autoridad del dragón, abrirá su boca para decir grandes cosas y blasfemias contra Dios (Apocalipsis 13: 6) Ésa será la culminación abominable e infernal, pero a esta altura tan temprana, ya vemos en Caín la misma clara tendencia, sin duda recibida de la misma serpiente.

Abel.-

La vida y la persona de Abel es digna de que le dediquemos unos párrafos de reconocimiento y elogio. Fue el primer mártir de la historia, y además figura en primer lugar en el listado de los héroes de la fe que nos da el capítulo 11 de Hebreos. En ese sentido, podemos conceptuarlo como el pionero en ese sendero de la fe, que tantos y tantos mortales han transitado y continúan transitando hasta el día de hoy.

Su ofrenda a Dios, además de ser impulsada por ese principio de la fe, fue generosa y abundante – de lo primogénitos de sus ovejas y de lo mejor de ellas.

El autor de Hebreos la califica como “más excelente”, y el apóstol Juan puntualiza que sus obras eran buenas, en contraste con las de Caín, que eran malas. (1ª. Juan 3:12)

En su actitud para con Dios y en su conducta, encontramos la combinación ideal de la fe con la sencillez de la obediencia, elevadas al alto grado de darle al Señor lo mejor y en abundancia.

Por sobre todas las cosas, Abel constituye desde entonces y hasta el final de los tiempos, una señal clarísima e inequívoca.

“...dando Dios testimonio de sus ofrendas, y muerto, aún habla por ella.” (Hebreos 11:4)

Por la ofrenda que presentó, él habla a todo ser humano con el mensaje de que ése y sólo ése es el camino correcto para ser aceptados por Dios: el de la fe en el sacrificio de una víctima inocente – el Cordero de Dios, inmolado desde el principio del mundo. (Apocalipsis 13:8)

Contra todo otro mensaje de buenas obras, de acumular méritos, de ganarse el ser humano la salvación y la vida eterna por su pretendida bondad o nobleza o sacrificio o buenas intenciones – el mensaje divino a través del evangelio, sigue en pie y en vigencia como el único fiable y verdadero.

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Los Hechos 4:12)

Finalmente, la sangre de Abel derramada en tierra constituye la primera mención en las Escrituras de algo que no solamente iba a ser de la mayor importancia, sino también a elevarnos en el enfoque profético a algo de lo más sagrado y sublime para el género humano caído: la bendita sangre del Santo Hijo de Dios, vertida en el Calvario para nuestra redención eterna.

Sobre esto tan rico y hermoso hemos comentado en detalle en el capítulo IX de “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, titulado “Mi Sangre del Nuevo Pacto”. Ello nos exime de hacerlo aquí, pero lo señalamos para remitir al mismo a cualquier lector interesado que no lo haya leído.

----- () -----

CAPÍTULO III – Sarai y Agar

“Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas?” (Génesis 16:8)

Al pasar a esta pregunta, hemos dado un salto grande en función de tiempo, trasladándonos a la época de Abraham, muchos siglos más tarde.

Nos maravilla pensar que en este relato de algo sucedido hace tanto tiempo, podemos encontrar cosas de candente aplicación a situaciones de hoy día, que a menudo se dan en las iglesias.

Como claramente se nos dice en Gálatas 4, Agar, la sierva egipcia de Abraham, representa aquello nacido de la carne, y que inevitablemente lleva a la esclavitud.

En la narración del texto que va del versículo 1 al 9 consta que ella fue muy favorecida por Sarai – como todavía se llamaba Sara – al permitir que Abram buscara tener prole a través de ella.

Al encontrarse embarazada, en vez de guardar su debido lugar y quedar humildemente agradecida, comenzó a menospreciar a Sarai su señora

Esto es algo típico de la naturaleza carnal. Al tener éxito o recibir una bendición, opta por envanecerse y despreciar a quienes, por lo menos por el presente, no están siendo igualmente bendecidos.

Como consecuencia natural, Sarai reaccionó tratándola con rudeza, y al encontrarse ante esa situación, Agar hizo lo que la naturaleza carnal casi siempre hace en casos semejantes: escapar del problema que ella misma se ha creado, en lugar de enfrentarlo con altura y humildad.

Y fue al huir de Sarai y encontrarse en el desierto, que el Señor le hizo la pregunta que va en el encabezamiento. Notemos que fue una pregunta doble: “¿de dónde vienes?” y “¿a dónde vas?”

Significativamente, Agar sólo contestó la primera, quedando la segunda sin respuesta. Sabía de dónde venía, pero no a dónde iba. De hecho, ya había ido al desierto y era una fuga incierta y sin ningún destino o rumbo concreto – sólo se trataba de escaparse del problema.

En realidad, como ya dijimos, era un problema que ella misma se había creado, por su actitud altanera y despreciativa para con su señora. De haber actuado como correspondía – en una postura humildemente agradecida, como también puntualizamos más arriba – nada de eso le hubiera acontecido y habría continuado en ese lugar que le correspondía, bajo el abrigo de Abram y Sarai.

La pregunta hecha por el Señor muestra Su preocupación por ella, al verla sin rumbo y en el desierto. Al mismo tiempo, nos habla de la forma en que Él se preocupa por aquellos descarriados que, en lugar de enfrentar su problema debidamente, abandonan su lugar y, sin saberlo, quedan a la intemperie, en un desierto y sin ninguna orientación clara.

A continuación pasa a darle a Sarai el consejo tan sensato y acertado: “*Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano.*” (16:9)

Eso suponía, desde luego, humillarse, reconocer su error, pedir disculpas y perdón por su comportamiento tan reprochable, y deponer totalmente su actitud despreciativa, para pasar en vez a una conducta respetuosa, servicial y agradecida.

En un principio, al surgir el problema cuando Sarai comenzó a afligirla, nada de esto entraba dentro de sus planes o cálculos. En cambio, sólo atinaba a escaparse dejando todas *las cuentas morales* – valga la expresión – totalmente impagas.

Pero ahora el desierto y la soledad, con la incertidumbre del futuro, la predisponen mejor para atender al consejo dictado por la sensatez y la cordura para casos semejantes: volver arrepentida al lugar que había abandonado.

Era el mismo camino que le tocó recorrer al hijo pródigo, y que le toca a tantos y tantos de los hijos de Dios que, escapando de presiones y problemas que por sus propios desatinos ellos mismos se han creado, han ido a parar, muchas veces sin saberlo, al desierto, la soledad y la falta de un norte fijo en la vida.

Hoy en día, muchos cristianos se marchan en descontento de sus congregaciones, mayormente por insatisfacción, insumisión a las autoridades de la iglesias, o irregularidades semejantes.

Que cada uno tome seriamente en cuenta esta advertencia, y en vez de tomar esa determinación equivocada, sepa atenerse al consejo divino, y ponerse sumiso y con buena disposición bajo el abrigo de las autoridades que Dios ha puesto en la iglesia a que pertenece.

Concluimos aquí lo que ha resultado un capítulo muy breve, si bien conceptuamos que tiene no pocas cosas de peso e importancia. Y pasamos al siguiente, que como verá el lector, es bastante más extenso.

----- () -----

CAPÍTULO IV – LAS PREGUNTAS DE DIOS A JOB

Todavía estamos siguiendo un cierto orden cronológico, pues se considera con buenas razones que Job vivió más o menos en tiempos de Abraham.

El libro que lleva su nombre es singularmente instructivo, y rico en verdades y enseñanzas de una gran variedad. Entre otras muchas cosas, nos ayuda a descifrar, por lo menos en parte, el gran enigma del sufrimiento y el dolor, que a menudo azotan a unos y no a otros.

Sin extendernos sobre él, pasamos a hacer unas breves consideraciones sobre la parte principal del vasto contenido del libro, las cuales son imprescindibles para poder comprender bien el sentido y propósito de las preguntas que luego pasaremos a desgranar y comentar.

Como es bien sabido, Job era un hombre muy recto y temeroso de Dios, apartado de todo mal. El Señor lo había enriquecido y también lo protegía de todo mal, y por su altura moral y su bondad y justicia, era sumamente respetado y honrado por todos.

Así las cosas, en dos determinadas ocasiones Satanás se presentó ante Dios acusando a Job, y argumentando que sólo se comportaba bien y lo honraba por las muchas bendiciones y la protección constante que le prodigaba. Entonces Dios le permitió a Satanás descargar sobre Job una serie de azotes muy feroces, que provocaron la pérdida de toda su hacienda, la muerte de sus siete hijos y tres hijas, y el padecer de una sarna maligna, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, que le torturaba día y noche.

Debemos recalcar que esto no se debió para nada a falta de fe, o temor de parte de Job, como algunos sostienen, muy equivocadamente por cierto. El relato afirma con toda claridad que fue algo expresamente permitido por el Señor, y de lo cual Él mismo se hacía y se sentía plenamente responsable. Y había el propósito y el designio insondable de que su vida fuese purificada más acabadamente, para pasar finalmente a un fin prolongado y muy feliz en que iba a ser mucho más bendecido que antes.

Además de ello, su experiencia tan particular y dolorosa, junto con la dichosa culminación que le siguió, había de servir para enseñanza, ejemplo, consuelo y bendición de muchos siervos y siervas del Señor que han pasado por la fragua de la prueba y la aflicción a lo largo de la historia.

A poco de venir tres amigos suyos – Elifaz, Bildad y Sofar – supuestamente a consolarlo – se nos presentan en el relato discursos de Job por una parte, lamentándose de su profundo sufrir y desdicha, intercalados con respuestas de cada uno de ellos – todo en una trama poética en el original hebreo.

En forma vedada o indirecta primero, pero con más claridad y énfasis más tarde, estos amigos de Job sostenían, entre muchas otras cosas, que lo que le estaba aconteciendo seguramente debía ser un castigo por faltas o un gran mal que él había cometido. No podían concebir que fuese un infortunio injusto, sino algo que respondía a la maldad de Job, aunque la misma hubiese sido oculta y desconocida para los demás.

Como esto en realidad era totalmente incierto y muy hiriente además, visto el gran sufrimiento que padecía, Job naturalmente reaccionó con una buena dosis de amor propio, haciendo manifestaciones como ésta:

"Nunca tal acaezca que yo os justifique;

Hasta que yo muera, no quitaré de mí mi integridad.

Mi justicia tengo asida, y no la cederé;

No me reprochará mi corazón en todos mis días." (27:5-6)

Una vez que terminaron las intervenciones de sus tres amigos, tomó la palabra un personaje más joven, llamado Eliú. Aun cuando muchas de las cosas que afirmó eran sabias y acertadas, en más de una ocasión él también acusó a Job de maldad en forma categórica y evidentemente falsa, sobre todo en 34:7-8

"¿Qué hombre hay como Job, que bebe el escarnio como agua,

Y va en compañía con los que hacen iniquidad, y anda con los hombres malos?"

Por fin, en el capítulo 38, y después que los cinco personajes terminasen de hablar y dijese todo lo que tenían que decir, el Eterno Jehová comenzó a hacer uso de la palabra.

En una interesantísima e impresionante expresión de Su grandeza, majestad y omnisciencia, le habla a Job – también de forma poética en el original hebreo – hasta el fin del capítulo 41.

Y en este hablar tan único del Ser Supremo, encontramos un gran número de preguntas, todas ellas dirigidas directamente a Job. Las mismas persiguen el fin de hacerle comprender como sólo Dios sabe hacerlo, cuán absoluta era su pequeñez e insignificancia, y cuán indigno era ante ese Ser insondable, sapientísimo y todopoderoso que ahora, tras largo silencio, le estaba hablando otra vez.

En todo esto el Señor estaba movido por un profundo amor a Job. Estaba preparando para él bendiciones y consuelos inefables, pero antes de otorgárselos debía perfeccionar Su obra en él.

La parte más importante de ese proceso era llevarlo a renunciar totalmente a ese baluarte formidable que se encuentra en cada ser humano: la autojustificación, sobre todo en casos en que se ha actuado correctamente y a uno se le calumnia o acusa injustamente.

A esto llegó finalmente Job al exclamar en quebrantamiento y bancarrota final y total:

"...Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;

Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.

Oye, te ruego, y hablaré;

Te preguntaré y tú me enseñarás,

De oídas te había oído;

*Mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza.” (42:3b-6)*

Y llegado este punto, figurativamente de la muerte virtual de todo lo que era y tenía, vino lo que llamaríamos con propiedad una gloriosa resurrección, para entrar en el prolongado y dichoso final que ya señalamos.

Esta introducción – no tan breve como habríamos deseado – nos ayudará a comprender mejor el significado y propósito de las muchas preguntas hechas por Dios a Job.

Desde luego que, de entre ellas, solamente tomaremos algunas – concretamente seis – pues abarcarlas todas equivaldría a incorporar y agregar el volumen de otro libro al del presente en que estamos.

Pasamos así a la primera de nuestra media docena:

1) “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?” (38:4)

¡Como para demoler y hacer caer en un colapso total al más fuerte, al más altivo, al más encumbrado y autosuficiente de todo el género humano!

Muchas veces, caminando en la arena de una playa o en un paseo marítimo, nos hemos detenido a contemplar el mar, mirando hasta donde llega la vista, y recorriendo de izquierda a derecha o vice-versa ese horizonte tan distante donde se juntan cielo y mar. La inmensidad de lo que podíamos ver, y las gigantescas olas que a veces venían una tras otra dando con gran estruendo contra la arena de la playa, nos dejaban profundamente impresionados, conscientes de la grandeza imponente de la creación.

Al mismo tiempo, reconocíamos que eso tan inmenso que estábamos viendo, no era sino una ínfima y pequeñísima parte de un todo vastísimo e inconmensurable – de un universo infinito que se extiende más allá, en las profundidades del espacio.

(Entre paréntesis, el concebir que todo eso y muchísimo más brotó de la nada, y ha sido producto de la casualidad de una gran explosión inicial hace millones de años, a lo largo de los cuales las cosas han ido evolucionando de por sí hasta alcanzar lo que hoy vemos y tenemos, ¿verdad que, o bien resulta absurdo a más no poder, o de lo contrario, es un subterfugio para eludir la responsabilidad que trae a la conciencia el saber que hay un Dios que lo ha hecho todo, y ante el cual tendremos que rendir cuentas de todos nuestros hechos?)

Todo eso que es tan grande, tan inmenso – que en lo que se limita al planeta tierra nos hace pensar en tantos lugares majestuosos, como las cataratas del Niágara y las del Iguazú, los Himalaya y el Everest, la Cordillera de los Andes y el Aconcagua, los grandes océanos como el Atlántico y su hermano mayor el Pacífico, etc. – todo eso, decimos, nos hace pensar en la majestad sapientísima y omnipotente del Creador Supremo.

Sí, evidente e incuestionablemente hay un Creador Supremo. Miles de años antes de que nació el mundo, Él se dio con sabiduría, pericia y poder maravillosos a la magna tarea de crear y fundar la tierra, extendiendo el norte sobre un vacío y colgando el globo terráqueo sobre nada. (Job 26:7) Además, lo ha hecho girar sobre sí mismo, y al mismo tiempo en órbita alrededor del sol, con precisión matemática, para fijarnos con exactitud el día y la noche, el verano y el invierno, la primavera y el otoño.

Todo lo cual no puede sino llevarnos a recapacitar y reconocer la pequeñísima personita que cada uno de nosotros es, ante semejante Dios. Y como consecuencia natural, a dejar que se desmorone y desintegre totalmente cuanto nos quede de arrogancia, altivez, o sencillamente de pensarnos grandes o autosuficientes, o sabios o capaces.

¡Qué experiencia saludable es llegar, más allá de las palabras y la comprensión mental de todo esto, a que se nos quede grabado en lo más íntimo del ser, por el trato personal y directo de Dios con cada uno de nosotros!

Job por cierto que lo llegó a experimentar plenamente.

¿Y tú, querido lector, has llegado ya a tocar fondo en este tema?

2) ¿Tiene la lluvia padre?” (38:28)

¡Qué pregunta singular y sorprendente!

Hace muchos años, aproximadamente en 1939 ó 1940, cuando el autor era un niño de unos 12 años de edad, surgió un personaje en la ciudad de Buenos Aires de nombre Baigorri Velar.

Este hombre cobró notoriedad en la prensa al saberse que había fabricado una pequeña máquina, que aseguraba categóricamente que tenía la capacidad de provocar la lluvia.

Pensamos recordar que esto sucedió en tiempo de mucho calor y de sequía, lo que hacía muy deseable que se descargase una fuerte tormenta con copiosa lluvia.

No obstante, llegado el día señalado, nada de eso aconteció, y quedó así totalmente desvirtuada la pretendida paternidad de ese señor sobre la lluvia.

La tecnología tan avanzada de nuestros tiempos, con sus muchos logros y adelantos, tampoco ha conseguido establecer esa paternidad.

¡Cuántas veces se anhela tiempo bueno y sin lluvia para las vacaciones programadas, o sencillamente para un día de excursión! ¡O bien, tiempo lluvioso, porque una prolongada sequía amenaza perjudicar las cosechas y la economía de un país!

No obstante, no ha surgido todavía ninguna invención humana que pueda modificar el tiempo con sus muchas complejidades. No se puede garantizar ni la lluvia cuando sea muy necesaria, ni la falta de ella cuando se desee que no entorpezca nuestros planes.

Pero ahora debemos pasar de lo natural a lo espiritual. Y para hacerlo mejor, citamos la siguiente pregunta, que es complementaria de la anterior.

3) ¿Alzarás tú a las nubes tu voz, para que te cubra muchedumbre de aguas? ¿Enviarás tú los relámpagos, para que ellos vayan? ¿Y te dirán ellos: Henos aquí? (38:34-35)

Era como decirle:

“Caballerito Job: ¿Te pondrás enérgico con las nubes, y con voz de mando imponente les ordenarás que derramen aguas a raudales?”

“O lleno de autoridad ¿te pondrás ante los relámpagos y los comisionarás para que surquen electrizantes el espacio? Intimidados por tu presencia marcial y temible, ¿te responderán: A sus órdenes, nuestro Comandante en Jefe?”

Aunque a algunos les pueda resultar inverosímil, en el terreno de la lluvia espiritual, comúnmente llamada avivamiento, no faltan los osados y exaltados que a veces intentan hacer precisamente eso: decretar ellos mismos, por autoridad y dirección supuestamente recibidas de lo alto, que el Espíritu Santo se derrame y caigan lluvias torrenciales de bendición espiritual.

Tenemos presentes dos casos puntuales. Al consignarlos, por buen gusto nos abstenemos de dar nombres de personas, lugares o países, pero podemos asegurar que son verídicos.

El primero lo presenciamos personalmente en otras tierras hace poco más de seis o siete años. Un paladín de la alabanza como el arma principal y favorita (no la palabra de Dios ni la oración), después de predecir grandezas que iban a acompañar a un adolescente en su trayectoria futura, se puso a afirmar que todo el orden de músicos y cantores establecido por el rey David iba a ser plenamente restaurado en esta época en la iglesia de Cristo. Y después de esto, señalando al grupo de músicos y cantores que estaban sentados con sus instrumentos en la plataforma del gran auditorio en que nos encontrábamos, afirmó con palabras saturadas de arrogancia, que llegaría pronto el momento en que esos señores, sentados en sus lugares, habrían de profetizar con sus trompetas, saxos y demás instrumentos, avivamientos que ocurrirían hasta en los más remotos confines de la tierra.

Ni qué decir, que sólo fueron palabras allisonantes de una persona muy desubicada en cuanto a los verdaderos caminos de Dios, y los medios y las personas que Él elige para llevar adelante Sus designios de real bendición. Por supuesto que, hasta el presente, nada de eso ha sucedido, y estamos seguros que tampoco sucederá en el futuro.

El segundo caso fue algo distinto. En una iglesia también de otras tierras, comenzaron a darse profecías predictivas, algunas de las cuales se dice que tuvieron cumplimiento. Visto ese éxito se continuó en esa línea, y llegó a formularse una predicción de envergadura, que afirmaba que en otro país importante y en plazo muy breve, iba a producirse un poderoso mover de Dios, al que se denominaba, como es habitual, un avivamiento.

El directivo principal de esa iglesia, al acercarse la fecha prevista, se trasladó a ese país, con la expectativa de presenciarlo y posiblemente también, de tener una participación en él.

Contrariamente a lo que esperaba, no encontró ningún indicio que pudiera señalar la inminencia de lo que se había pronosticado – todo seguía su ritmo normal, sin nada que apuntase en el sentido deseado y esperado.

Por fin, llegada la fecha indicada, se encaramó sobre un punto estratégico de la ciudad capital, y desde allí, a voz en cuello ordenó al Espíritu Santo que descendiese sobre el país con todo Su poder, y concretase así el avivamiento que se había vaticinado en su iglesia.

Como no podía ser de otra forma, sucedió que no hubo la menor respuesta desde lo alto. Así, la falta total de autenticidad de la predicción profética, y la ridiculez, arrogancia y descaro de que un diminuto ser humano levantara la voz al Espíritu Santo de esa forma – ambas quedaron cabalmente demostradas.

Quienes tienen alguna madurez y experiencia, saben muy bien que las grandes y sólidas manifestaciones del poder de Dios no se producen en base a fórmulas baratas y absurdas, como sentarse y tocar instrumentos musicales u ordenar al Espíritu Santo que cumpla instrucciones humanas. Por algo es el Espíritu Eterno del Trino Dios, que con toda claridad ha hecho constar en Isaías 40:13:

“¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole?”

A absurdos de esa naturaleza sólo se puede llegar con una mentalidad envanecida y mal enfocada, aunque con la buena intención – si cabe – de traer o provocar un avivamiento. (*)

Como algo que ponemos de paso, hemos sido muy edificados e inspirados recientemente por los testimonios fehacientes de un movimiento de Dios poderosísimo que comenzó en la China hace poco más de veinte años, y que sigue con toda intensidad hasta el día de hoy. La nota destacada del mismo es la persecución, junto con el sacrificio y el dolor, acompañados de la oración y el ministerio eficaz de la palabra – todo ello en abierto contraste con lo anterior.

Y volviendo ahora, para terminar, a la extraña pregunta “¿Tiene la lluvia padre?” respondemos de la única forma lógica y correcta.

Sí, tanto la lluvia natural como la espiritual tiene sin duda un padre. Y Ése no es ningún otro que el Padre Dios, Eterno y Omnisciente, que de ninguna manera ha de dejar vacante Su trono soberano, para que pasen a ocuparlo los hombres de ciencia, o determinados “profetas”, a los cuales la verdadera luz en realidad no les ha amanecido.

**4) ¿Quién encerró con puertas el mar,
Cuando se derramaba saliéndose de su seno,
Cuando puse yo nubes por vestidura suya,
Y por su faja oscuridad,
Y establecí sobre él mi decreto,
Le puse puertas y cerrojo,
Y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante,
Y ahí parará el orgullo de tus olas?” (38:8-11)**

(*) Quizá pueda mediar también una interpretación arbitraria e incorrecta de algún pasaje bíblico, como Ezequiel 37:9, en el que vemos que el profeta le profetizó al Espíritu que viniese de los cuatro vientos y soprase sobre los muertos.

Absteniéndonos de comentar en detalle el pasaje en cuestión, nos limitamos a puntualizar que no creemos que el mismo pueda dar, de ninguna forma, un asidero serio para actuaciones como la que hemos señalado. Tendría que ser, en todo caso, por mandato *expreso y auténtico* del Señor, el cual quedaría convalidado por un cumplimiento cabal. (Ver Deuteronomio 18:21-22)

Una extensa pregunta, que nos habla con elocuencia de la grandeza imponente del mar. Contemplando sus olas embravecidas, tanto desde la arena de la playa, como de la cubierta de un barco navegando en alta mar, hemos quedado pasmados de tanta inmensidad y de esa fuerza formidable que se mueve inquieta e incesante. La misma está latente, no sólo cuando está agitado por el viento y la tormenta, sino también cuando se aquieta en aparente calma.

Ese volumen de agua tan tremendo, con esa fuerza tan incalculable, por muchas y variadas causas bien podría desbordarse, ocasionando estragos indecibles en cualquier momento imprevisto en cualquier lugar de la tierra habitada. De hecho, esto sucedió recientemente – el 26 de Diciembre de 2005 – con el formidable Tsunami que ocasionó tantas víctimas en Indonesia, Tailandia y varios países más del Lejano Oriente, llegando incluso hasta partes de la costa oriental del África

Pero fenómenos de esta naturaleza, que acontecen de tanto en tanto, son la excepción y no la regla, y también – cabe que lo consignemos – son parte del cumplimiento de las predicciones que dio nuestro mismo Señor Jesús en el sermón profético del final de los tiempos. (Ver Lucas 21:25-26)

No obstante, la regla general es que esa fuerza formidable está controlada, porque Alguien le ha establecido límites de desplazamiento, poniéndole puertas y cerrojo, y ordenándole que no sobrepase las demarcatorias invisibles que le ha impuesto.

Job escucha absorto esa pregunta - ¿Quién es ese alguien? El lo sabe muy bien, como lo sabemos también nosotros: el Hijo Eterno de Dios, “*el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder...*” (Hebreos 1:3)

Salvo en los casos muy excepcionales ya señalados, el mar embravecido, con su caudal tan inmenso, que podría quedar incontrolado y causar, como hemos dicho, los más tremendos desastres, obedece el mandato divino día y noche, y vez tras vez sus olas se detienen sumisas al llegar a los linderos que les han sido trazados.

**5) “¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos,
O quiarás a la Osa Mayor con sus hijos?” (38:32)**

Sin querer internarnos en el campo de la astronomía, sólo acotaremos que en el Salmo 147:4 se nos dice que *“Él cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres.”*

Como es bien sabido, las constelaciones y las estrellas más destacadas, desde épocas pretéritas han tenido nombres, por medio de los cuales los antiguos las reconocían y se referían a ellas.

Algunos de esos nombres aparecen en la Biblia, como el Orión, las Pléyades y la Osa Mayor (Job 9:9 y Amós 5:8), y Cástor y Pólux (Los Hechos 28:11)

En más de una ocasión en el pasado los astrónomos se han puesto de acuerdo para cambiar esos nombres, por resultarles incomprensibles su sentido o significado.

Sin embargo, las nuevas nomenclaturas que han querido establecer no han perdurado, y con el correr de los años han quedado olvidadas y fuera de uso, manteniéndose en pie hasta el día de hoy los nombres antiguos.

Job y sus contemporáneos los conocían muy bien, como así también el profeta Amós, y sin duda la mayoría de los profetas y sabios de antaño.

El hecho de que no se han podido quitar los nombres que el Señor les dio originalmente, es otra confirmación de la gran verdad que se nos presenta en Eclesiastés 3:14:

“He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios, para que delante de él teman los hombres.”

También se asevera que en el Zodíaco, con las constelaciones que nos rodean y nos son visibles, el Creador ha mostrado, con las claves de los nombres que Él mismo ha dado, el misterio de la redención del género humano, junto con otras verdades complementarias estrechamente relacionadas con la misma.

De hecho, en el relato que se nos da en Mateo 2 acerca de los magos o sabios del oriente que vinieron a adorar al Rey de los Judíos, el Mesías prometido, se habla claramente de Su estrella y la forma en que les había aparecido en su tierra oriental, y cómo les guió hasta el preciso lugar en que el niño recién nacido se encontraba.

Pero, volviendo a la pregunta del subtítulo, no podemos menos que decir que es una de las más tremendas, y que resulta totalmente demoledora.

Es como si se plantease ante Job la posibilidad de que el Dios Altísimo contemplase tomarse unas vacaciones de, digamos, unas dos semanas. Muchas de Sus múltiples y variadísimas ocupaciones y responsabilidades las podría poner en manos de querubines, serafines, arcángeles o ángeles, según corresponda y de acuerdo con el rango y las capacidades de cada uno. (*)

Y ahora se detiene para preguntarle a Job si él estaría dispuesto a asumir una de ellas, de las más pequeñas: sacar a su debido tiempo – con la exactitud matemática de minutos, segundos y décimas de segundo – a cada una de las muchísimas estrellas del Zodíaco, y de guiar a la Osa Mayor con sus hijos – allá, en las formidables alturas en que se encuentra en el cielo septentrional – velando celosamente porque ninguna de ellas se desvíe para nada de su órbita establecida.

Como para dejarlo al pequeñito Job – y a cada uno de nosotros también – sumidos en una sensación absoluta de la más extrema pequeñez e impotencia, ante el Gigante Colosal y Eterno que es nuestro gran Dios.

6) ¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve...”? (38:22)

Nunca olvidará el autor la profunda impresión que le causó ver la nieve por primera vez. Los primeros treinta años de su vida había residido en el Gran Buenos Aires, donde no recuerda que haya nevado en esos tres decenios, y nunca o casi nunca nieva.

Una mañana de Enero, en pleno invierno europeo, al salir temprano de su casa en el Sudeste de Inglaterra, donde recientemente se había establecido, se encontró con que el jardín, la acera, la calle, los techos, en fin, todo, estaba completamente cubierto de nieve.

Nunca había visto blancura semejante, ni nada que se le aproximase – era como estar situado repentinamente ante un gran milagro. Unas horas antes, en el anochecer anterior, todo el entorno de jardines, árboles, las viviendas adyacentes, las calles y aceras, lucía esa gran variedad de colores y de los tonos propios de cada uno.

Ahora, merced a la espesa nieve que había caído, todo estaba vestido de ese blanco inmaculado. Después de contemplarlo por unos momentos, tomó un puñado en la mano y lo miró de cerca.

¿Qué encanto veía en esos copos tan diminutos y tan, tan blancos!

Sin embargo, unas horas más tarde, después de haberla pisado y pisoteado muchos transeúntes, y de haber circulado por las calles numerosos coches y camiones, ese encanto original casi había desaparecido. En cambio, las huellas de unos y otros habían dejado lodazales y barro por doquier, y el blanco hermoso de la nieve estaba salpicado por todas partes con eso tan feo y desagradable.

Desde entonces, más de una vez lo ha recordado y pensado sobre todo eso que vio ésa, su primer mañana con la nieve. Sus ideas y reflexiones siempre han sido simples y sencillas, pues prefiere la sencillez, acompañada de la claridad, a lo que sea complejo, sofisticado o difícil de comprender para la persona normal.

Comparte, pues, algunas de esas reflexiones, tan humildes como sencillas.

En primer lugar: ¿Quién manda la nieve?

Y la respuesta es una sola: dicho con toda reverencia – EL DE ARRIBA.

¿Y qué nos dice la nieve?

Pues, por lo menos, dos cosas. Una es que, así como es de blanco inmaculado la nieve, así, y mucho más, lo es EL DE ARRIBA, que la creó y nos la manda.

La otra, que todo aquél que le ama y pretende seguirle y servirle, debe vivir de blanco en todos los aspectos de su andar cotidiano.

Muy sencillas las dos cosas ¿verdad? Mas, ¡qué necesario es que en la práctica se tomen muy en serio, para que se plasmen de verdad en toda nuestra vida y conducta!

En cuanto a lo de las huellas de peatones y vehículos, la cosa discurre por otra línea. Tantas y tantas veces Dios ha derramado desde lo alto, ya sea a nivel individual o colectivo, bendiciones que han tenido el sello distintivo de algo celestial, impecable y perfecto.

Mas ¡ay! con el correr del tiempo, el ser humano, de las formas más diversas y por las razones más variadas, ha puesto su mano torpe sobre las cosas para producir un deterioro lamentable. Así, lo hermoso y glorioso de un principio se ha afeado y aun embarrado; por así decirlo, el oro se ha ennegrecido y el buen oro ha perdido su brillo. (Lamentaciones 4:1)

(*) Esto es, desde luego, una suposición, con el fin de enfatizar el peso aplastante de la pregunta. En realidad, no creemos que Dios quiera ni necesite tomarse vacaciones, ni tampoco que ninguna de las huestes celestiales pueda jamás reemplazarlo de modo alguno.

¡Cuán fina y exquisita sensibilidad debiéramos tener, para que toda vez que presenciemos y experimentemos una genuina visitación de lo alto, andemos “en puntillas”, con el más tierno cuidado de no cometer ninguna torpeza que pudiera empañar el brillo o apagar el Espíritu!

Con la observación cuidadosa por medio de un microscopio, se puede contemplar la gran semejanza de los copos de nieve, puesto que todos están formados en base al mismo y único patrón. No obstante, se nos dice que la observación minuciosa y detallada ha podido establecer que, aun dentro de esa gran uniformidad general, en una forma imperceptible para la vista natural, cada uno es distinto de los demás.

En otras palabras, que hasta el presente no se han podido identificar dos copos que sean absoluta y exactamente idénticos. Como para llenarnos otra vez de asombro y admiración, y hacemos reconocer una vez más la grandeza del Creador Supremo.

El sentido espiritual de la pregunta que nos ocupa resulta muy claro. Representando la nieve lo que supone la genuina santidad, no cabe duda que la misma está impregnada de los más ricos tesoros.

Consideremos brevemente algunos de ellos:

1) En las Escrituras del Antiguo Testamento aparece en varias oportunidades la frase “*la hermosura de la santidad.*”

La verdadera santidad, sin nada fingido ni artificial, sino que que brota espontáneamente de un vivir muy cerca de Dios, es algo que hermosea sobremedida. No se encuentra en ella nada torcido, pervertido o sucio, y no sabe de habladurías, chismes, celos o envidias. En fin, es un reflejo, aunque imperfecto e incompleto, del carácter del “*más hermoso de los hijos de los hombres.*” (Salmo 45:2)

Con todo, no nos extraña que uno mismo no se dé cuenta o sea muy consciente de esa hermosura. En cierto modo, es como el collar de oro que Faraón hizo que se le pusiese a José (Génesis 41:42) y el rey Belsasar a Daniel (Daniel 5:29) Estaban colocados de tal manera que ellos ¡ por más giros y movimientos que hicieran con la cabeza, no los podían ver! - ¡los demás sí!

Y también tengamos en cuenta que no se los colocaron ellos mismos, así como nos nos podemos colocarlo nosotros mismos, ni ningún otro, por más virtudes o autoridad que se atribuya – sólo puede ser por disposición del Rey de Reyes

2) El vivir y andar en limpieza y transparencia también tiene un doble beneficio: le deja al enemigo sin lugar ni cabida en nuestras vidas, y permite que la presencia de Dios y nuestra comunión con Él sean mayores y más reales.

- 3) Asimismo nos da peso y autoridad en nuestro servicio al Señor. Por supuesto que esto no se basa en haber acumulado méritos de los cuales nos podamos jactar, sino en que le obedecemos cumplidamente guardando con celo Su palabra y Sus exhortaciones. Como sabemos, éstas abundan en llamarnos a conservarnos puros (1ª. Timoteo 5:22) – a ser santos en toda nuestra manera de vivir (1ª. Pedro 1:15) - a purificarnos como Él es puro (1ª. Juan 3:3) - a abstenernos de toda especie de mal (1ª. Tesalonicenses 5:22) - a ser irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual debemos resplandecer como luminarias en el mundo (Filipenses 2:15), y un largo etcétera.
- 4) Nuestra conciencia – ese juez moral interno que Dios nos ha dado – dará su testimonio aprobatorio con la consiguiente íntima satisfacción de saber que estamos agradando a Dios. Una conciencia purificada y plenamente satisfecha, constituye todo un capital espiritual que nos llena de confianza en todo cuanto hacemos.
- 5) El mismo Espíritu dará Su sello de aprobación con una preciosa paz interior, y la alegría de ver nuestras labores para el Señor premiadas con un fruto que irá cada vez en aumento, a medida que perseveremos en la santidad y todas las demás virtudes de la vida cristiana.
- 6) Cuando nos toque orar por otra persona o actuar contra un demonio, lo podremos hacer con más confianza y fe.
Huelga decir que, por el contrario, quien consiente cosas turbias o mundanas en el andar diario, se sentirá disminuido y hasta inepto o descalificado en tales circunstancias.
- 7) La verdadera santidad tiene como facetas muy importantes el amor, noble y desinteresado, y una genuina humildad, propia del Cordero de Dios, manso y humilde de corazón. (Mateo 11:29) Sin estas dos virtudes no puede haber una santidad real.
- 8) Nos permite ver a Dios, no con los ojos naturales, sino con los de la fe y de nuestro espíritu.

Este ver a Dios en la vida presente, consiste en tener una visión y comprensión bien definida de Su persona, Su presencia en nuestra vida y Su preocupación por nosotros, protegiéndonos, proveyendo para todas nuestras necesidades y corrigiéndonos cuando sea necesario, amén de muchas otras cosas, como alentándonos, consolándonos o exhortándonos, según corresponda.

En contraste, a quien ande manchado en su caminar, se le nublará la visión y estará a la intemperie y huérfano de algunos o muchos de los deleites que se experimentan cuando está la mano de Dios sobre una persona.

Además, en el más allá la limpieza de corazón y la santidad nos asegurarán la dicha indecible de ver a Dios cara a cara por toda la eternidad.

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.” (Mateo 5:8)

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.” (Hebreos 12:14)

“...y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.” (Apocalipsis 22:4)

Algún lector podrá preguntar, con toda razón, ¿cómo puedo entrar en los tesoros de la nieve?

En forma muy escueta, señalamos tres cosas fundamentales.

- a) Tener una visión y comprensión muy clara de la absoluta santidad de Dios – tanto del Padre, como del Hijo y del Espíritu Santo. Para esto, tenemos como medios de gracia a nuestro alcance la palabra de Dios, que abunda en versículos y pasajes que apuntan con toda claridad en ese sentido, y la obra del Espíritu en nuestros corazones.
- b) El cultivo de una comunión diaria por medio de la oración y la adoración. Acercándonos asiduamente a Él y pasando buenos ratos en Su presencia, Su blancura preciosa irá emblanqueciendo, a veces insensiblemente, las fibras íntimas de nuestro ser interior.
- c) Paralelamente a las dos cosas anteriores, deberá haber una actitud diaria, clara y definida, de guardarnos celosamente de todo lo que nos pueda contaminar, a la par que de darnos de lleno a las fuerzas contrarias del bien, la justicia y una escrupulosa rectitud en todos los órdenes de la vida.

Como complemento de todo esto, y como un aporte positivo en muchos sentidos, debemos considerar el ayuno en forma regular, que nos servirá, entre otras cosas, para mantenernos humildes y encontrarnos diáfanos en nuestros espíritus y en nuestra comunión con el Señor.

Querido lector: esta sexta y última pregunta dirigida a Job que hemos tomado, adquiere mucha importancia al ser interpretada – como evidentemente corresponde que sea – en su acepción espiritual y con aplicación a nuestra vivencia práctica.

Entrar en los tesoros de la nieve, o no hacerlo – ésta es la disyuntiva. Esta última opción – el no hacerlo – supone el riesgo muy grande de condenarse a la desdicha, el infortunio y aun la maldición de seguir viviendo manchado, con el pecado como una triste y lamentable constante en la vida, con todas sus consecuencias fatales.

Por tu propio bien, por el de tus seres queridos que te rodean, porque se lo debes al Señor que tanto te ha amado, y por muchas otras razones relacionadas tanto con esta vida como con el más allá, buscando la gracia del Espíritu, esmérate con todo ahinco y busca a diario ir entrando, cada vez más, en los tesoros de la nieve. Así enriquecerás tu propia vida, y a su tiempo, también podrás hacerlo con las de los demás.

----- () -----

CAPÍTULO V – LA CUEVA DE ELÍAS

Rompiendo las reglas de uniformidad, ahora pasamos a otro capítulo, más bien corto. Sin embargo, confiamos en que el lector también encontrará en él cosas de provecho e inspiración.

Como bien se sabe, después de la grandiosa manifestación del fuego divino en el Monte Carmelo, Elías se encontró con la amenaza de que se le iba a cortar la cabeza, proveniente nada menos que de esa fiera de mujer llamada Jezabel.

Desde luego que no era solamente Jezabel en sí, sino toda la fuerza diabólica que operaba en su vida. Comprensiblemente, Elías se dio a una fuga que lo llevó primeramente a Beerseba, en el extremo austral del territorio de Israel, y desde allí, en una marcha épica que le llevó cuarenta días y cuarenta noches, a Horeb, el Monte de Dios.

Ése era el mismo lugar en donde, muchos siglos antes, el Señor se le había aparecido a Moisés. En aquella ocasión fue para llamarlo a cumplir la estupenda labor, bajo la guía y el poder divinos, de liberar a todo el pueblo de Israel del pesado yugo de Faraón, rey de Egipto, al cual habían estado sometidos por unos buenos años.

Esa labor habría de culminar con llevarlos a la tierra prometida de Canaán, la cual fue completada por Josué, el sucesor de Moisés.

Esta ocasión posterior en el mismo escenario tenía matices muy distintos. Después de pasar a habitar en la tierra prometida, Israel se había dado repetida y reiteradamente a la idolatría, siendo muy infiel para con el Dios del cual había recibido tanto favor y misericordia.

Elías se encontraba muy desanimado, y hasta había llegado a pedirle al Señor que le quitara la vida, pues su angustia, estando bajo el enebro en Beerseba era tal, que deseaba morir.

Cabe señalar que esta oración y este deseo nunca llegaron a cristalizarse, pues, como sabemos, al igual que Enoc, no gustó la muerte, sino que fue trasladado al cielo en un torbellino, según se nos narra en 2ª. Reyes, capítulo 2.

Al llegar a Horeb, lo primero que hizo fue meterse en una cueva, donde pasó la noche. Fue entonces que le vino la palabra del Señor, con la brevísima pregunta:

“¿Qué haces aquí, Elías?” (1ª. Reyes 19:9)

Pasamos ahora de la realidad objetiva del relato del texto, a la aplicación simbólica, pero muy práctica y bien fundada, de lo que hemos puesto como título del capítulo:- “La Cueva de Elías.”

Esta aplicación no concuerda en forma total con el estado en que se encontraba Elías, si bien tiene desde luego bastantes puntos en común.

Sabemos que en los momentos de dificultad, desánimo y sobre todo de depresión, el ser humano a menudo busca refugiarse en algo que le procure alivio, protección, o bien que le permita aislarse y escapar del problema.

Ese refugio, para los hijos de Dios siempre debiera ser el ponerse bajo el amparo del Señor, a la sombra del Altísimo, buscando en Él y sólo en Él, el socorro, consuelo o la gracia necesaria para capear el temporal, superar las dificultades y poder seguir adelante.

No obstante, muchas veces, ya sea por encontrarse dolidos, por sentirse tristes, etc., en vez de acudir a ese único y perfecto refugio, siguiendo los dictados de la carne se dirigen a otros de la más diversa variedad. Estos otros refugios generalmente son inadecuados y falsos y, extrayendo la metáfora del relato bíblico en que nos encontramos, los llamamos cuevas.

Por empezar, la cueva es un lugar oscuro y que casi siempre resulta frío e incómodo. La mayor virtud que le podemos atribuir, si es que se la puede llamar virtud, es la de ser un lugar adonde uno se puede esconder para no ser visto por los demás. Sin embargo, no conduce a nada realmente provechoso, pues evidentemente no se podrá pasar todo el resto de la vida en ese lugar, y tarde o temprano, habrá que salir y enfrentar el problema o las dificultades.

Consideremos algunas de las cuevas en que uno se puede refugiar.

La cueva de las apariencias.-

A veces, cuando las cosas van mal y alguien se encuentra en un atolladero o en un callejón sin salida, pero por amor propio no desea que los demás se enteren, recurre a esta cueva particular de las apariencias.

Se pretende que todo va bien – se sonríe queriendo demostrar un estado de optimismo o bienestar – se habla con el lenguaje de costumbre y buscando que se piense que todo está en su debido lugar.

Con esto, inconscientemente se construye esta cueva que llamamos *de las apariencias*. Inevitablemente, resultará totalmente ineficaz y sólo habrá de llevar a malos resultados, pues está basada en la mentira de fingir ser lo que no se es y estar donde no se está.

Naturalmente que no podemos andar contando nuestras cuitas a todo el mundo, ni sincerándonos acerca de nuestros problemas y penas con todo hermano o hermana que nos saluda. Sin embargo, encontrándose uno con que las cosas no están bien y no se puede salir del atolladero por los propios medios, lo más sabio y coherente es buscar el consejo y la ayuda de personas fiables y capacitadas.

Al final de cuentas, todos en una etapa u otra de la vida hemos tenido que hacerlo de una forma u otra, y ello no ha supuesto ninguna deshonra. Por el contrario, lleva de por sí la transparencia y humildad de quien, sabiéndose necesitado no vacila en pedir ayuda, como el varón macedonio de la visión de Pablo, que estando de pie le rogaba diciendo "*Pasa a Macedonia y ayúdanos.*" (Los Hechos 16:9)

La cueva de la autocompasión.-

La autocompasión, o sea el tener lástima de sí mismo, es algo mucho más grave de lo que parece a primera vista. Cuando a uno le han ido mal las cosas, ya sea en el ámbito de las finanzas, en el trabajo, en el área sentimental, o en cualquier otro aspecto de la vida, es fácil caer en esa tentación de compadecerse de sí mismo y sentirse la víctima, pobre e inocente, del infortunio que le ha tocado o le está tocando sobrellevar.

Como creyentes en Cristo e hijos de Dios debemos rechazar de plano esa tentación. La razón está en el hecho ya señalado más arriba de ser algo muy grave, y que, de no dejarla totalmente de lado, nos llevará con toda seguridad a un mal fin.

Recordemos la ocasión en que Pedro, después de que el Señor predijese que le era necesario padecer mucho y ser muerto y resucitar al tercer día, le tomó aparte para reconvenirle, diciendo:

"Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca." (Mateo 16:22)

Jesús no le contestó diciéndole, por ejemplo, que él no estaba bien enfocado y debía comprender mejor las cosas, o algo así por el estilo. En cambio, en la forma más cruda y tajante le dijo:

"Quítate de delante de mí, Satanás; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres." (16:23)

Él veía con toda claridad que esa exhortación o sugerencia venía directamente de Satanás, con todo el veneno infernal que le acompañaba.

¿Por qué?

Porque significaba que, al tener lástima de sí mismo, se sentiría como una víctima inocente de la injusticia del Padre, que le había enviado al mundo para sufrir en lugar del pecador, cosa que Él, por ser tan bueno y justo, no se merecía para nada.

En otras palabras, que hubiera sido lamentarse por ese fin a que tenía que llegar, y por el cual, en última instancia, el Padre era responsable. Y siguiendo el razonamiento de Pedro – "*en ninguna manera esto te acontezca*" – le habría conducido a desobedecer abiertamente el mandato del Padre.

Cuando nos compadecemos de nosotros mismos, sin darnos cuenta, por la vía de sentirnos víctimas de las injusticias o infortunios que nos han tocado, llegamos inevitablemente a culpar a Dios, como soberano que está sobre todas las cosas, por permitir el mal que nos azota. Éste es un terreno muy peligroso, que muy bien puede llevar al extremo de blasfemar el nombre de Dios, con todas sus funestas y gravísimas consecuencias.

Para que quede más claro y mejor entendido, lo definimos como un proceso que sigue el siguiente curso:

- 1) Lástima de uno mismo, que se considera la víctima inocente;
- 2) La culpa es de los demás, o de las injusticias de la sociedad, o el mal proviene de las desgracias de este mundo;
- 3) Finalmente, la culpa recae, indirectamente pero a la larga en forma inevitable, en Dios, el Soberano del universo – "¿Por qué y cómo permite eso?" "¿Por qué no me hace justicia?" etc.

En momentos de tristeza o depresión, la tentación de refugiarse en la autocompasión puede ser muy fuerte, pues produce una cierta satisfacción que

alimenta nuestro ego y lo absuelve de culpa. Con todo, esta cierta satisfacción es muy malsana y además, predispone a no luchar y aferrarnos al Señor en medio de la adversidad, sino a claudicar y sentirnos unos pobrecitos desdichados.

Por todo esto, exhortamos al lector en los términos más enfáticos, a que rechace con determinación toda tentación a tener lástima de sí mismo en momentos difíciles y dolorosos. En cambio, afirmándose en forma bien concreta en la promesa de que *“a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien”*, confíe y aun declare en fe ante el Señor su confianza en que eso tan difícil o doloroso, por Su gracia Él lo habrá de transformar a su tiempo en una fuente de bendición, que habrá de contribuir a que se asemeje más a Jesucristo, el Hijo de Dios.

La cueva de la autoprotección.-

Nuestro organismo físico tiene, por haber sido creado así por Dios, un instinto natural de protegerse y preservarse. Éste se mantiene latente a todo lo largo de la vida y se manifiesta hasta el final, cuando se avecina la muerte, y muchas veces el cuerpo lucha por sobrevivir hasta el último momento.

En la experiencia práctica de la vida cristiana, con frecuencia nos encontramos con hermanos que han sido heridos o golpeados por circunstancias desfavorables de la más variada índole. Como resultado, por el temor de ser todavía más golpeados o heridos, se retraen evitando todo riesgo y así van construyendo imperceptiblemente esta *cueva de la autoprotección*.

Naturalmente, hemos de ser sabios y cautos, no exponiéndonos torpe e innecesariamente a lo que nos puede dañar, ya sea física, emocional o espiritualmente. Cada uno debe tener una dosis adecuada de sentido común, para conocer bien sus limitaciones y aun sus puntos débiles, y no extralimitarse ni exponerse indebidamente.

Eso es normal y correcto, mas lo que estamos pensando al hablar de esta cueva particular va más allá. Se trata de la persona que, como hemos dicho, ha sido herida o golpeada, y en vez de buscar restablecerse y continuar luchando, entra en una pasividad e inercia que prácticamente la paraliza. En esta forma, rehuye todo compromiso que pudiera significar un riesgo en cualquiera y el más pequeño de los sentidos, y llega a veces a aislarse totalmente, lo cual evidentemente le podrá acarrear serios peligros.

Lo que corresponde en tales casos, es buscar la consejería y ayuda de algún siervo o sierva con suficiente talante, para sanarla y encauzarla gradualmente a realizar una labor acorde con sus dones y posibilidades, cuidando de no ubicarla donde esté expuesta a recibir nuevos golpes y heridas.

Por otra parte, debemos recordar lo que dijo el Señor en Lucas 9:24:

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la guardará.”

Aunque es distinto del caso que señalamos anteriormente, hay quienes no quieren arriesgar nada, ni “jugarse” por el Señor y prefieren aferrarse a lo que tienen, pues se sienten más seguros así. Lamentablemente, la sentencia de la cita que hemos consignado tarde o temprano los alcanzará.

Sin comentarlas mayormente, enumeramos algunas otras cuevas en que se suelen esconder algunos.

La cueva de la comodidad, el confort y la tranquilidad, que rehuye lo que sea esfuerzo o sacrificio por el Señor. Dar al Señor lo mínimo indispensable, olvidando o no teniendo en cuenta lo que se nos advierte en 2ª. Corintios 9:6

“...El que siembra escasamente, también segará escasamente...”

La cueva de las excusas y falsos justificativos, habitada por quienes siempre encuentran razones válidas para no trabajar mayormente junto a sus hermanos, ni asumir responsabilidades, sino en un grado mínimo y que no les comprometa.

En casos semejantes, por lo general lo que está de por medio es que tienen otros compromisos ajenos o amores extraños, que pesan para ellos más que el amor al Señor y a la iglesia.

La cueva del temor, que brota de diversas causas, como el miedo de “quemarse”; de que al alinearse decididamente con el Señor y Su servicio se tenga que sufrir demasiado; de que los familiares, compañeros de trabajo o vecinos se burlen o lo consideren un fanático; de que no le quedará tiempo libre para la mujer, los hijos y sus posibles hobbies; de que por estar activo para el Señor el enemigo le ataque y le vaya mal; de fracasar y quedar avergonzado y traumatizado, etc. etc.

Sin duda que hay muchas más cuevas, pero las que hemos tratado son posiblemente las más corrientes y nos servirán de orientación.

El refugiarse o esconderse en la cueva lleva en sí el principio del aislamiento, que siempre es perjudicial y peligroso.

Recordamos hace muchos años oír a un joven estudiante bíblico, oriundo del Paraguay, hablar brevemente sobre las ovejas. Un punto muy sencillo, pero acertado e importante que señaló, fue que cuando una oveja se encuentra enferma, uno de los primeros síntomas que casi siempre se advierte es que se separa del resto del rebaño, rezagándose y quedando sola.

¡Qué gran verdad! ¡y a qué consecuencias graves puede llevar!

Es por eso que ahora debemos pasar a considerar brevemente la exhortación que le hizo el Señor a Elías:

“Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová.” (19:11)

Salir fuera de cueva, porque, como hemos visto, es un refugio falso, que nos deja en lugar oscuro, generalmente frío e incómodo, y nos aísla de nuestros hermanos, dejándonos en una soledad en que somos muy vulnerables y propensos a los ataques y al engaño del enemigo.

Ponernos en el monte, delante de Jehová, porque allí estamos a la luz de Su presencia, permitiendo que Él nos escudriñe y disipe las tinieblas y temores que se han alojado en nuestros corazones.

Así podremos retomar la senda de comunión con Él y nuestros hermanos, encontrando que nuestra enfermedad ha sido curada, y que podemos volver a andar con pie firme en el camino de Su plena voluntad para nuestras vidas.

Este último párrafo nos puntualiza la meta inmediata que se debe procurar alcanzar. Si no se la puede lograr a solas con el Señor, será necesario, como ya señalamos antes, buscar la ayuda de otros.

De una forma u otra, lo fundamental y más importante y urgente, es salir de la cueva y reencontrarnos con la luz y verdad.

----- () -----

CAPÍTULO VI - ¿CON QUÉ LIMPIARÁ EL JOVEN SU CAMINO?

(Salmo 119:9)

El salmo 119, que se considera que fue escrito por David, es el más largo de todos, con un total de ciento setenta y seis versículos.

En el original hebreo constituye toda una joya literaria. Aunque a muchos les resulte bien conocido, en beneficio de algún lector que las pudiera ignorar, explicamos sus dos particularidades principales.

Como se advertirá, está dividido en un total de veintidós secciones de ocho versículos cada una, las cuales van encabezadas por los nombres de cada una de las veintidós letras del abecedario hebreo (Alef, Bet, Guímel, Dalet, etc.)

Ahora bien, en el original, cada una de las oraciones o frases comienza con la letra correspondiente al título de la sección.

Es como si en castellano tuviéramos en la primera sección algo así:

Alabo Tu nombre ¡Oh mi Dios!

Ayúdame a hacerlo con unción.

Agradezco Tus muchas mercedes,

Actuales, antiguas y futuras.

Agraciado me siento sobremanera. Etc. etc.

Además de esto, en cada versículo – con la sola excepción del 122 y el 132 en la revisión 1960 de la versión Casiodoro de Reina – nos encontramos con la mención de la palabra de Dios, o bien de vocablos de sentidos similares, tales como *tus juicios, tu ley, tus mandamientos, tus estatutos, tus preceptos, tus testimonios*, etc.

Al repetírsenos esto nada menos que ciento setenta y cuatro veces en este salmo, (posiblemente ciento setenta y seis en el original hebreo), se nos está dando una señal muy clara y elocuente del lugar primordial que debe tener en nuestras vidas la palabra de Dios.

Sepa el lector comprender bien esta señal y darle a las Sagradas Escrituras – el libro de Dios escrito para cada uno de nosotros – el primer y mayor lugar, por encima de todo otro libro.

La pregunta que encabeza este capítulo tiene su respuesta en el renglón siguiente del mismo versículo, i.e.

“Con guardar tu palabra.”

En primera instancia, la palabra de Dios nos dirige en el Nuevo Testamento a la forma y el medio que Él ha provisto para que nos limpiemos y seamos aceptos delante de Él.

Después de señalarnos que todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios, en Romanos 3:23-25 se nos dice que somos *justificados*

gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a Quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en Su sangre.

Esto significa que, por nuestras faltas y pecados, ninguno de nosotros puede de por sí estar limpio ante Sus ojos. Pero en Su inmenso amor y misericordia, Él ha provisto un medio gratuito y totalmente eficaz para que lo seamos.

Ese medio es el gran sacrificio hecho en la cruz del Calvario por Su Hijo Jesucristo, Quien padeció en nuestro lugar, el justo por los injustos, para reconciliarnos y hacernos aceptos ante Dios.

Su palabra nos exhorta a arrepentirnos y echar mano de esa provisión que Él ha hecho, recibiendo a Cristo como nuestro Salvador personal y el Señor de nuestras vidas. Cuando hacemos esto de verdad, pasamos a ser beneficiarios directos de ese sacrificio, por medio del cual quedamos plenamente perdonados, limpiados y justificados ante Dios, el Juez Supremo.

Ése es el primer paso que, en forma ineludible debe dar cada ser humano para ponerse a cuentas con Dios y limpiar su camino de verdad. Cuando se lo da de veras, se experimenta lo que la Biblia llama “*nacer de nuevo*” o ser una “*nueva criatura en Cristo Jesús*”. (Juan 3:3 y 2ª. Corintios 5:17)

Como resultado directo, se pasa, de ser *una criatura de Dios por creación*, a ser *un hijo de Dios por renacimiento*.

De ahí en más – sea joven, de mediana edad o anciano – deberá guardar su camino para no mancharse, y cuidar al mismo tiempo de limpiarse de todo polvillo que se le pudiera asentar, purificando y santificando su vida en el temor de Dios.

Como una aportación práctica para ayudar al lector en este sentido, pasamos a reseñar las principales formas en que debemos guardar la palabra de Dios para tal fin.

El agua cristalina de las palabras de Su boca.-

“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.” (Juan 15:3)

Sentados a Sus pies, los discípulos escuchaban una y otra vez las palabras de vida, advertencia, luz y verdad que salían de Sus labios.

Las mismas eran como un agüita limpia y cristalina, que brotaba de Él, la fuente santísima y eterna. Junto con todos los demás beneficios que esto les reportaba, y tal vez sin que ellos se diesen cuenta mayormente de ello, les iban penetrando en la mente y el corazón, comunicándoles una preciosa higiene y purificación interior. Así, Jesús podía afirmar con toda sencillez, pero también con todo peso y verdad, que ellos ya estaban limpios.

No hemos de entrar en ninguna disquisición teológica o dispensacionista en cuanto a estas palabras de Jesús, pronunciadas antes de Pentecostés. El hecho concreto es que Jesús las dijo, no sólo antes de Pentecostés, sino aún antes de Su crucifixión y muerte, y por lo tanto no podemos de ninguna forma cuestionar su validez inmediata para con Sus discípulos.

Al mismo tiempo, son palabras que nos puntualizan también a nosotros el efecto tan sano y purificador de Su palabra de verdad. Poniéndonos a Sus pies cada día, bebiendo de esa afuente tan pura, hemos de conservarnos limpios y lozanos en nuestro camino.

La simiente incorruptible.-

“...siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.” (1ª. Pedro 1:22)

La palabra viva de Dios tiene la capacidad de reproducir y lo hace según su especie. Al germinar en nosotros produce el renacimiento, que nos convierte en hijos de Dios, y así comenzamos a ser a imagen y semejanza Suya. Esto pone en marcha un proceso que debe avanzar y alcanzar buenos progresos ya, en nuestra vida presente, y que habrá de alcanzar su cumplimiento pleno al ser perfeccionados finalmente en el más allá.

Los ingredientes de esta simiente o semilla son muy ricos y variados. En forma condensada, podemos señalar que contiene en una forma u otra todos los atributos del ser divino. Entendemos que esto es porque Dios no habla palabras vacías o huecas, sino que infunde en ellas el aliento y el peso de Su propia vida. Así, la semilla que brota en nuestros corazones está destinada a reproducir, en diferentes grados y medidas, todos esos atributos. (*)

Veamos algunos de esos ingredientes, mayormente los vinculados con el limpiar nuestro camino, que es el tema en que estamos.

“...Tú tienes palabras de vida eterna.” (Juan 6:68)

Puesto que vienen del Eterno Dios y del Eterno Hijo de Dios, estas palabras contienen el ingrediente de la vida eterna, la cual pasamos a poseer desde el mismo día y momento en que nacemos de nuevo, por el engendro de esa palabra en nuestro ser interior.

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” (Juan 17:17)

“...la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación...” (Efesios 1:13)

“Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad...” (Santiago 1:18)

Como sabemos, Jesús es la verdad personificada, el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad, y de Dios el Padre podemos decir que es totalmente imposible que mienta.

(*) Se sobrentiende que aquéllos que hacen a la Deidad misma, como la omnipotencia y la omnipresencia, siempre serán privativas de Dios y no de los seres creados.

Por el contrario, el diablo es padre de mentira, según lo llamó Jesús en Juan 8:44.

Al estar en el mundo, muertos en delitos y pecados, éramos todos proclives a la mentira, aunque desde luego en diversos grados y medidas, según el caso.

Al darle cabida a Jesucristo en nuestros corazones en el momento de nuestro real encuentro con Él en la conversión, Su palabra de verdad queda depositada dentro de nosotros. De ahí en más, esa verdad que proviene de Él y de Su palabra, pasa a regir nuestras vidas y la mentira queda desterrada.

Desde luego que debemos tomar y conservar plena conciencia de esto, como así también de todos los demás ingredientes de la simiente de Su palabra. Y no sólo eso, sino también prestarnos de lleno, por el ejercicio de la voluntad, por una parte a su crecimiento y desarrollo, y por la otra, al destierro de nuestras vidas no sólo de la mentira, sino también de todas las demás fuerzas opuestas que operaban en nosotros anteriormente.

La palabra limpia y pura.-

“Las palabras de Jehová son palabras limpias,

Como plata refinada en horno de tierra,

Purificada siete veces.” (Salmo 12:6)

Aunque ya hablamos del efecto purificador de las palabras de Jesús, aquí vemos la misma verdad a través de un prisma distinto.

Para hacernos plenamente conscientes de la pureza de las palabras del Señor, David nos presenta el símil de la plata refinada en el horno. No contento con hacerla pasar por él una ni dos veces, el platero continúa haciéndolo una tercera, y cuarta, y quinta, y sexta y séptima vez, hasta tenerla purificada en el grado más superlativo que se pueda concebir.

Así es de pura y santa la palabra de Dios. Y esta pureza y santidad, contenidas en alta proporción en la simiente que hemos recibido al renacer, ha de pugnar siempre por abrirse paso y ensancharse en nuestras vidas. Desde luego, para ello debe contar con nuestra total e inteligente colaboración.

Además de estos ingredientes contenidos en la palabra viva de Dios, contamos con innumerables consejos, advertencias y exhortaciones que nos dan las Escrituras. Muchísimas de ellas están enfocadas clara y *directamente* a la limpieza y purificación de nuestra vida cotidiana.

Pero, viendo las cosas en forma más amplia, otras que no las enfocan *directamente*, igualmente repercuten en el mismo sentido. Tomemos, por ejemplo, la exhortación de Jesús a que oremos siempre y no desmayemos. (Lucas 18:1) Si la obedecemos y llevamos una vida de oración, aparte de procurarnos muchos otros beneficios y bendiciones, necesariamente nos motivará a vivir con rectitud, corrección y justicia.

Para ilustrar mejor lo que antecede, tomaremos seis exhortaciones dirigidas directamente a nuestro fin - guardarnos en limpieza y santidad - y otras tantas, dirigidas primariamente a otros aspectos, pero que, aunque indirectamente, igualmente inciden favorablemente hacia el mismo fin.

Directas.-

- 1) “...Consérvate puro.” (1ª. Timoteo 5:22)
- 2) “...y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.” (2ª. Timoteo 2:20-21)
- 3) “Te mando delante de Dios...que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª. Timoteo 6:13-14)
- 4) “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.” (Efesios 4:31)
- 5) “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.” (Filipenses 2:14-15)
- 6) “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría;...Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca.” (Colosenses 3:5 y 8)

Éstas no las comentamos, pues todas hablan de por sí con absoluta claridad.

Indirectas.-

Ahora pasamos a algunas de las muchas que repercuten en el mismo sentido, aunque la exhortación no sea directamente a limpiarse o santificarse.

1) *"Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto."* (Colosenses 3:14)

Apenas si hace falta decir que quien anda en el verdadero amor, con toda seguridad habrá de guardarse en estricta limpieza delante de Dios y los hombres.

4) *"Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra."* (Romanos 13:7)

Esta exhortación a que cumplamos nuestras obligaciones económicas, y de respeto para con las autoridades, de hecho nos motiva a que no seamos ni deshonestos ni irrespetuosos.

5) *"Orad sin cesar."* (1ª. Tesalonicenses 5:17)

Al igual que las palabras de Jesús en Lucas 18:1, este versículo nos anima a orar siempre, y como se ha dicho, al hacerlo, amén de todos el provecho que se deriva directamente de ello, con toda seguridad que nos conducirá a una vida que progresivamente se irá limpiando y purificando cada vez más.

6) *"Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad."* (Filipenses 4:8)

Aquí no se menciona para nada el limpiarse de impurezas y contaminaciones. Sencillamente se insta a pensar en todo lo que es bueno y noble, y darse de lleno a ello. El resultado de ello será, inevitablemente, una mayor purificación en la vida, pues al abrazar con propósito todas estas virtudes, de hecho se dejarán de lado y eliminarán todos los factores y principios contrarios y contaminantes.

7) *"...hacedlo todo para la gloria de Dios."* (1ª. Corintios 10:31)

"...como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios..." (Efesios 6:6)

Al cuidar que en cada cosa que hagamos glorifiquemos al Señor, habremos de desechar no sólo la gloria propia que proviene del protagonismo o la vanidad – que se nos mire y admire – sino también todo lo que sea indigno, sucio o torcido.

Y paralelamente a eso, muy escuetamente, el hacer la voluntad de Dios de corazón, presupone hacer el bien y lo bueno y desechar todo lo que no lo sea.

6) *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente...Amarás a tu prójimo como a ti mismo."* (Mateo 22:37 y 39)

Después de señalarles a los fariseos que éstos eran el primer y segundo mandamiento en importancia, agregó que de ellos dependían toda la ley y los profetas.

Como vemos, aquí también hay una falta total de cualquier mención del pecado en sus distintas formas, o de quitarlo de nuestras vidas. Sin embargo, el amar a Dios y al prójimo *de verdad*, inevitablemente nos llevará a hacerlo.

Al recorrer distintas partes de las Escrituras para puntualizar todo lo anterior, el autor se ha quedado con una conclusión muy sencilla y lógica, a la par que muy importante, y que es la siguiente:

Si bien la Biblia tiene muchísimo más para nosotros en muchas otras facetas, a todo lo largo de ella, y de las formas más diversas y variadas, nos repite y recalca con todo énfasis que nos limpiemos, purifiquemos y santifiquemos.

La razón es tan evidente que "se cae de madura": si lo hacemos, nos situamos y mantenemos en la parcela de Dios. Si por el contrario no lo hacemos, quedamos en la opuesta, la del enemigo declarado de nuestras almas, y con todas sus consecuencias.

Sepas tú comprenderlo bien, querido lector, y buscando la ayuda del Espíritu, disponte siempre a desechar lo malo y escoger lo bueno.

----- () -----

CAPÍTULO VII – LA GRAN PREGUNTA DE JEHÚ

Después de la apostasía de Salomón y la división del reino, en el del Sur, comúnmente llamado Judá, hubo algunos reyes muy buenos, como Josafat, Jotam, y sobre todo Ezequías y Josías.

En cambio, en el del Norte, que abarcaba a diez de las tribus de Israel, casi todos fueron malos y algunos realmente pésimos. El único acerca del cual el Señor tuvo cosas buenas que decir al final de su reinado fue Jehú.

Su nombre significa *Jehová es Él*. Siendo él todavía un capitán del ejército, un hijo de los profetas, por mandato de Eliseo, fue a Ramot de Galaad, donde Jehú se encontraba junto con los demás príncipes del ejército, con el expreso mandato de ungirlo como rey de Israel.

Este unguento iba acompañado de una solemne comisión de exterminar toda la casa del malísimo rey de Israel Acab, y de su esposa, esa horrible mujer llamada Jezabel.

Desde ese momento, Jehú, que ya de por sí era un guerrero impetuoso y valiente, pasó a ser un verdadero titán invencible en el campo de batalla. No sólo cumplió cabalmente el mandato recibido en cuanto a la casa de Acab y su esposa Jezabel, sino que barrió totalmente el culto de Baal de Israel.

Al final de su reinado, si bien se señala que no se cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel con todo su corazón, ni se apartó de los pecados idolátricos de un rey anterior, Jeroboam I, el Señor tuvo una palabra de muy significativo elogio y reconocimiento para con él.

“Y Jehová dijo a Jehú: Por cuanto has hecho bien ejecutando lo recto delante de mis ojos, e hiciste a la casa de Acab conforme a todo lo que estaba en mi corazón, tus hijos se sentarán sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación.” (2ª. Reyes 10:30)

En la dispensación actual de la gracia en que nos encontramos, nos desenvolvemos en un plano totalmente distinto, que nada tiene que ver con exterminar a enemigos en el campo de batalla.

No obstante, por cierto que nos podríamos dar por muy satisfechos si al final de nuestra carrera, el Señor pronunciase en cuanto a nosotros las mismas palabras que tuvo para con Jehú:

“...has hecho bien ejecutando lo recto delante de mis ojos, e hiciste...conforme a todo lo que estaba en mi corazón.”

La promesa como recompensa de que sus hijos se sentarían sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación, se cumplió al pie de la letra, y la dinastía de Jehú duró poco más de un siglo – para ser más precisos, ciento dos años y seis meses.

La narración del reinado suyo figura en los capítulos 9 y 10 de 2ª. Reyes, y – con la salvedad de que contiene mucho derramamiento de sangre – constituye, no obstante, un relato casi apasionante, que contiene, además, cosas de riquísimo interés y valor.

No deja de ser una lástima que muchos creyentes absorben con avidez novelas o películas con un contenido muy inferior, y a veces banal y hasta obsceno, y no parecen tener mayor interés en los relatos bíblicos, que casi siempre están saturados de tanta enseñanza provechosa, y a menudo son además muy amenos y vivaces.

Éste del rey Jehú y muchos otros también, por lo que hemos podido observar, parecen muy poco conocidos por la gran mayoría de los cristianos, lo cual es un índice lamentable de lo muy poco que se lee y estudia la Biblia.

Pero volviendo al relato, a una altura determinada de su reinado, mientras se hallaba Jehú de camino a Samaria, se encontró con un personaje muy digno, y del cual se oye hablar muy poco: Jonadab, hijo de Recab.

El capítulo 35 de Jeremías nos da otro relato interesantísimo y aleccionador, que nos hace comprender y apreciar la real valía de Jonadab. No corresponde que lo desgranemos aquí, pero recomendamos al lector que lo lea y estudie detenidamente – seguro que le gustará.

Lo cierto es que Jehú, después de saludar a Jonadab, le dirigió lo que llamamos en el título del capítulo *la gran pregunta de Jehú*:

“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?” (2ª. Reyes 10:15)

Al contestar afirmativamente Jonadab, Jehú le tendió la mano y lo hizo subir consigo en su carro de combate, diciéndole:

“...Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová.” (10:16)

Y de ahí en más, Jonadab fue con él como acompañante privilegiado, y le vio cumplir con todo rigor y en su absoluta totalidad el mandato que había recibido al ser ungido como rey.

Al hacerle la pregunta a Jonadab, seguramente que Jehú le miró bien a los ojos, y podemos dar por sentado que Jonadab al contestarle que sí, también lo hizo, mirando limpiamente a los ojos de Jehú.

Sobre esto – mirar a los ojos – volveremos dentro de poco. Pero en el contexto de ese entonces, se trataba de saber si Jonadab estaba con él y le apoyaba en lo que estaba haciendo.

En realidad, lo que él – Jehú – estaba haciendo, era exterminar la familia y descendencia de Acab y el culto a Baal, que imperaba por doquier en esos tiempos.

Lo primero suponía una abierta rebelión contra la autoridad que regía a Israel, y muchos muy bien podrían pensar que Jehú era un rebelde, que se había empeñado en derrocar al rey y usurpar su lugar. Se trataba pues de comprobar

que Jonadab no pensaba de esa forma, sino que comprendía bien que lo que estaba haciendo era por mandato expreso del Señor, que le había venido por la vía de un hijo de los profetas.

De paso digamos que este mandato, que el hijo de los profetas a su vez lo había recibido del profeta Eliseo, tenía una procedencia más antigua aún. En efecto, a Eliseo se lo había transmitido su predecesor Elías, quien lo había recibido del Señor en Horeb, el monte de Dios, según consta en 1^a. Reyes 19:15-17.

Como vemos, toda una larga cadena que se extendió con el correr de unos buenos años, pero que tenía su origen en el eterno Dios, y por lo tanto, era justa y estaba destinada a prevalecer y vencer.

Jonadab evidentemente lo sabía y entendía, y su respuesta afirmativa denotaba que estaba totalmente alineado con Jehú, y en contra de la terrible casa de Acab y su malvada mujer Jezabel, y del culto idolátrico de Baal. Así pues, subió al carro de Jehú, plenamente identificado con él, y pudo no sólo acompañarlo, sino también apoyarlo en el fiel cumplimiento de la comisión recibida al ser ungido en Ramot de Galaad.

Simbólicamente, más allá de Jehú y ese punto de la historia, podemos visualizar a Jesús, en Su carro triunfal de combate, fijando la mirada en cada uno, en busca de hombres y mujeres de la estirpe del muy digno Jonadab, y haciéndoles la misma pregunta:

“¿Es recto tu corazón, como el mío es con el tuyo?”

A quienes, con toda verdad y transparencia le pueden responder que sí, les tiende Su mano fiel y poderosa, para hacerles subir en Su carro real de combate y alinearse con Él en la batalla de la fe.

¿Serás tú uno de ellos, querido lector?

Pero la pregunta en sí, amén de la aplicación directa e inmediata a esa situación de entonces, y a la simbólica que acabamos de esbozar, dentro del vasto marco que nos dan las Escrituras alcanza una proyección mucho más amplia. En realidad, se convierte en una pregunta muy penetrante, cargada de muchísimo peso y sustancia.

El Salmo 32 concluye con las palabras:

“...cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón.”

Por su parte el Salmo 92 en el versículo 15 nos dice:

“Para anunciar que Jehová mi fortaleza es recto, y que en él no hay injusticia.”

Y en el Salmo 78:36-37, hablando del rebelde pueblo de Israel, dice:

“Pero le lisonjearan con su boca, y con su lengua le mentían, pues sus corazones no eran rectos con él, ni estuvieron firmes en su pacto.”

Tenemos aquí el concepto o principio de un corazón que sigue una línea recta, es decir, sin desviarse ni a diestra ni a siniestra, en contraste con otro que es torcido.

En forma muy sencilla, podemos generalizar diciendo que la rectitud de Dios es un reflejo de Su coherencia y continuidad en Sus caminos, principios y propósitos. Él no se desvía ni permite que nada le altere en Sus planes ni en Su forma de ser y actuar, que siempre es absolutamente rectilínea.

En contraste, el camino de la serpiente está siempre lleno de tortuosidades.

Lo vemos representado en forma muy vívida por Faraón, que como sabemos simboliza a Satanás, en sus continuos cambios de palabra ante el insistente pedido del Señor a través de Moisés: *“Deja ir a mi pueblo, para que me sirva.”*

Primero se negaba rotundamente, pero al sentir el impacto de las plagas acordaba dejarlos ir, pero aun en esto lo hacía condicionalmente. En una ocasión era *“con tal que no vayáis más lejos...”* (Éxodo 8:28) En otra les dijo: *“¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños?... “Id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis”* (10:10-11)

Todavía en otra posterior *“Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros.”* (10:24)

Y además de esto, en varias ocasiones, después de acceder a que se marchasen, se volvía a endurecer negándose de nuevo a dejarlos ir.

Por último, tras haberlos dejado ir la noche de la pascua y de la muerte de los primogénitos, una vez más cambió su palabra y salió a perseguirlos, buscando traerlos de vuelta al duro yugo de servidumbre, lo cual no pudo lograr, como bien se sabe, quedando finalmente ahogado en el Mar Rojo junto con todas sus huestes y caballería.

En todo esto tenemos un material muy descriptivo e instructivo de las artimañas del maligno y sus reiterados cambios de frente y de palabra. Nos muestra también su tenaz persistencia en no querer soltar a sus cautivos.

El corazón no regenerado por el renacimiento, con mucha frecuencia despliega las mismas características, cambiando de actitud, dejando de cumplir la palabra empeñada, y evidenciando torceduras y desviaciones que son propias de la serpiente.

¡Qué diferencia entre esto y un corazón verdaderamente recto! En él encontramos una transparencia diáfana y cristalina, exenta de todo subterfugio o falsedad, con una palabra fiable y que se cumple rigurosamente, aun cuando el hacerlo resulte desventajoso o perjudicial.

El Salmo 15 nos habla de las virtudes del íntegro y recto de corazón. Una de ellas es: *“El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia.”* (versículo 4b)

Cuando se ha dado la palabra, o uno se ha comprometido en un cierto punto, y posteriormente las circunstancias en cuanto a ello se vuelven desfavorables, lo común y corriente para muchos es retirar el compromiso y desentenderse de la palabra empeñada.

No así el verdadero hijo de Dios, que se sabe un hijo de la verdad y de la rectitud, y por lo tanto no cambia su palabra ni se lava las manos del compromiso contraído, sino que lo cumple rigurosamente.

El mismo salmo nos da preciosas promesas para quien así viva y proceda: será uno de los dichosos que habitará en el tabernáculo del Eterno y morará en Su santo monte. Y como broche de oro, el salmo termina diciendo:

“El que hace estas cosas, no resbalará jamás.”

Así pues, el contraste entre el corazón recto y el que no lo es, es a todas luces abismal. Mientras aquél transita por senderos de paz y no tiene necesidad de esconder nada, éste a menudo abriga segundas intenciones y obra a espaldas de otros, empleando también la astucia y el engaño en ocasiones para lograr sus objetivos.

Lamentablemente, también es cierto que quien no tiene un corazón recto contra un hermano, puede contagiárselo a otro. Relacionando esto con el mirar a los ojos, a lo cual nos referimos brevemente con anterioridad en el capítulo, acotamos que muchas veces la falta de rectitud se refleja en ello – en el mirar de los ojos. Jesús dijo

“La lámpara del cuerpo es el ojo.” (Mateo 6:22)

Para ilustrar esto, tomamos por ejemplo el caso de un primer siervo, lleno de envidia de otro – un segundo – y pasa a hablar en contra de él a un tercero, y éste, que hasta entonces había tenido una muy buena relación con el segundo, ahora queda infectado contra él, habiendo creído todo lo que el primero le dijo.

De esta manera, un corazón que era recto para con ese segundo siervo, ahora deja de serlo, y este último, aunque lo advierte, *mayormente por la mirada que ahora nota que es distinta*, no sabe a qué se debe. Por fin se entera de lo ocurrido: el primer siervo, cargado de envidia, había invitado al tercero a su hogar para descargar sobre él todo el veneno que tenía en su corazón.

Lamentablemente, situaciones como ésta suceden a menudo, y el enemigo las usa para distanciar a consiervos que, antes de que eso ocurriese, tenían una sana relación entre sí.

Recordando que *“el chismoso aparta a los mejores amigos”* (Proverbios 16:28) podemos extraer conclusiones y moralejas importantes.

Una es, desde luego, el no criticar ni censurar a otros a sus espaldas, sino, antes bien, descargar nuestra ansiedad o preocupación primeramente ante el Señor, y si cuadra, con el o los implicados directamente, y no a sus espaldas con terceros.

Otra consiste en que, cuando alguien nos presente quejas, acusaciones o cargos contra alguno – y sobre todo si son contra un siervo de buen testimonio -no los recibamos, ni dejemos que afecten nuestra actitud hacia él, mientras no se compruebe en forma fehaciente que son fundados. Y por supuesto, que aun así, debemos amarlos y orar por una enmienda o restauración, y no adoptar una posición hostil o despreciativa.

Mejor todavía que todo esto, es que por nuestro hablar y conducta se nos conozca como personas en nada dadas a escuchar y aceptar críticas infundadas o maliciosas, o chismes, y mucho menos a propagarlos. De esta manera, será difícil e improbable que otros se atrevan a venir a descargarlos sobre nosotros.

Así, podremos mantenernos puros y totalmente al margen de esa esfera, que es tan perjudicial para una vida de íntima comunión y real transparencia con el Señor y con nuestros hermanos.

Todo lo que antecede, y mucho más, se relaciona directamente con el tener y mantener un corazón recto, tanto con el Señor como con los demás. Y en el ámbito de la iglesia local en particular, es de especial importancia para guardar la unidad del Espíritu. Si ésta se quiebra o resiente, el perjuicio será grave y la bendición del Señor sobre la congregación se verá seriamente estorbada y frenada.

Finalmente,

“Luz está sembrada para el justo,

Y alegría para los rectos de corazón.”

Ésta es una hermosa promesa, que se encuentra en el Salmo 97:11. Para el que vive y anda en justicia y rectitud de corazón, hay una hermosa siembra. A su debido tiempo, le brindará la inestimable cosecha de una luz que le permitirá vivir y ver todo en la vida con claridad meridiana, y disfrutar de una alegría que le llenará de la más íntima satisfacción.

Por todo lo dicho, mi querido lector, que tú y todos vivamos delante de Dios cada día de tal forma, que nuestro corazón sea transparentemente recto con Él y con nuestros hermanos. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO VIII – LOS CONSUELOS DE ISAÍAS

El ministerio de la palabra de Dios, ya sea en forma oral o escrita, contiene como importante ingrediente la exhortación, por ejemplo, a un darse de lleno al Señor, a santificarse, a trabajar con el mayor ahinco, y a darle a Él y a Su servicio santo lo mejor de nuestra vida y amor.

No obstante, si se insiste continuamente en esa línea, se ha de llegar al punto de que el espíritu de los que nos oyen o leen se sature, y llegue a sentirse aburrido y hasta abrumado por tanta exhortación, tanto pedir más esfuerzo, entrega y sacrificio.

Es por eso que la sabiduría divina nos enseña a intercalar a su debido tiempo voces de aliento y consuelo. Éstas se prestarán en algunos casos para sanar heridas, aplicando el bálsamo del amor multifacético del Señor.

En otros casos, para hacer un alto en el camino, por así decirlo, con el fin de renovar las fuerzas y poder reiniciar la marcha con nuevos bríos y entusiasmo. Y todavía en otros, para fortalecer la fe que puede haberse debilitado, y confirmar a uno en la confianza y seguridad de que el Señor está de su parte y totalmente comprometido a llevarlo a buen fin.

Si leemos con cuidado, veremos que esto se presenta en las Escrituras en muchas formas distintas, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En este último, lo encontramos en el ministerio de Jesús, tanto en los evangelios como en las cartas a las siete iglesias del Asia, consignadas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis.

Igualmente, en las epístolas paulinas sobre todo, pero también en las demás, tales como las de Pedro y Juan, podemos observar la misma tónica.

Conscientes de que, hasta aquí la mayoría de las preguntas tratadas han estado ubicadas dentro de ese marco de la exhortación, reclamando mejor calidad de vida en todos los niveles, pasamos ahora a hacer un paréntesis. En el mismo tomamos preguntas que hace el Señor a través de Isaías, dirigidas a los Suyos con el ánimo de consolar, reanimar y confirmarlos en la fe y la esperanza.

¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio”? (Isaías 40:27)

Muchas veces la tardanza en la respuesta a nuestras oraciones, o el fruto magro que se ha cosechado, o bien las dificultades, presiones y tensiones que a veces nos agobian, pueden llevar a sentir y pensar en los términos de este versículo: “*Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio.*”

Como primer respuesta consoladora a esa pregunta, el Señor le hace a los Suyos otra pregunta:

“¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra?”

Y a esta pregunta añade la contundente afirmación:

“No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance.” (40:28)

Esto nos muestra algo muy importante, y es que las consolaciones de Dios muchas veces se basan en recordarnos Quién es Él – en Su grandeza y sabiduría infinita, y en Sus recursos inagotables de poder y gloria. Desde luego que no se trata de recordárnoslo como un mero ejercicio mental, sino en una forma vívida y real, por el Espíritu Santo, y muchas veces a través de la misma palabra de Dios.

Hay en esto una lógica muy sencilla, pero clara y eficaz a la vez. En efecto, cuando estamos agobiados por las dificultades, problemas o dolores, éstos tienden a volverse en el foco principal de nuestra atención, e insensiblemente perdemos de vista la grandeza plena y magnífica de nuestro Dios.

Cuando ésta se nos presenta, traída en forma viva por el Espíritu, surte el efecto de eliminar la presión o el agobio, y de ubicar al Señor en Su debido lugar en cuanto a todo lo que nos acontece.

Él es el Eterno Dios, incansable, fiel como ninguno, que nunca se olvida ni se equivoca, y jamás ha dado ni dará un paso en falso – en fin, el Todopoderoso, de insondable sabiduría, lleno de amor y justicia, luz y verdad, e incapaz de desentenderse de Su palabra y Sus promesas. Y todo ello, de por sí, al venir, no

como una proposición teológica, sino – como decimos – en forma vívida y real por el Espíritu, basta para disipar y desterrar el peso de la frustración o el dolor que nos estaba agobiando.

¿Podrá Él fallar? ¿Habrá perdido la memoria y se habrá olvidado de socorrernos? ¿Alguna vez se ha equivocado o llegado tarde? ¿O quizá habrá dejado vacante Su trono, para cedérselo a algún otro y dedicarse Él a otras actividades que ya no le permiten gobernar y controlar todas las cosas como lo hacía antes?

Nada de eso es posible ni podrá acontecer jamás. Por lo tanto, las penas y las dudas, la ansiedad y el temor, la frustración y el desconcierto, quedan totalmente disueltos y pierden toda razón de ser.

En su lugar nos inunda otra vez la profunda paz de Dios, y una serena confianza en que, al final – aunque todavía mucho esté como un enigma y sin alcanzar solución alguna – todo habrá de resolverse favorablemente y según Sus sabios designios, porque *“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.”*

Todo esto es tan distinto de los consuelos meramente humanos:

“No hay mal que dure cien años”.

“Ánimo, que ya vendrán tiempos mejores” y cosas semejantes, que, por más que vayan acompañadas de buenas intenciones, poco o ningún bien podrán hacer.

“¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?” (49:15)

Aquí el Señor toma como punto de referencia el amor de madre, del cual podemos decir que, en un plano normal y humano, es lo más noble y puro que hay sobre la tierra.

Esa criaturita que ella ha concebido y llevado por meses en su matriz, y que ha formado, nutrido y calcificado de las entrañas y de la misma fuente de su ser, le resulta tan preciosa, tan cara y tan tierna, que por ella se desvela y le prodiga sus caricias maternas y sus más amorosos cuidados.

Y después de formular esta pregunta, pasa a afirmar con todo énfasis:

“Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.”

El amor de madre evidentemente es un don de Dios para el género humano, pero el del Señor, por ser Él la fuente y el dador de todo amor y todo bien, lo supera en mucho. Por alguna circunstancia anormal, difícil o imprevista, la madre puede fallar, pero Él – el Dios del amor eterno – nunca, nunca jamás.

La misma verdad la refleja la pluma de David en el Salmo 27 versículo 10:

“Aunque mi padre y mi madre me dejen,

Con todo, Jehová me recogerá.”

Él conocía el amor de su Dios y Señor tan bien, que sabía con toda certeza que era mucho mayor que el de sus padres terrenales, por más buenos y amantes que ellos hubieran sido.

A continuación, por boca de Isaías, el Señor hace la asombrosa y maravillosa declaración:

“He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida...” (49:16)

La prueba más fehaciente de ese amor sin igual es que nos lleva esculpidos en las palmas de Sus manos benditas, que fueron horadadas por los clavos de Su crucifixión. Y ello no fue por cierto una muestra alegórica o meramente sentimental, sino algo que se plasmó en la fragua de Su cruento sacrificio y dolor, y con el fin no sólo de salvarnos, sino de comprarnos a precio tan alto, para así poder tenernos como Su más cara y amada posesión por toda la eternidad.

Quien esto escribe ha sido objeto, con el correr de los años, de muchos y muy variados y preciosos consuelos de Dios.

Entre ellos recuerda una ocasión, hace ya más de cuarenta años, en que antes de partir desde su hogar una mañana para iniciar su jornada de trabajo, necesitaba – como en tantas otras oportunidades – recibir la consolación divina.

Tras derramar su alma al Señor en oración, casi insensiblemente abrió su Biblia en esa página del libro de Isaías, y su mirada se fijó en seguida en esos dos versículos que hemos citado.

Por supuesto que aquello no fue casualidad, sino la respuesta casi instantánea de ese amor de Dios, tan tierno y exquisito. Y así, como muchas otras veces, pudo emprender su marcha cotidiana plenamente consolado por Dios, al cual Pablo por algo llama, y con toda razón, *“Padre de misericordias y Dios de toda consolación.”* (2ª. Corintios 1:3)

¡Oh cansado o acongojado caminante! El agotamiento y la carga pueden ser muy grandes, pero cobra ánimo ante la mucho mayor grandeza del Eterno Dios, a Quien amas y sirves. Espera y apóyate en Él, depositando a Sus pies todo ese peso que te agobia, y respira bien hondo, llenándote de nuevos bríos, ilusión y ganas de vivir. Bien pronto trocará para ti todo lo amargo en dulce, y la oscuridad de la noche incierta en el amanecer de un día nuevo y radiante.

¿Será quitado el botín al valiente? ¿Será rescatado el cautivo de un tirano? (49:24)

Por el versículo siguiente entendemos que se está refiriendo a un valiente que es un verdadero tirano, y que se ha hecho de un botín que no le pertenece, y de cautivos que ha conseguido apresar.

La forma en que se plantea la pregunta da a entender que ese tirano y valiente es tan fuerte, que nada parece indicar que ha de soltar a sus cautivos, ni perder el botín que ha conquistado – como si los tuviese atenazados, y en un grado tal, que se hace imposible quitárselos.

Sin embargo, la palabra del Señor pronuncia lo contrario con todo su peso irresistible.

”Pero así dice Jehová: Ciertamente el cautivo será rescatado del valiente, y el botín será arrebatado al tirano...” (49:25)

¿Qué podrá ser ese botín, y quiénes esos cautivos?

La parte final del mismo versículo lo aclara y define:

“...y tu pleito yo lo defenderé, y yo salvaré a tus hijos.”

Los hijos del pueblo de Dios de ese entonces, y los hijos del pueblo de Dios de hoy día, descarriados y atrapados - ellos son el botín y los cautivos con que el malvado tirano se ha logrado hacer.

Pero por cierto que él no tendrá la última palabra, ni se ha de salir con la suya. Esos hijos descarriados y atrapados por él, en realidad no le pertenecen para nada, pero como ladrón que es, aprovechándose de la rebeldía y el desgano que ha visto en ellos, ha venido para hurtar, destruir y matarlos.

Todo lo contrario es el Buen Pastor, que ha venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia, y para que ello fuese posible ha dado Su misma vida por las ovejas. (Juan 10:10-11)

Sus oídos no son sordos ni están taponados. Sin lugar a dudas, Él ha estado oyendo tus ruegos, de quizás años, suplicando que sean rescatados y traídos de vuelta al redil. Recuerda también por cierto la ocasión en que trajiste a cada uno de ellos, en la más tierna infancia, para ser presentados a Él, y cómo además les enseñaste el camino del Señor por prédica y ejemplo desde que tuvieron uso de razón.

Todo eso y tus lágrimas y desvelos, los tiene bien presentes en Su corazón tierno y comprensivo. No te culpes ni condenes si en alguna coyuntura, por exceso de celo tal vez, fuiste demasiado rígido o quisiste hacer tú en sus vidas la obra que sólo Dios puede hacer.

Al final de cuentas, no es por los mayores o menores méritos que acumulan los padres, sino por el pacto de gracia con que Él se ha comprometido. Tal vez muchos padres que pueden haber sido menos ejemplares que tú, tienen la dicha de que sus hijos siguen al Señor, y eso se debe a la gracia de ese pacto en acción, no a las mayores o menores virtudes de ellos.

Por si te queda alguna duda, deja que lo que precede inmediatamente a las dos preguntas la disipe por completo.

“...y conocerás que yo soy Jehová, que no se avergonzarán los que esperan en mí.”

Tal vez entre los lectores haya quienes padezcan de alguna queja no abarcada por lo que hemos puesto en este capítulo. Como ya dijimos más arriba, Él es el Dios de toda consolación.

No hay angustia, dolor, sinsabor ni infortunio, para el cual Él no tenga el consuelo y el bálsamo que resulte exactamente indicado. Su corazón tierno y amante siempre está dispuesto a prodigárselo a quien se le acerque con sus cuitas, buscándole de verdad.

Concluimos con tres estrofas de un himno antiguo, quizá bien conocido por algunos.

Dios obra por senderos misteriosos,
Las maravillas que el mortal contempla;
Sus plantas se deslizan por los mares
Y atraviesa el espacio en la tormenta.

Nuevo valor cobrad, medrosos santos;
Esas oscuras nubes que os aterran,
Derramarán al fin, de compasión preñadas,
Bendiciones sin fin al alma vuestra.

La ciega incredulidad yerra el camino,
Y Su obra en vano adivinar intenta.
Dios es Su propio intérprete, y al cabo,

Todo ha de allanar al que en Él crea.

----- () -----

CAPÍTULO IX – MÁS PREGUNTAS DE ISAÍAS

El libro de Isaías consta de sesenta y seis capítulos, así como la Biblia consta de sesenta y seis libros. Se lo suele dividir en dos partes:- la primera abarca los primeros treinta y nueve capítulos, mientras que la primera parte de la Biblia, es decir el Antiguo Testamento, abarca los primeros treinta y nueve libros.

Si bien en esta primera parte Isaías tiene algunos pasajes con hermosas promesas de restauración y bendición, aparte de algunas secciones de contenido histórico, en su mayor parte presenta mensajes enjuiciatorios y condenatorios para con el rebelde pueblo de Israel, y también para con otras naciones. En todo esto tiene un significativo parecido con la tónica general del Antiguo Testamento.

La segunda parte de Isaías va desde el capítulo 40 al 66, es decir un total de veintisiete, que también coincide con los veintisiete libros que forman el Nuevo Testamento. Desde el mismo principio tiene un mensaje de consuelo y esperanza, basado en las más maravillosas promesas, muchas de ellas en torno a la venida del Mesías, la redención que había de venir a través de Él, y Su futuro reino glorioso.

Si bien hay algunos pasajes en que se intercalan advertencias y severas reprensiones, la línea general de esta segunda parte es una de gracia, con promesas, como se ha dicho, de las más gloriosas bendiciones, y esto también guarda bastante similitud con el Nuevo Testamento.

Esta similitud, aunque no del todo precisa y exacta, hace que podamos en cierta manera mirar al libro de Isaías como una Biblia en miniatura, conteniendo, como se ha dicho al principio, un capítulo por cada libro del total de sesenta y seis de las Sagradas Escrituras.

Asimismo, aunque no en forma completa, todas o la mayoría de las grandes verdades bíblicas se encuentran presentes en Isaías, ora en forma clara y directa, ora en figura o de manera embrionaria.

Las muchas preguntas que encontramos en este libro, nos dan amplio margen para explayarnos en una gran gama de verdades y principios, todos ellos normativos de nuestro andar cotidiano en el Señor y en el servicio santo.

Empecemos por la conocidísima del capítulo 6, versículo 8:

*“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿ **A quién enviaré, y quién ira por nosotros?***

Aquí se refleja la inquietud y preocupación del Señor por encontrar personas *dispuestas e idóneas*, para ser enviadas como voceros o portavoces de Sus mensajes y Su palabra.

Muchas veces, hombres que muy bien podrían responder afirmativamente, no lo hacen, ya sea por falta de voluntad o por tener compromisos que los atan, y a los cuales no están dispuestos a renunciar.

Con frecuencia sucede que en la mujer se encuentra un mayor deseo, y alguien, con cierta ironía no exenta de verdad, ha ilustrado la respuesta de muchos varones con estas palabras:

“Heme aquí, Señor; envía a mi hermana.” (!)

Pero la falta de voluntad y buena disposición no es el único escollo que encontramos. Como dijimos, el Señor busca y necesita personas, no solamente bien dispuestas, sino también idóneas. Y aquí se da una gran paradoja: a menudo hay lo que están muy dispuestos, al punto que sin esperar, salen por su propia cuenta, presentándose o autoproclamándose como voceros o profetas del Señor, pero sin que en realidad hayan sido enviados por Él.

Esto, que sin duda es un mal que siempre se ha presentado a lo largo de la historia, se encuentra puntualmente expresado en Jeremías 23:21

“No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban.”

Debemos tener claramente presente el contexto en el que el Señor formula la pregunta a Isaías en que estamos. No se trata de algo sin ningún antecedente, y dirigido en forma directa y general a cualquier voluntario que se ofrezca.

Muy por el contrario, la pregunta viene después de una majestuosa revelación del trono y la gloria de Dios, con tremendas repercusiones en la casa de Dios, el templo del Señor, el cual, en la dispensación actual, lo constituimos los hijos de Dios, verdaderamente renacidos por el Espíritu.

Estas repercusiones alcanzaron en forma directa y muy profunda al mismo profeta Isaías. Un carbón encendido, tomado del altar por uno de los serafines, fue puesto sobre su boca para purificar y santificar su vida toda, y así habilitarlo – es

decir, hacer de él una persona idónea – para responder *responsablemente* a tan sagrado llamado.

La visión de Isaías en este capítulo es del más rico y abundante caudal de luz y revelación. No obstante, el detenernos a desgranarlo con cierta minuciosidad sería demasiado extenso. Bástenos que nos quede clara la comprensión de que un auténtico llamado siempre ha de ir acompañado por una obra preparatoria en nuestras vidas, pudiendo ésta comenzar antes de que se reciba el llamado en sí, o coincidentemente con él, o a partir de ese momento en adelante.

Tengamos claro también que el llamado no es necesariamente para ir a otras tierras, como piensan algunos. En muchos casos será, en un principio por lo menos, en el propio entorno en que se está.

En definitiva, la buena disposición para responder afirmativamente al llamado, no debe brotar de un deseo humano y propio de ser el portavoz del Señor. En cambio, se ha de encontrar en una vida que a Dios le llama la atención, porque ve en ella un corazón que le busca de verdad, y que sin aspirar a títulos, notoriedad o fama, anhela los valores celestiales y eternos muy por encima de todo lo que el mundo terrenal le pueda ofrecer.

¿Serás tú uno de ellos, querido lector?

“Guarda ¿qué de la noche? Guarda ¿qué de la noche?” (21:11)

Esta pregunta la separamos de su contexto inmediato, tratándose como se trata, de Duma y de Seir, es decir del pueblo de Edom de ese entonces. Hacemos lo propio con el pasaje previo que va del versículo 1 al 10 y que se refiere a la caída de Babilonia – y del cual extraemos la siguiente porción:

“Porque el Señor me dijo así: Vé, pon centinela que haga saber lo que vea...y miró más atentamente, y gritó como un león: Señor, sobre la atalaya estoy yo continuamente de día, y las noches enteras sobre mi guarda.” (21:6-8)

Sin perjuicio de la aplicación directa de estas Escrituras relacionadas como dijimos con Duma y Seir, y Babilonia de aquellos tiempos, les damos a las mismas un giro distinto, derivándolas a lo nuestro de la dispensación neo-testamentaria en que nos encontramos. Se prestan admirablemente para ello, y las cosas que colegimos y comentamos están claramente avaladas en el resto de la palabra, y en la experiencia práctica de la vida cristiana.

El Señor manda poner un centinela que haga saber lo que vea - es decir, uno fiel de verdad - y se ve que eso se concreta, disponiéndose uno que está atalayando continuamente de día, y se pasa las noches enteras sobre su guardia. Además de ello, uno que no calla, sino ¡que grita como un león!

Esto de por sí nos habla de la fidelidad en cuanto a velar, a la cual el Señor exhortó a Sus discípulos, tanto en los evangelios, como en algunas de las cartas a las siete iglesias que encontramos en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis.

El letargo por negligencia, tibieza, descuido, dormirse sobre los laureles u otras causas, ha acarreado consecuencias catastróficas y aun trágicas para muchos que corrían bien. El ejemplo de éste que estaba atalayando y de guardia continuamente, día y noche, es digno de emularse.

Eso no quiere decir que debemos estar despiertos y velando las veinticuatro horas del día siempre, pues por supuesto ningún ser humano podría hacerlo más que por un espacio muy breve de tiempo.

Lo que sí significa es que nuestra actitud y disposición durante el día entero, como al estar despiertos durante parte de la noche – que a menudo sucede a muchos, sobre todo al llegar a una edad avanzada – debe ser una de vigilancia y sobriedad, para no darle al enemigo ninguna posibilidad de enredarnos o dañarnos.

Y con todo esto en mente, llegamos ahora a la pregunta que se le hace dos veces al guarda:

“Guarda ¿qué de la noche? Guarda ¿qué de la noche?”

Es esa noche con su silencio y oscuridad – quizá en un rato de meditación y oración a las dos o a las tres de la mañana. Ese rato nos trae la incertidumbre de tantas cosas aún no resueltas, de tantas necesidades de hermanos en la fe y seres queridos que todavía no han sido solventadas, y además, con frecuencia nos recuerda el estado caótico y trágico del mundo en que vivimos.

La pregunta cobra así sentido y actualidad - ¿Cuánto ha de seguir esta noche en que nos encontramos? ¿Tardarán mucho en venir las respuestas que tanto anhelamos?

El guarda y centinela fiel no contesta endulzando su lengua con cosas halagüeñas y gloriosas que nos habrán de suceder a breve plazo. Su respuesta es alentadora, pero al mismo tiempo sobria y, desde luego, absolutamente certera.

“La mañana viene” es decir un amanecer nuevo para quienes de veras han velado en la larga noche de meses y tal vez años, buscando con persistencia y ahinco lo que sólo Dios puede dar a Sus corazones anhelantes.

Esa mañana no es el avivamiento que ha de solucionar, casi diríamos por arte de magia, todos los problemas que por años uno no ha podido o querido superar. Es una mañana de nueva luz y nuevas oportunidades, para trabajar para Dios y los valores eternos, en la cual nos hemos de dar y prodigar con mayor empeño, responsabilidad y madurez que nunca antes. Y esto es muy serio y muy solemne, por lo que sigue a continuación:

"...y después la noche."

Jesús dijo *"...la noche viene, cuando nadie puede trabajar."* (Juan 9:4)

Una vez terminado el día de nuestras oportunidades, en que contamos con salud y energía para servir todavía al Señor y darle lo mejor, viene la noche en que la suerte ya estará echada irremisiblemente, y no habrá más ocasiones para hacer lo que hemos dejado sin hacer ni cumplir en el pasado.

Sin duda, algo para movernos a un muy sano y saludable temor y temblor.

Y la respuesta todavía agrega una rúbrica muy impactante:

"...preguntad si queréis, preguntad; volved, venid."

Como centinela fiel, no trata de desaconsejar que se le pregunte; muy por el contrario, anima a que se lo siga haciendo. Y de inmediato añade con todo énfasis y peso:

"volved – venid"

Se trata de ese volver a Dios con mayor intensidad y profundidad cada vez, acicateados por el Espíritu Santo, en busca de una vida más anclada en Él y en Su voluntad perfecta, exenta ya de los titubeos, altibajos y lagunas, que para algunos tal vez hayan sido casi una constante por años y años.

Y también se trata de venir y venir a Él a diario – con sed para volver a beber abundantemente del agua de vida; con hambre, para nutrirnos más y más del alimento celestial; con ansias renovadas, para vaciarnos de lo que es terrenal e improductivo y llenarnos de Su Espíritu; con la humildad del Cordero, pero con la firmeza de luchadores valientes y aguerridos, para pelear la buena batalla de la fe y terminar, por Su gracia y sólo por Su gracia, como verdaderos y auténticos vencedores.

“¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina?”
(28:9)

Una pregunta muy significativa. No son pocas las veces que uno se ha encontrado con personas que están en las filas de las iglesias, que hablan el lenguaje cristiano evangélico, incluso asisten con asiduidad a las reuniones y son locuaces con los hermanos y aun en la oración se hacen oír, y a veces, hasta largo y tendido – y sin embargo...

No somos quiénes para condenar y mucho menos para quitarlos de en medio, recordando lo que el Señor nos ha dicho en cuanto a lo que es, o parece ser, cizaña y no trigo limpio.

No obstante, queda el hecho de que mientras el escuchar a otros y compartir con ellos resulta claro, fluido y edificante, lo de esa clase de personas con frecuencia suena hueco, y a veces hasta chocante, aun cuando lo que dicen, en sí no se puede tachar de falso o incorrecto.

Entonces uno se queda con las preguntas ¿Es que habrá entendido de verdad el camino del Señor? ¿Le habrá amanecido de veras en su interior la luz del evangelio?

La pregunta que hemos citado, en la versión Casiodoro de Reina, revisión 1960, va seguida de otras dos preguntas.

"¿A los destetados? ¿A los arrancados de los pechos?"

Como es bien sabido, en el original hebreo, así como en el griego, no encontramos puntuación, sino que la misma ha quedado librada al criterio de los traductores.

Otras versiones muy fiables, como la del Rey y la literal de Young, nos dan estas dos frases, no en interrogativo, sino en afirmativo y como respuesta directa a la pregunta con que empieza el versículo.

Creemos que eso es lo correcto, sobre todo por el contexto, que nos habla de personas inmaduras, si se quiere subdesarrolladas, y que en la práctica, espiritualmente hablando, se encuentran en la primera infancia.

Los versículos siguientes – del 10 al 13 – nos las describen en forma muy clara y expresiva, mostrándonos el triste fin a que han de llegar:

"...hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos." (28:13b)

Jesús nos hizo la preciosa y conocidísima invitación:

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." (Mateo 11: 28)

Pero no debemos olvidar que, en seguida, agregó:

"Llevad mi yugo sobre vosotros" (11:29a)

En el pasaje de Isaías en que estamos, esto último se expresa así:

“Éste es el reposo; dad reposo al cansado; y éste es el refrigerio...” (Isaías 28:12)

Es decir, que aquél que ha recibido el bendito reposo que ofrece el Señor, debe, sin esperar demasiado, brindarse a los demás, sirviéndoles y ayudándoles a encontrar para sí ese mismo reposo.

Y lo que vemos es que no quisieron oír esta segunda parte ni darse a ella, aun cuando se les había dicho que la misma les serviría para mantenerse y afianzarse en el reposo alcanzado.

Como consecuencia directa, se autocondenaban a seguir en ese estado de inmadurez – la primera infancia – lo que los convertía en personas egoístas, preocupándose de sí mismas, pero no de los demás.

Y así el pasaje va mostrando escalonadamente la cuesta abajo a que eso conduce, con el triste y trágico final que ya citamos:

“...renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá...”
Suena muy bonito y atractivo, casi espiritual, pero ¡qué desengaño fatal! ¡Terminar cayendo de espaldas, quebrantados, enlazados y presos!

Ése es el trágico final a que se llega muchas veces, cuando no se comprende la verdad cardinal de la vida cristiana: no somos salvados meramente para escapar de la condenación y quitarnos la carga, la tristeza, soledad, desasosiego o lo que fuere. Muy por el contrario – es para arremangarnos y disponernos sin demora innecesaria a darnos al servicio del Señor, prodigándonos por la salvación y el bien de otros que todavía están necesitados de ese reposo que Él nos ha dado. Y al hacerlo, no hemos de quedar frustrados y exhaustos, sino que al contrario, nos afianzaremos cada vez más en el dulce reposo de vivir y servir en la plena voluntad de Dios.

El caso del niño Samuel, que cuando recién destetado fue llevado por su madre Ana para que fuese presentado delante del Señor y se quedase sirviéndole para siempre, nos muestra simbólicamente lo que significa espiritualmente el ser destetado o arrancado de los pechos. (Ver 1^a. Samuel 1:22-28)

Es precisamente eso: llegar al punto en que, incondicional y totalmente, la vida queda puesta en las manos del Señor para servirle en todo lo que sea Su voluntad para uno. Antes de llegar a eso uno se encuentra en un estado de infancia espiritual, con fuertes síntomas de inmadurez, y no habiendo entendido bien lo que es la verdadera vida cristiana.

Mi caro lector: ¿Has llegado tú a ese punto tan importante, o sigues viviendo como un bebé espiritual, en forma tibia y egoísta?

“El que ara para sembrar ¿arará todo el día?” (28:24)

Esta pregunta va al principio de un precioso pasaje, sumamente instructivo – tanto, que en el versículo anterior se nos anima a que le prestemos mucha atención, con las palabras:

“Estad atentos, y oíd mi voz; atended, y oíd mi dicho.”

Antes de ir más adelante, y sin salirnos en realidad del tema, notemos que Dios es un Dios de avance progresivo y escalonado hacia metas cada vez mayores y más altas.

Esto se evidencia ya en el primer capítulo de la Biblia y en el resto de ella, hasta su culminación en los finales del Apocalipsis.

En Génesis 1 vemos que partiendo de un punto en que la tierra estaba desordenada y vacía, y yacía en densas tinieblas, Dios pronunció con toda Su autoridad y fuerza creativa tres palabras claves: *Sea la luz*.

Inmediatamente todo el escenario se inundó de luz, y de ahí en más, el gran Creador se puso a poner orden y crear todo el maravilloso mundo en que estamos y el universo que nos rodea.

Primero la vida mineral, ricamente depositada en la tierra y en las aguas de los mares. Seguidamente pasó a la vida vegetal, con los árboles, la hierba y las plantas de la más estupenda variedad.

A continuación vino la vida animal – aves, peces, bestias y ganado; y por último, la vida humana – el hombre y la mujer, como la pieza favorita y más alta del planeta tierra.

Y todavía en el resto de Su programa, sobre todo en el orden del Nuevo Testamento y de la gracia, a esa vida humana terrenal, la transforma y eleva a vida espiritual, celestial y eterna.

En el pasaje en que nos encontramos tenemos claras muestras de eso, que nos permitimos llamar la *progresividad divina*. (Somos conscientes de que ni el diccionario de la Real Academia Española, ni ningún otro que conozcamos, contiene semejante vocablo. Sin embargo, nos permitimos el lujo de incorporarlo, pues nos resulta mejor que *progresión* - el más aproximado que nos dan los diccionarios – que no alcanza a expresar acabadamente lo que queremos significar.)

En efecto: partiendo del curso natural del arado de la tierra, el quebrar los terrones e igualar la tierra, y siguiendo por la siembra de la manera indicada y en el lugar que corresponde, hasta llegar a la cosecha en sus distintas formas, se nos da todo un rico caudal de verdades, todas ellas muy provechosas por cierto para la vida espiritual.

Como un paréntesis que se relaciona con esto, recordamos un caso que se nos contó hace mucho, imaginario por cierto y algo risueño. Se trataba de un mosquito que se había posado sobre un asta de un buey que se encontraba tirando esforzadamente del arado.

Otro mosquito, al verlo situado en lugar tan inusual, le preguntó:

“¿Qué haces allí?”

A lo cual le contestó, con aires de mucha importancia, como quien está realizando una magna labor:

“Aquí estamos – **arando.**” (!)

Esto lo relacionamos con otro caso – verídico éste – pero con personas y no mosquitos como protagonistas.

El relato tiene que ver con las labores de un siervo de Dios en una ciudad determinada, no importa precisar cuál. En un principio, y por varios años, la tarea era muy ardua en lo que parecía una tierra muy árida y remisa a dar fruto.

Con todo, después de perseverar arando fielmente por unos buenos años, el siervo en cuestión pudo ver una cosecha abundante, con cerca de quinientas almas convertidas y bautizadas.

Un tiempo más tarde se suscitó una situación tensa, con un hermano que estaba en abierta oposición al siervo de Dios, y se había marchado de mala manera con un pequeño grupo de allegados.

Ese hermano no era de esa ciudad, sino de otra situada a unos 100 kilómetros de distancia, al igual que el siervo de Dios. Este último viajaba ese largo trayecto con gran fidelidad cada semana, y en algunas ocasiones el hermano le acompañaba y, tocando la guitarra, animaba en la alabanza.

Después de su marcha de la iglesia en forma tan fuera de orden, hubo una reunión de varios consiervos para aclarar la situación y dejar las cosas bien definidas.

Una vez terminadas las conversaciones, quien esto escribe, que era uno de los siervos participantes, se dirigió a solas al hermano en desavenencia y rebeldía. Como sabía que se había expresado en términos incorrectos en cuanto al siervo de Dios, le recordó que debía honrarlo y respetarlo como corresponde, recordando que la mano de Dios estaba sobre su vida, y de lo cual había la evidencia del hermoso premio a sus labores en la ciudad a que nos hemos referido.

La respuesta de ese hermano, evidentemente desubicado por su rebeldía y vanidad, fue más o menos así:

“Esa obra también la levanté yo, llevando la alabanza con mi guitarra.” (!)

¡Muy como el mosquito posado en el asta del buey! Él no sabía nada de la perseverancia, los ayunos, desvelos y quebrantos del buey fiel que en realidad Dios había usado para aquello. Así se erguía y proclamaba ser lo que no era, dando muestras de un triste envanecimiento y ceguera espiritual.

Como no podía ser de otra forma, no prosperó ni mucho menos, sino que después de un tiempo, el grupo con aspiraciones de iglesia que formó quedó disuelto, y él mismo llegó a una situación muy penosa. Oramos que en Su misericordia, el Señor lo restaure y pueda llegar a comprender bien cuál es el verdadero camino en que debe andar.

Pero lo que sacamos en limpio de todo esto y de la pregunta del subtítulo, es que en las cosas de Dios debe haber un arar que no lo puede asumir quien quiera o quien se ofrezca como voluntario, sino el que el Señor disponga.

Ese arar es arduo y a veces debe ser prolongado, pero nunca o *casi nunca* (#) por toda una vida. Requiere perseverancia, con la mirada siempre al frente, las riendas bien sujetas, y cuidando que los surcos salgan bien derechos, sin desviarse ni a diestra ni a siniestra, para evitar el desperdicio de tierra cultivable. (Como ve el lector, todavía no estamos mecanizados - ¡seguimos con las riendas y el buey fiel de antaño!)

Pablo nos dice en 1ª. Corintios 9:10 que *“con esperanza debe arar el que ara”* y en Amós 9:13 tenemos la hermosa promesa:

“He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador...”

Sí, el arado de la tierra es arduo y con frecuencia se prolonga por un buen tiempo, pero quien persevera generalmente encontrará que no hay que continuar haciéndolo indefinidamente – a su debido tiempo ha de llegar la preciosa cosecha.

Como dijimos antes, el pasaje en que estamos se extiende por varios versículos. Siendo nuestros conocimientos de agricultura muy básicos y rudimentarios, no podemos extraer el abundante caudal que uno bien versado nos podría ofrecer.

No obstante, señalamos algunos puntos, sencillos pero provechosos, entendiéndolo que de lo natural a menudo surge un paralelismo con lo espiritual que es útil y edificante.

El arar en sí provoca lo que podríamos denominar un minúsculo terremoto, trazado en la línea de cada surco. Por medio del mismo, por una parte se arrancan de raíz abrojos, cardos y ortigas y se sepultan piedras y cascotes que yacen en la superficie, que ha estado seca y descuidada. Por la otra, al penetrar las cuchillas del arado en las entrañas de la tierra y trastornarla, afloran en la superficie grandes terrones con un buen grado de humedad, y ricos en sales y sustancias minerales.

La tarea siguiente consiste en romper y quebrar, y aun desmenuzar esos terrones, que de otro modo, se secarían y endurecerían, con el consiguiente perjuicio.

En seguida hay que proceder a igualar la superficie, eliminando sus desniveles, que darían lugar a exceso de riego en algunas partes y falta de él en otras.

Y recién entonces viene la siembra, echándose la semilla del eneldo y el comino, disponiendo el trigo en proliferas hileras y la cebada y la avena en los lugares más apropiados – todo esto, aprendido por el hombre de campo por la enseñanza imperceptible que recibe del Creador Invisible, como nos puntualiza el versículo 26.

A continuación, en esta joya de pasaje se pasa a delinear la diferencia entre la recogida del eneldo y el comino por una parte, y la trilla del trigo por la otra.

No hemos de despreciar el eneldo, que tiene virtudes medicinales, ni hemos de decir del diminuto comino que no nos importa un comino (!), pues a pesar de su pequeñez, importa e interesa por su fragancia, sus cualidades medicinales y su uso como condimento.

Pero para uno el palo y para el otro la vara – lo que nos hace pensar en un estado de desarrollo no muy avanzado, en el cual el Señor debe recurrir al rigor para lograr la obediencia y el progreso.

El trigo está en un nivel superior, y para él no cabe ni el palo ni la vara. En lugar de ello se lo trilla, separando el grano de la paja, y se hace la muy alentadora salvedad y aclaración de que no se lo ha de trillar para siempre, ni se lo aplastará con la rueda de la carreta, ni se lo quebrantará con los dientes del trillo.

En otras palabras, que por las pruebas y vicisitudes que permita que nos acontezcan, el Señor irá separando la paja progresivamente, pero cuidando muy bien de que el trigo no se comprima o dañe, sino que se preserve intacto.

Por otra cita de Amós, que antes de ser llamado por el Señor era un hombre de campo, y seguramente buen conocedor de todas estas cosas, se nos estimula mucho, diciéndonos que en el zarandeo de Su pueblo, Dios ha de hacerlo *“como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra.”* (Amós 9:9)

(#) Decimos *“casi nunca”* porque evidentemente ha habido, y hay, casos excepcionales en que siervos y siervas de Dios han trabajado muy bien y en Su voluntad, pero sin ver fruto ni cosecha en esta vida. Sin embargo, no nos cabe duda que el Señor ha de premiarlos en el más allá, y verán con regocijo que de la siembra de ellos otros han cosechado con posterioridad.

En el orden del Nuevo Testamento, vemos que Jesús tiene para nosotros un nivel más avanzado y elevado, sin perjuicio de que anteriormente hayamos pasado por el palo, la vara, la trilla y la criba.

“Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.” (Lucas 3:17)

La trilla ya ha separado la paja del grano, y ahora tiene el aventador en Su mano. Sin hacer ruido ni causar dolor, el aliento divino del Espíritu Santo sopla en nuestras vidas, apartando y llevándose la paja, e infundiéndole vigor, vida y reproductividad a lo que es en nosotros trigo de verdad.

Y finalmente, el punto más encumbrado nos está dado por Jesús mismo, cuando figurativamente se comparó a sí mismo con el grano de trigo, fijando en el derrotero de Su muerte y resurrección, el que de una forma u otra también hemos de seguir nosotros:

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.” (Juan 12:24)

Si bien al explayarnos en cierta medida hemos traspasado los confines del pasaje de Isaías 28, muy bien podemos volver a él para decir que, con toda razón, el profeta le pone punto final con lo que resulta algo así como una exclamación de profunda admiración:

“También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría.” (Isaías 28:29)

“¿Quién es ciego, sino mi siervo? ¿Quién es sordo, como mi mensajero que envié? ¿Quién es ciego como mi escogido, y ciego como el siervo de Jehová, que ve muchas cosas y no advierte, que abre los oídos y no oye?” (Isaías 42:19-20)

Sin descartar otras posibles interpretaciones, esta extensa pregunta la tratamos a través del prisma del verdadero siervo de Dios, espiritual, sabio y discreto, que, para quien no tiene esas virtudes, pasa a veces por ciego y sordo.

En efecto: en tertulias y sobremesas, otros creyentes menos maduros y prudentes, en medio de la larga conversación con frecuencia sueltan cosas negativas y malsanas, contando ocasiones en que otros hermanos y aun siervos han actuado mal.

El siervo en cuestión, que tal vez antes con amor había hablado en términos elogiosos de algunos de ellos, no reacciona ni dice nada, y, si cabe, al poco cambia el tema, encaminando la conversación hacia líneas positivas y edificantes.

Esto puede llegar casi a irritar a los otros:- ¿es que es ciego y sordo este hombre? ¿es tan ingenuo que habla y piensa bien de ese hermano y de aquel siervo, que dejan tanto que desear?

Pero la verdad es que no es ciego, ni sordo, ni nada por el estilo. Muy por el contrario, ve y percibe claramente, y tal vez más que los demás. (Ver 1ª Corintios 2:15)

Su visión y percepción le hacen muy consciente de lo mucho que otros dejan que desear. No obstante, tiene muy claro que su lengua no está para señalar y comentar los fallos de otros, y queriendo con tacto corregir la actitud que los está criticando, hasta llega a mencionar alguna virtud o cosa buena que ve en ellos.

Tal vez hable de sus faltas y errores, pero a solas con el Señor y pidiendo de rodillas por ellos.

¿Comprendes, mi querido hermano? Aprende bien esta lección del siervo genuino, verdaderamente escogido y enviado por el Señor – que tiene ojos, pero que no ve, y oídos, pero que no oye.

“¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?” (33:14)

El pasaje que va desde este versículo 14 hasta el 17 lo hemos comentado con bastante detalle en una obra anterior.

No obstante, no podemos pasar por alto estas dos grandes preguntas, aunque no nos hemos de detener mucho en ellas.

El contexto nos indica con claridad que aquí no se trata de las llamas del tormento eterno del horroroso infierno. Son las llamas benditas del fuego celestial, que nos purifican, consumiendo la escoria y elevándonos a Dios y a cuanto sea bueno y noble en la vida.

Es como si se preguntase quién será el hombre o la mujer – altamente agraciado, maravillosamente favorecido – al cual o a la cual le tocará semejante y tamaña dicha.

La respuesta está dada en el versículo siguiente y, sorprendentemente, no hay nada en él que apunte, por ejemplo, a un eminente teólogo de la doctrina más depurada, o a un diplomado sobresaliente del mejor seminario o instituto bíblico.

Es claro que no dejamos de reconocer debidamente el valor tanto del uno como del otro, pero el versículo 15 bajo revista, y que nos da la respuesta del mismo Dios que hace la pregunta, va por otro rumbo muy diferente.

Nos habla, de la manera más práctica, del que guarda sus pies, boca y labios, corazón, manos, oídos y ojos, en la forma más celosa y cumplida, desechando cuanto sea deshonesto, injusto, torcido o sucio y – como consecuencia implícita e inevitable – abraza con todas sus fuerzas todo lo recto, puro, limpio y verdadero.

Y una vez más la palabra de Dios nos alcanza con la misma exhortación a la pureza y santidad, repetida, reiterada, recalcada y enfatizada en tantos y tantos lugares de las Sagradas Escrituras.

Son tantas las veces que lo hace - nos sigue y persigue continuamente con la misma verdad - al punto que no nos podemos escapar de ella.

Es que quien vive en la santidad está situado en la parcela de Dios, y quien no vive en ella, se ubica – lo entienda bien o no lo entienda, le guste o no le guste – en la parcela contraria del mismísimo Satanás – así de sencillo y tajante.

Que sepas, mi querido hermano, sitúate y conservarte siempre en la forma más decidida en el terreno de Dios, y no caer en el del enemigo declarado de tu alma.

----- () -----

CAPÍTULO X – JEREMÍAS, EL PROFETA PREGUNTÓN

Este apelativo desde luego que lo empleamos con todo cariño y respeto para con el gran profeta Jeremías.

Con la excepción de los Salmos, que, como sabemos, son una recopilación de varios libros, Jeremías es el más extenso de todos los libros de la Biblia, incluyendo Isaías, aun cuando éste tiene más capítulos.

Entre muchas otras cosas, resalta el gran número de preguntas que contiene. Son parte del elocuente hablar profético de Dios a Su pueblo, buscando una y otra vez llamarlo a la más seria reflexión, para que deponga la desobediencia y la rebeldía y retorne al Señor para su propio bien.

Tomemos unas pocas.

“¿Qué ves tú, Jeremías? Y dije: Veo una vara de almendro.”

“Y me dijo Jehová: Bien has visto; porque yo apresuro mi palabra para ponerla por obra.” (1:11-12)

El almendro es el árbol que primero florece y da fruto. Y Dios le hace saber a Su siervo un principio, que Su palabra va en serio y que tendrá un pronto cumplimiento.

En ese caso, el cumplimiento sería el tremendo castigo del cautiverio, por la idolatría crónica y obstinada de Israel.

Como beneficiarios de los bienes mejores del Nuevo Testamento, podemos ver el almendro a través de un prisma muy distinto. En figura lo tenemos representado por la vara de Aarón que reverdeció, echando flores, arrojando renuevos y produciendo almendros. (ver Números 17:8)

Aarón, en la primera parte de su trayectoria, por cierto que no dio la talla, sino que fracasó lamentablemente. Merced a la intercesión maravillosa de Moisés fue perdonado, y de ahí en adelante, bajo la tutela del mismo Moisés, se operó en su vida una restauración progresiva que lo llevó a ser lo que en verdad debía ser: un sacerdote de verdad.

El proceso se extendió por unos buenos años, y al final, significativamente, se nos dice que *“Aarón murió... en la cumbre.”* (Números 20:28)

La primera señal aprobatoria de parte del Señor, fue ésa que ya mencionamos de la vara suya que reverdeció, a diferencia de las otras presentadas por los príncipes de las demás tribus, y que quedaron peladas, tal cual las habían presentado el día anterior.

Esa señal nos hace pensar en los almendros de los primeros frutos que el Señor nos permite ver, y que nos estimulan al hacernos comprender que estamos madurando y comenzando a ser fructíferos en nuestras labores para Él.

Si todavía no has empezado a ver esos almendros de los primeros frutos significativos en tu servicio, no te desanimes por ello. Persevera con paciencia y ahinco, que el Señor no tardará en venir a alentarte con su llegada.

A veces es más sólido y seguro lo que tarda en llegar, a pesar de nuestros esfuerzos y empeño, que lo que a otros parece que les llega pronto y sin que tengan que esforzarse mayormente.

“Ahora, pues, ¿qué tienes tú en el camino de Egipto, para que bebas agua del Nilo?” (2:18)

Una de las muchas cosas que el Señor le reprochaba con frecuencia a Su pueblo infiel, era su inclinación a volver a Egipto, o de buscar su ayuda en momentos en que era atacado por algún otro enemigo.

El hacer eso significaba un volverse atrás a ese mundo del cual había sido rescatado. Siglos antes, a través de Moisés les había dicho:

“No volváis nunca por este camino.” (Deuteronomio 17:16b)

Pero vez tras vez Israel y Judá habían desobedecido, y el mismo libro de Jeremías termina en su parte histórica, con una emigración a Egipto del pequeño remanente que quedó, después de la caída de Jerusalén ante las huestes de Nabucodonosor.

A pesar de la expresa palabra del Señor advirtiéndoles que no fueran a Egipto, se obstinaron en hacerlo, y a Jeremías le tocó la nada agradable misión de acompañarlos para seguir siendo el vocero divino para con ellos.

El Nuevo Testamento abunda en exhortaciones en el mismo sentido de no enredarnos con el mundo ni buscar su amistad. (ver, entre otros pasajes, Santiago 4:4 y 1ª Juan 2:15-17)

Hoy día más que nunca, esas aguas turbias del Nilo de este mundo buscan penetrar en una gran multiplicidad de formas en la vida de los hijos de Dios, para debilitarlos y causarles cuanto daño puedan.

Cuida mucho de lo que contemplan tus ojos – lo que oyen tus oídos – lo que lees y estudias – las amistades que tienes – los lugares que frecuentas – los negocios en que te metes. En fin, que en todo tu andar te guardes sin mancha del mundo, como tan puntualmente se nos exhorta en Santiago 1:27b.

La pregunta a Baruc:-

Baruc era el escribiente de Jeremías. En una ocasión en que él se quejaba de que el Señor había añadido tristeza a su dolor, y que estaba fatigado de gemir (45:3) Dios le dirigió esta pregunta por intermedio de Jeremías:

“¿Y tú buscas para ti grandezas?” (45:5)

Si miramos con atención, veremos que la pregunta no tiene ninguna relación directa con la queja de Baruc. Más bien esperaríamos que se le hiciese tener en cuenta que otros estaban sufriendo más que él, o bien que se le diese una exhortación a que fuese sufrido y valiente.

No obstante, Dios, que escudriña los corazones, sabía que la queja de Baruc iba por otro rumbo. A pesar de que sus palabras no lo denotaban, estaba buscando grandes cosas para sí mismo.

Nuestra imaginación, sin ser demasiado exhuberante, se inclina a pensar que en lo secreto de su corazón podría estar diciéndose algo así:

“Me ha tocado ser escribiente y discípulo de Jeremías. Y tanto lamento y tantas lágrimas tuyas, me han llenado a mí de tristeza y congoja, y ése es mi pan de cada día.”

“¡Quién diera que me hubiera tocado acompañar a un Elías, que mandaba venir fuego del cielo! ¡o a un Eliseo, que donde quiera que iba hacía poderosos milagros!”

Por algo nos dice el mismo Jeremías:

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas y, perverso; ¿quién lo conocerá?” (17:9)

Por supuesto que esto no se aplica al corazón transformado por el renacimiento del Espíritu Santo. Pero hecha esta salvedad, la sentencia resulta muy tajante y hace tabla rasa con toda la postura humanista que afirmaría todo lo contrario – que dadas las oportunidades de una buena educación y un nivel de prosperidad aceptable, siempre se habría de evolucionar hacia niveles de bondad, buena disposición y aun de altruismo.

A través de Jeremías, la palabra de Dios nos está diciendo en forma inequívoca, que podemos examinar todas las cosas que uno se pueda imaginar en nuestro planeta, y en todo el universo – y ninguna de ellas la encontraremos tan engañosa y tan perversa como el corazón humano.

La pregunta *¿quién lo conocerá?* encuentra una respuesta inmediata y muy puntual en el versículo siguiente

“Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.” (17:10)

Más allá – por detrás y por debajo de las palabras y el lamento de Baruc, el Señor veía con claridad un corazón que buscaba grandezas para sí. E inmediatamente después de la pregunta da el consejo, tan sencillo, pero tan preciso y exacto:

“No las busques.”

¡Cuán fácil es, sobre todo en la inmadurez de la juventud, caer en el mismo error de Baruc!

El autor también recuerda algo de esto en su trayectoria hace unos buenos años – lo que suele llamarse “delirios de grandeza.”

Afortunadamente, la mano sabia y paciente del Señor supo sacarlo ileso de esa esfera tan escabrosa e ilusoria, para ubicarlo progresivamente en el terreno sólido y seguro de la voluntad de Dios para su vida.

Esa voluntad es buena, agradable y perfecta, como nos dice Pablo en Romanos 12:2, y en ella hoy día se halla más realizado y feliz de lo que hubiera sido en medio de esos sueños de su inmadurez juvenil.

Por ello, con el peso de la experiencia y de los años, como así también con el respaldo de la palabra de Dios, le aconseja a cada lector, sobre todo al joven y a la joven:

“No las busques.”

Si el Señor a Su tiempo te concede grandes cosas, con ellas te dará la gracia y la humildad para llevarlas sobre tus hombros sin caer en el lazo del envanecimiento, que ha sido la ruina de tantos. Pero si tú te empeñas en buscarlas y lograrlas – “grandes cosas para ti” – o bien te eludirán, no te llegarán y quedarás frustrado y desilusionado, o bien, si las alcanzas merced a tus propios esfuerzos, serán para tu grave perjuicio y no para tu beneficio.

Lo que sí debes buscar, es ser lo que verdaderamente Dios quiere que seas y hacer lo que Él de veras quiere que hagas. Aunque ello te pueda parecer pequeño o de poca importancia ante los ojos de los demás, y de los tuyos también, créeme que eso es lo único que te ha de traer verdadera realización e íntima satisfacción en la vida.

En ese lugar, y sólo en ése, te encontrarás a ti mismo como el varón o la mujer que Dios propuso que fueras al crearte y traerte a este mundo. Y en ese lugar, y en ningún otro, conocerás bien al Dios que por fin estará satisfecho de que estás llegando a ser y a hacer, lo que desde el principio Él ha querido que fueras e hicieras.

Desde luego que para ninguno de nosotros, Dios ha tenido malos designios. El fuego eterno sólo ha sido preparado para el diablo y sus ángeles, como lo señaló Jesús en Mateo 25:41. Para evitar que vayamos a ese lugar tan horrendo, Dios ha

llegado al grado supremo del amor y la misericordia, al dar a Su Hijo unigénito para sufrir en lugar nuestro, y así salvarnos eternamente.

Su designio para ti y para mí, querido lector, es que estemos con Él, redimidos y colmados del más rico bien por toda la eternidad. Y además, que al estar en camino hacia tan dichoso fin, nuestras vidas sean hermoeadas progresivamente con las virtudes y excelencias del hermoso y todo codiciable Hijo de Dios.

Desecha pues toda intención de hacerte y sentirte grande, o de buscar imitar en sus formas y estilos a otros que parecen grandes en tus ojos. En cambio, céntrate en amar de veras a Jesucristo, y en hacer lo que Él de verdad quiere que hagas y no lo que tú u otros deseen de ti. Y sobre todo, en asemejarte más a Él en Su humildad y mansedumbre, en Su amor, fe y pureza – en fin, en toda Su hombría perfecta.

Te aseguro que si te empeñas de verdad en ello, llevado por la gracia del Espíritu Santo, te pondrás bien en camino y con paso firme hacia la mejor meta que pueda haber para tu vida – no la que quieras tú o busques tú, ni ningún otro para ti – sino la que el sapientísimo e incomparable Dios tiene reservada para ti. *Ninguna como ella para ti.*

“¿Hará acaso el hombre dioses para sí?” (Jeremías 16:20)

Esta pregunta pone de relieve lo absurdo que resulta que el ser humano intente, por intermedio de una imagen, efigie o estatua, hacer un dios para sí. Jeremías contesta de inmediato diciendo “*Mas ellos no son dioses.*”

De verdad que no lo son. Sin embargo, la aberración tan manifiesta de negar al invisible, pero a todas luces Creador Supremo, y en vez atribuir poderes sobrenaturales a algo hecho por mano de hombre, es algo gravísimo. Se trata nada menos que de darle la espalda a Dios, para inclinarse ante lo que evidente y clarísimamente no es dios, y eso no puede sino acarrear las más graves consecuencias.

Lo entienda o no lo entienda el que lo hace, el rechazar a Dios de esa manera, supone de seguro ubicarse en la esfera contraria, es decir la de Satanás.

Pablo puntualiza esto con mucho precisión al decirnos en 1ª. Corintios 10:19-20:

“¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos?”

Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios...”

Esto explica el por qué a veces suceden milagros, que se atribuyen a ídolos e imágenes, pero que en realidad son milagros mentirosos hechos por demonios, que se ocultan detrás de esos ídolos e imágenes.

Naturalmente, todo hijo de Dios debe tener esto bien claro y de ninguna manera inclinarse a esos dioses falsos, teniendo bien presente la prohibición en ese sentido, contenida en los diez mandamientos de la ley mosaica.

Pero, de una manera más sutil, el maligno puede inducir a que uno se haga dioses no con ídolos o imágenes visibles, sino con cosas que ocupan un lugar desmedido en la vida, al punto que la relación con el Señor se resiente, y esa cosa se convierte – a veces inadvertidamente – en un dios que pasa a regir o gobernar la vida entera.

Dentro de esta categoría podemos enumerar algunos, como por ejemplo una pasión desmedida por el deporte en cualquiera de sus muchas variedades; el admirar, al extremo de idolatrar, a jugadores favoritos; el amor al dinero – una raíz de todos los males; la televisión, cuando no se la controla debidamente y consume horas y horas, interrumpiendo y lesionando la relación familiar, la dedicación al estudio y al trabajo. Además, y con frecuencia, cuando se consiente el mirar películas sucias y malas, puede llegar a envenenar a quienes lo hacen con obscenidades, crimen y brujerías u otras formas de ocultismo.

También debemos agregar el internet, o la web, como se la suele llamar, que puede en ciertos casos seguramente usarse con provecho, pero que por otra parte, – si no se ejerce el debido dominio propio – puede absorber por horas y horas, e incluso atrapar a incautos en redes de inmoralidad y trampas de toda índole; el pasarse demasiado tiempo ante el espejo, rayando en la coquetería; el comer con exceso, en detrimento de la salud física y espiritual; el hablar en demasía de sí mismo y de los logros alcanzados y los méritos y virtudes que se tienen, etc. etc.

No listamos estas cosas como algo novedoso ni original, pues somos conscientes de que son bien conocidas. Sin embargo, la cruda realidad de la experiencia práctica atestigua con toda contundencia, que son muchos los hijos de Dios y siervos del Señor, que, habiendo corrido bien en el pasado, han caído presos en alguna rama de la multiforme gama de “dioses para sí”, que tristemente el ser humano puede crear.

La Biblia, en forma certera y reiterada nos advierte de ello una y otra vez. Que esta advertencia, brotada de la breve y singular pregunta de Jeremías que hemos

estado comentando, no caiga en saco roto, sino que tú, como persona precavida y responsable, la sepas recibir de buen grado y guardarte de cualquier forma – por minúscula que parezca – de hacer un dios para ti.

El primer mandamiento de la ley mosaica nos dice:

“No tendrás dioses ajenos delante de mí.” (Éxodo 20:3)

Por su parte, Pablo en Romanos 8: 4 nos señala que la obra redentora de Cristo tenía, como uno de sus muchos y más importantes fines:

“...que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”

Quienes han comprendido esta verdad con toda claridad, y aprendido a andar conforme al Espíritu, pueden testimoniar ante el Señor en términos tales como éstos:

“Mi Dios, Tú sabes cuántos dioses ajenos había en mi vida. Te agradezco que no sólo me has iluminado en cuanto a lo falso y engañoso que son, sino que por Tu Espíritu me has ayudado a demolerlos todos en forma absoluta.”

“Y ¡cuánto me alegro de poder saber y afirmar con toda certeza que ahora mi vida te pertenece solamente a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado.”

Dichoso el que pueda testificar esto desde lo hondo de su ser y con total convicción y certidumbre.

¿Puedes de verdad hacerlo tú, querido lector?

“¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?” (13:23)

Otra pregunta de las muchas que hace el Señor a través de Jeremías, y de la cual podemos extraer mucha sustancia.

En el contexto en el que él la formula, dirigiéndose al obstinadamente rebelde pueblo de Judá, la respuesta es totalmente negativa, y Jeremías mismo se encarga de puntualizarlo, al agregar de inmediato:

“Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?”

El pecado de Judá estaba escrito con cincel de hierro y con punta de diamante, y esculpido en la tabla de su corazón. A ese estado lamentable y deplorable había llegado, por darse reiterada y persistentemente al mal y a la desobediencia, llegando a lo que podríamos llamar un punto sin retorno posible.

Pero el mismo Jeremías, unos buenos capítulos más adelante, nos presenta la promesa del Nuevo Pacto, con sus bienes mejores y superiores – sobre todo el de la ley, escrita no ya en las tablas de piedra que recibió Moisés, sino en las tablas de carne del corazón humano, por la gracia y el poder del Espíritu Santo (ver Jeremías 31:33 y 2ª. Corintios 3:3)

Sí – resulta imposible mudar la piel negro azabache del pueblo de elevada estatura y tez brillante, como lo llama Isaías (Isaías 18:2), y las manchas oscuras del leopardo son totalmente indelebles.

Pero, no obstante, para el hombre sin Cristo, que está sumido en la oscuridad del mal, y con las terribles manchas del pecado, hay por cierto una esperanza viva y un remedio eficaz, capaz de producir la transformación más absoluta en su vida.

Dicho remedio no es otro que la sangre bendita de la vida indestructible, a la par que santa y pura, del Hijo de Dios, vertida en la arena del Calvario hace casi dos mil años. Ninguna como ella para borrar totalmente las manchas más horribles, y purificar el alma al punto de impartirle la blancura de la nieve.

Aunque bien conocida por cuantos hemos sido beneficiarios de sus indecibles virtudes y excelencias, esta verdad debería seguir llenándonos de asombro, admiración y la más tierna gratitud. Y no deberíamos dejar pasar esas oportunidades que se presentan de proclamársela a quienes tanto la necesitan, y aún no la han oído y comprendido

Isaías predice en el último versículo del capítulo 18, del cual hemos citado unos párrafos más arriba, que ese pueblo etíope de elevada estatura y tez brillante, traerá en una fecha futura, ofrenda a Jehová de los ejércitos en el monte de Sión. Y también que vendrá un tiempo en que el leopardo se acostará mansamente junto al cabrito. (Isaías 11:6)

Son hermosas y firmes predicciones que se han de cumplir a su debido tiempo, que no ha llegado todavía. Pero, loado sea el Señor, en la acepción espiritual que hemos definido más arriba, desde el amanecer de la era cristiana el maravilloso milagro del renacimiento en Cristo Jesús, ha estado acaeciendo en numerosísimas ocasiones en las vidas de millares y millones de hombres y mujeres de todo el orbe.

¡Cuán altamente favorecidos y privilegiados nos sentimos de poder contarnos entre ellos! Somos los dichosos hijos de Dios, renacidos para una esperanza viva y eterna en Cristo Jesús, con nuestro pasado triste y oscuro, no solamente perdonado, sino también borrado totalmente y sepultado en el olvido.

Dios mismo nos dice:

“Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.” (Hebreos 8:12)

¡Gloria a Su nombre bendito!

“¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová.” (23:28b)

Esta pregunta y la siguiente se refieren a la palabra de Dios.

En tiempos de Jeremías, al igual que siempre en el curso de la historia, había muchos que pensaban tener la verdadera palabra del Señor, cuando en realidad no la tenían.

Uno de sus rasgos característicos era que endulzaban sus lenguas, pronunciando mensajes de bendición y paz, prediciendo siempre cosas halagüeñas. Esto iba directamente en contra de lo que el Señor estaba en verdad diciendo, y que era que se acercaban juicios y castigos severísimos, a menos que se volvieran cumplidamente de sus malos caminos.

El contraste entre la paja y el grano de trigo es muy sencillo, pero al mismo tiempo resulta muy instructivo.

Los dos tienen un color bastante similar, así como la palabra falsa o espuria puede asemejarse externamente a la auténtica. Sin embargo, la misma no tiene en sí ninguna capacidad de reproducción, ya que carece totalmente de vida.

Por el contrario, el grano de trigo tiene vida y reproductividad en sí mismo. Además, tiene poder alimenticio y de ella el cristiano se nutre espiritualmente al leerla y comerla. (ver Ezequiel 3:1-3 y Jeremías 15:16)

Huelga decir que la paja no tiene ninguna propiedad alimenticia. Si se intentase triturarla y cocinarla, no tendría ningún sabor ni sustancia, y si la ingiriésemos seguramente nos dañaría los intestinos, así como la palabra falsa, si la absorbemos, sin duda no traerá ningún provecho, y hará daño a quien lo haga.

El profeta Amós, que antes de ser tomado por el Señor para ser Su vocero era un hombre de campo, aporta algo muy interesante al decir, en un versículo que, en otro contexto, ya hemos citado en un capítulo anterior:

“Porque he aquí yo mandaré y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones, como se zarandea el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra.” (Amós 9:9)

Aunque la paja y demás impurezas caen en tierra ¡no así el trigo! ¡Hasta el granito más pequeño resiste la criba y se preserva para el alfolí eterno!

¡Qué consuelo y qué firme aliciente para perseverar en la genuina palabra de Dios, sin dejarnos desviar nunca de ella!

¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra? (Jeremías 23:29)

Siempre sobre el mismo tema de la palabra, Jeremías hace ahora una doble pregunta, la cual contiene otros dos símiles muy vívidos y aleccionadores.

La verdadera palabra es sin duda como fuego, pues procede del Dios que en sí es fuego consumidor. (Hebreos 12:29)

Como en alguna ocasión anterior ya hemos señalado, en los capítulos 4 al 10 de Deuteronomio, Moisés menciona nada menos que diez veces que Dios le había hablado Su palabra al pueblo de Israel “*de en medio del fuego*” – el lugar en que ardía al máximo.

Los siervos del Señor debemos aprender de Él, y toda vez que nos toque hablar Su palabra, ponernos en ese lugar de comunión muy estrecha con Él, de modo tal que Su fuego arda en nuestros corazones y nuestras palabras estén impregnadas de él.

Así cumplirán el doble fin de quemar y consumir la escoria, el heno, y la hojarasca en la vida de quienes nos escuchen, y de encender una llama de amor, fe y santidad en sus corazones.

El martillo es otro símbolo, y en la misma pregunta Jeremías define con claridad una de sus funciones principales: la de quebrantar el corazón de piedra.

Recordamos el caso de una joven que hace unos buenos años asistió a un retiro espiritual, meramente con el fin de estar con otros jóvenes que iban y le eran bien conocidos.

En su niñez había asistido a la escuela dominical, pero posteriormente se apartó de los caminos del Señor y pasó a vivir una vida muy mundana. Al decidir ir al retiro en cuestión, lo hizo con la expresa salvedad de que no quería saber nada de las cosas de Dios – solamente iba para estar con los demás jóvenes y disfrutar de un cambio de ambiente.

¡Pero el Señor tenía otros planes muy distintos!

En una de las reuniones, una hermana, sierva del Señor, que no sabía nada de todo esto, en medio de una pausa compartió que ella entendía que había entre los congregados alguien con el corazón muy endurecido.

Lo dijo con toda calma y sin levantar la voz, pero vino con todo el peso contundente de la poderosa palabra divina.

En seguida la joven comenzó a temblar, reconociendo por el testimonio que el Espíritu le daba a esas palabras, que se trataba de ella misma, que había venido con esa actitud tan obstinada y rebelde.

El resto del retiro y en el largo viaje de regreso al finalizar el mismo – unas seis o siete horas por carretera – estuvo muy quebrantada, con un profundo arrepentimiento por la vida pecaminosa y rebelde que había llevado por varios años.

De esta manera, pasó a afirmarse progresivamente en los caminos del Señor, y hoy día es madre de dos hijos y acompaña fiel y eficazmente a su marido en el ministerio.

Quizá lo que más interesa del caso es resaltar que, en aquella oportunidad, el poder y el impacto de la palabra no estaba en que se la gritase a viva voz y con energía humana, sino que venía por la inspiración divina, con el propósito concreto de quebrantar ese corazón endurecido.

La sierva que pronunció esas palabras, no se enteró del tremendo efecto que habían surtido hasta muchos años más tarde.

A veces oímos a algunos dar gritos muy potentes desde el púlpito, pensando que son una demostración de gran poder espiritual, cuando en verdad no son sino una fuerza humana que está procurando lograrlo.

No se nos pasa por alto que hay por cierto ocasiones en que un siervo de Dios, movido por el Espíritu, habla a gran voz. En la Escritura lo vemos ejemplificado, entre otros, por Jesús (ver Juan 7:37 y Lucas 8:8) y también por Pablo. (Los Hechos 14:9-10 y 16:28)

No obstante, el secreto no está en que se hable a gran voz, sino que la voz – se la levante o esté en un tono normal – sea verdaderamente inspirada y ungida por el Espíritu Santo. Y quien tenga buen olfato espiritual, sabrá discernir cuándo lo está y cuándo no lo está.

Pero el martillo no siempre habrá de dar golpes para quebrantar corazones de piedra.

“Jehová habló a Moisés diciendo:

Hazte dos trompetas de plata; de obra de martillo las harás, las cuales te servirán para convocar la congregación, y para hacer mover los campamentos.” (Números 10:1-2)

Igualmente en Éxodo 25:31 se nos dice:

“Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo.”

Aquí no se trata de golpes fuertes para quebrantar o demoler, sino de esos toques diestros y suaves del martillo, y que son más numerosos, con el fin de modelar nuestras vidas y darles la forma exacta que el Maestro quiere que tengan. Aunque esta forma de operar el martillo sea menos potente y llamativa o espectacular, igualmente reviste mucha importancia.

El siervo que aspira a modelar o formar a otros para el ministerio, deberá conocerlo primeramente en su propia vida y experiencia, para así poder ministrarlo a los demás con efectividad.

Como podemos ver, las preguntas del Señor a través de Jeremías, nos hacen recapacitar sobre muchas cosas sustanciosas. Aunque en su extensa profecía quedan bastantes más que no hemos tratado, nos hemos de dar por satisfechos con estas siete que hemos comentado.

Algunas de ellas podrán tener una aplicación personal para el lector, por lo cual recomendamos se las repase para poder absorber y apropiarse su contenido.

CAPÍTULO XI – APRENDIENDO A NADAR

El pasaje comprendido en los primeros doce versículos de Ezequiel 47 es uno que está muy trillado. Seguramente que la mayoría de los lectores habrán oído más de una predicación basada en el mismo.

El simbolismo de las aguas que brotan y fluyen del templo y van creciendo en su volumen y altura, se presta admirablemente para ilustrar la obra y el fluir progresivo y creciente del Espíritu Santo en nuestras vidas.

Este simbolismo no está empleado en forma arbitraria, sino que cuenta con un firme asidero en el Nuevo Testamento que lo corrobora plenamente. En efecto, en el pasaje de Juan 7:37-39, después que Jesús hace la gran invitación al que tenga sed – que vaya a Él y beba, en la seguridad de que, como dice la Escritura, el que cree en Él, de su interior correrán ríos de agua viva - encontramos un importante paréntesis aclaratorio y explicativo:

“Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Juan 7:39a)

Es decir, que el mismo apóstol Juan, autor del evangelio en que estamos, nos hace comprender que esto que Jesús acababa de decir sobre las aguas vivas, se refería a una persona determinada y expresa – el Espíritu Santo, el cual había de ser dado a los que creyesen en Él una vez que Jesús hubiese sido glorificado.

Como sabemos, esto se cristalizó por primera vez a los diez días de haber ascendido el Señor, el día de Pentecostés, y ha continuado sucediendo desde entonces a través de la historia hasta el día de hoy.

No vamos a comentar todo el rico contenido alegórico del pasaje de Ezequiel 47 en sí, sino que, queriendo ser fieles al hilo central de nuestra obra, nos ceñiremos a una muy significativa pregunta que el varón (o ángel) le hace a Ezequiel de parte de Dios en el versículo 6:

“¿Has visto, hijo de hombre?”

La pregunta viene inmediatamente después que las aguas habían subido al punto que ya no se podía hacer pie, y había que nadar.

Era como preguntarle ¿has comprendido bien lo que todo esto significa?

Y bien podemos y debemos nosotros tratar esta pregunta como si el Señor nos la dirigiese a nosotros mismos, con la inquietud y el deseo de que nosotros también podamos entenderlo claramente, y más allá de ello, apropiarlo y experimentarlo en nuestra propia vida cotidiana.

Nos limitamos a dos puntos importantes, sin desconocer que la riqueza de la palabra de Dios es tal, que seguramente también se podrían extraer otros más.

El primero, aunque ya conocido por no pocos, es muy instructivo y edificante. El crecimiento gradual de las aguas nos muestra una clara progresión en la vida espiritual. Para comprenderlo mejor, imaginémosnos en la playa un caluroso día de verano. Al entrar poco a poco en el agua, esa progresión se va desarrollando en una forma muy gráfica.

Al dar el agua hasta nuestros tobillos, si bien el placer de chapalear en las aguas está muy presente, aunque cubiertos en parte por el bañador, mucho de nuestra carne está a la vista y muy en evidencia: piernas, brazos, pecho, hombros, espalda, etc.

Esto va disminuyendo a medida que las aguas nos suben hasta las rodillas primero y hasta los lomos después. Con todo, aun así se sigue viendo nuestra carne, aunque en menor medida (pecho, hombros y espalda).

Pero una vez que suben más alto y ya no podemos hacer pie, nos obligan a nadar. Aun en eso hay una progresión, pues en un principio se lo hace golpeando y salpicando con vigor, tanto con los brazos como con las piernas.

Sin embargo, paulatinamente se aprende a hacerlo mejor, hasta llegar al punto de poder deslizarse en forma mucho más eficaz y agradable, sin nada de esos manotazos ni pataleos que resultan tan inelegantes.

Y así, con muy poco del cuerpo que se pueda ver, el nadador avezado sólo exhibe la cabeza, que se sumerge muy poco o nada debajo de la superficie.

Por supuesto que esto nos ejemplifica en figura al siervo del Señor que vive y se mueve de verdad en el Espíritu. En su vida hay muy poca o ninguna evidencia de la carne, y por el contrario, lo que aflora y se exhibe es Cristo - la cabeza de la iglesia en forma global – pero también muy de la vida suya en particular

No nos cabe duda de que ésta debe ser una meta muy digna y apetecible, a la que todos debemos aspirar.

El segundo punto lo vemos desde la perspectiva de que el Espíritu Santo, representado como ya se ha dicho por esas aguas que vio Ezequiel, con su avance y crecimiento paulatino, está buscando llevarnos a otra proyección y dimensión en nuestra vida.

Con las aguas hasta los tobillos, rodillas y lomos, seguimos con los pies apoyados en la tierra, como una manera de vivir y movernos sobre la base de lo que tenemos, podemos y sabemos, dentro de los límites de nuestros propios recursos, y aun de lo que hemos aprendido y experimentado en nuestro andar como creyentes e hijos y siervos de Dios.

Pero (dicho con toda reverencia) esas aguas se traen escondida una jugarreta que nos tienen preparada. Van subiendo y subiendo, y en nuestro deseo natural de no ahogarnos, hasta podemos llegar a ponernos en punta de pie para poder seguir respirando.

No obstante, al seguir en su ascenso, llega el momento en que ni siquiera eso nos basta. Súbitamente tenemos que dejar de hacer pie en tierra, y dejar nuestra posición vertical para ponernos en la horizontal.

Y ahora ya no dependemos ni nos movemos en la dimensión de nuestros propios medios y posibilidades. En cambio, somos llevados por el impulso del fluir de esas aguas, que ahora nos conducen, dentro del ámbito de la voluntad de Dios, a nuevos lugares, situaciones, horizontes, profundidades y alturas que, antes, librados a nuestros propios recursos, jamás habríamos podido alcanzar.

La mejor manera en que lo podemos ilustrar es contando algo de la experiencia de un siervo de Dios que se va acercando a los 80 años de edad.

En la etapa en que contaba de 25 a 30 años de edad, siendo muy sensible en cuanto al sueño, le era muy difícil pernoctar en cualquier lugar que no fuese su propia cama, en el hogar de sus padres, siendo todavía soltero por ese entonces.

Si se le hubiera predicho que a su edad actual estaría durmiendo fuera de casa entre 200 y 215 noches por año, en la mayoría de ellas llevando la palabra de Dios, con los consiguientes cambios de cama, clima y comida, y haciendo y deshaciendo sus maletas continuamente, no lo habría creído.

“Ése no soy yo y no lo podré ser jamás”, habría sido su reacción natural.

Sin embargo, ése ha sido el ritmo de vida que ha estado llevando por varias décadas. No es que sea más fuerte y robusto que entonces – al contrario, todavía se sabe y se siente frágil y débil en sus propias fuerzas. No obstante, son esas benditas aguas del río de Dios, que en la voluntad divina lo llevan y sostienen en los continuos viajes que emprende para llevar la palabra de Dios.

El mismo siervo y su mujer, que habían sentido desde antes de contraer matrimonio que el Señor, a su debido tiempo, los llamaría al servicio a tiempo pleno, entraron también en otra experiencia en cuanto al río de Dios, cuando dieron el paso decisivo para que ese llamado se cristalizase.

Tenían un anhelo muy grande de que llegara la hora, pero el Señor los había postergado unos buenos años, haciendo entre tanto una labor preparatoria en profundidad en sus vidas.

Al llegar por fin la hora tan ansiada y esperada, tenían cuatro hijos, de edad de 12, 9, 7 y 2 ½ años. Sabían que debían depender económicamente en forma pura y exclusiva del Señor, con prescindencia de cualquier apoyo o sostén de organización misionera alguna, en razón de la obra totalmente interdenominacional que iban a desarrollar, sirviendo en todas las distintas vertientes del cuerpo de Cristo en las cuales el Señor les abriera puertas.

Él tenía un puesto importante en una empresa aérea, con coche nuevo en alquiler cada dos años, y las posibilidades de efectuar viajes aéreos gratuitos, o a tarifa reducida, con su familia a muchas partes del mundo. Mas esto no les satisfacía y tanto él como su esposa tenían la mira firmemente enfocada hacia el servicio misionero, aunque también es cierto que por varios años él ya había sido pastor de una pequeña congregación primero, y uno de los ancianos de otra mucho mayor después.

Estando en la etapa de transición, y faltando poco tiempo para dejar su empresa, tuvo que realizar un viaje transatlántico a su país natal en funciones de servicio. Allí su padre en un momento dado lo tomó aparte para hacerle un pedido. A su hermana menor le habían ido muy mal las cosas, y el pedido consistía en que a la muerte de él – su padre – y de su madre, renunciase a la pequeña parte que le correspondía a él, en favor de esa hermana menor, por la venta de la pequeña finca familiar propiedad de sus padres.

Esto le pareció muy razonable, y sin vacilar y con todo gusto accedió a que así fuese.

No mucho después de su regreso, un domingo por la tarde se presentaron la madre de su esposa, una hermana y su marido. Resulta que unos años antes, tras fallecer su padre, una cierta herencia de no mucha cuantía fue repartida entre la madre, esa hermana y otra más, pero la que le pertenecía a su esposa no le había sido dada.

La visita respondía al propósito de formular un pedido especial. El cuñado, marido de su hermana, tenía un negocio que quería ampliar y solicitaba – nada menos (!) – que esa parte correspondiente a la esposa del siervo se le otorgase a él para concretar la ampliación.

Lo normal habría sido – hablando en lenguaje vulgar – mandarlos a freír espárragos con semejante solicitud. No obstante, sabían que la mano de Dios estaba en todo eso, y con una mirada mutua de inteligencia acordaron sin vacilar darles un sí inmediato.

Era Dios que en Su trato sabio y maravilloso los estaba desheredando, llevándolos a quemar todos los puentes. Esto se consumó totalmente al vender la vivienda de su propiedad y donar todo el producido a la obra del Señor en España.

Aunque no eran ricos, habían cumplido así el mandato de Jesús al joven rico, de que vendiese todo lo que tenía, lo diese a otros, y siguiera en pos de él.

Con la gran responsabilidad de criar y educar a sus cuatro hijos, a algunos esto les parecía una locura descabellada, pero sin embargo, como dijimos, la mano de Dios estaba ordenando y disponiendo todas las cosas.

Por ese entonces recibieron dos hermosas promesas del Señor. Una de ellas es la que está en Mateo 19:29

“Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.”

La otra fue que, a partir de ese momento, el Señor les otorgaba la llave de la tesorería divina, y dentro del marco de la voluntad de Dios para ellos, siempre tendrían a su disposición cuanto recurso económico les fuera necesario.

Casi treinta y cinco años más tarde, pueden afirmar con absoluta y estricta verdad que esas dos promesas se han cumplido en forma cabal. Sin descartar que en alguna breve etapa su fe fue probada – aunque nunca, en ningún momento les ha faltado – la tónica general ha sido de una plena y abundante provisión.

Sin contar con sueldo o emolumento fijo de ninguna misión u organización, han podido realizar un buen número de viajes transatlánticos, ellos, y a veces acompañados de sus hijos también, como así también uno al África Occidental en 1997. Este último, por diversas razones, resultó en una suma superior a los 3.000 dólares estadounidenses en su valor actual. No obstante, sin hacerse ninguna ofrenda especial ni pedirse ayuda a nadie, el dinero estuvo a su disposición con buena anticipación y todo fue cubierto con creces.

Igualmente, después de haber residido por unos buenos años en el extranjero como misioneros en viviendas de alquiler, al retornar a su país de origen, tuvieron que enfrentar el problema del alojamiento y la subida considerable de los precios. Con todo, el Señor hizo para ellos un verdadero milagro, al facilitarles la adquisición totalmente en efectivo de una pequeña pero digna vivienda, exactamente a medida para ellos a esta altura de sus vidas.

En resumidas cuentas: dos puntos en que el siervo a que nos referimos ha podido vivir por años en la dimensión de las aguas del río de Dios, que han ido, como queda evidenciado, mucho más allá de sus muy escasos recursos propios.

A veces, cuando algunos entran en una experiencia personal, viva y fresca de la bendición de Dios, con cierta inmadurez la abrazan de tal manera, que piensan que otros deben buscar lograr eso mismo que ellos han alcanzado y vivido.

No hemos contado este caso con ese fin, pues los años nos han enseñado que el camino de Dios no es igual para todos. A unos los lleva por una determinada senda, mientras que a otros los hace ir por otra bien distinta.

Pero lo que sí queremos recalcar es que, dentro de la gran gama y variedad del Señor para Sus hijos, para todos los que lo buscan y anhelan de verdad, ese río de Dios sigue fluyendo hasta el día de hoy.

Y cada verdadero hambriento y sediento de Dios, podrá encontrar en él todos los recursos, energías y capacitación para extenderse, dentro del plan de Dios para su vida, mucho más allá del alcance de sus posibilidades propias.

Así pues, querido hermano, ¡sumérgete en el río y comienza a nadar!

----- () -----

CAPÍTULO XII – La plomada y el candelabro todo de otro.

“...He aquí el Señor estaba sobre un muro hecho a plomo, y en su mano una plomada de albañil.”

“Jehová entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós?” (Amós 7:7-8)

Por medio de esta pregunta, el Señor dirige la atención de Su siervo Amós a algo que Él tiene en Su mano, y que es de particular importancia: la plomada.

La misma es algo que, en la actualidad, también nosotros debemos ver y tener muy clara en su aplicación presente.

En aquel entonces el uso de la plomada se vinculaba con Su trato con el infiel y desobediente pueblo de Israel. Su idolatría y rebeldía eran tan crónicas e incorregibles, que no quedaba otro remedio que aplicar la verdad de la justicia divina y no tolerar más su pecado e impiedad.

En el Nuevo Testamento no encontramos ninguna mención directa de la plomada, pero sabemos que hoy día, por la obra del Espíritu, se está edificando una casa eterna, con fundamentos firmes, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (Hebreos 3:4-6 y 11:10)

Creíamos que con tanto adelanto tecnológico, la antigua plomada se habría dejado de lado, para dar lugar a un instrumento más avanzado y moderno. No obstante, un hermano que trabaja como maestro de obras en la construcción, nos ha asegurado que no ha sido sustituida, sino que se la sigue utilizando como siempre.

Como es de conocimiento general, la plomada consiste en una pesa, generalmente de plomo, de forma cónica o cilíndrica, suspendida de una cuerda, y que se emplea para señalar con exactitud la línea vertical.

Para los fines nuestros, representa los principios y verdades divinos que son imprescindibles para una edificación sólida y correcta, sin desviaciones ni torceduras.

Esos principios y verdades son de fondo y no de forma. Entendemos con claridad que hay cosas de forma – o llamémoslas secundarias y no fundamentales – que varían de lugar en lugar, dentro del amplio y vasto marco de la iglesia universal de Cristo.

Nos encontramos así con la agradable comprobación de que en las muchas, muchísimas asambleas locales que forman la gran iglesia universal, hay una gran variedad de matices, tonos y estilos, aun en las que pertenecen a una misma cadena o vertiente.

Sin embargo, considerando el panorama en forma detenida y cuidadosa, hemos de advertir que, en aquéllas en que hay un testimonio limpio y claro, y una solidez que está produciendo resultados positivos y duraderos, sin lugar a dudas se han de encontrar en funcionamiento los principios y las verdades fundamentales, propios de la plomada espiritual de nuestro Dios.

Estos principios y verdades contenidos en la plomada, sustentan y propulsan sólidamente la edificación, a la par que la mantienen en una perpendicularidad precisa y correcta. Este aspecto es tan importante como el primero, tratándose de una relación vertical en ambos sentidos, es decir desde lo alto hacia abajo y vice-versa.

Un estudio minucioso y detallado de esos principios y verdades básicos requeriría muchísimas páginas, y aun varios tomos voluminosos. No es nuestro propósito ahondar en demasía, y quizá no estemos idealmente capacitados para ello. Con todo, señalaremos claramente los principales, con algunos comentarios que les acompañarán para mejor orientación del lector.

1) Un testimonio límpido y transparente.

Desde un comienzo debe brotar de la vida, ejemplo y prédica, tanto de quien o quienes están al frente, como de todos los miembros comprometidos. Asimismo, es indispensable que el mismo se conserve y preserve celosamente, velando continuamente porque no se introduzcan ni el pecado, ni formas mundanas. De lo contrario, todo el resto se verá seriamente socavado.

2) Una estrecha unidad y armonía entre todos los miembros.

Apenas si hace falta puntualizar que cuando ésta se resiente o quiebra, las posibilidades de que se haga una obra fructífera y estable se ven considerablemente disminuidas.

3) Una enseñanza clara sobre bases bíblicas limpiamente trazadas, y que hace el debido hincapié en los valores cardinales de la vida cristiana, tanto a nivel personal como corporativo.

Estos valores no pueden ser fijados arbitrariamente, según el estilo o la preferencia de unos u otros. La misma Biblia es la que los señala con claridad y con carácter de imprescindibles e insustituibles.

Aquí van algunos de los principales, sin descartar que hay varios más.

- a) El verdadero amor, sin el cual nada somos y todo lo que hagamos de nada nos sirve, sino que venimos a ser como metal que resuena y címbalo que retiñe. (1ª. Corintios 13:1-3)
- b) La fe, sin la cual es imposible agradar a Dios, (Hebreos 11:6) teniendo en cuenta que lo que no proviene de ella es pecado. (Romanos 14:23b)
- c) La santidad y limpieza en la vida, con la solemne advertencia que en la ciudad celestial no entrará ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, como se nos previene en Apocalipsis 21:27.
- d) La humildad y mansedumbre que el Cordero de Dios nos exhortó a aprender y absorber de Él (Mateo 11:29) recordando que Dios “es excelso y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos.” (Salmo 138:6)
- e) La alabanza, viva y real, y la adoración en espíritu y en verdad. (Colosenses 3:16b y Juan 4:23-24)

4) La oración como factor primordial, tanto a nivel colectivo como individual.

Algo sobre lo cual no hace falta agregar ningún comentario.

Naturalmente que estos cuatro puntos no constituyen todo el consejo de Dios, ni nada que se le aproxime. No obstante, una iglesia en que los cuatro funcionen debidamente como una constante rectora, tendrá una base sólida para edificar correctamente, tanto en la línea vertical como en la horizontal.

Por otra parte, en lo que sigue del capítulo, bajo *el candelabro todo de oro*, pasamos a abarcar muchos otros aspectos de importancia, que quizá algunos habrían querido ver incluidos entre los puntos y valores anteriormente consignados.

Antes de seguir adelante, y en conclusión sobre este punto, un consejo para quienes por traslado, cambio de trabajo u otra razón valedera, buscan una nueva iglesia en la que puedan integrarse.

Muchas veces se elige por razones tales como el gustar de la forma en que se lleva la alabanza, la afinidad que se tiene con ciertos hermanos, u otras parecidas.

Sin desechar totalmente estos factores, que sin embargo son de importancia relativa, aconsejamos que se aseguren que la que elijan tenga por lo menos un siervo fiable al frente, al cual se ve con claridad que el Señor le ha dado la plomada para edificar.

El candelabro todo de oro.-

“Y me dijo ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro...” (Zacarías 4:2)

Otra vez la misma pregunta: ¿Qué ves? Y esta vez es otra cosa que el Señor quiere que Su siervo y mensajero vea, y que también es de muchísima importancia: *el candelabro todo de oro.*

A diferencia de la plomada, el candelabro sí lo encontramos en forma directa y expresa en el Nuevo Testamento, y de la misma boca de Jesús, que nos dice en Apocalipsis 1:20:

“...los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”

En esto nos detendremos un buen rato, pues, como ya se ha dicho, es de la mayor importancia.

El simbolismo es muy claro, y así como hemos visto la plomada en su acepción y aplicación presente, tenemos también que ver con claridad el candelabro, pues tiene mucho que decirnos.

Lo primero que vio Zacarías fue que era *todo de oro*. Como metal precioso y de alto valor, el oro representa aquello que ha sido hecho o forjado por Dios en nuestra vida, y que, como tal, resulta enriquecedor, imperecedero y eterno.

Lo que se edifica en la iglesia debe ser de ese material, y no de heno, madera u hojarasca, que representan lo logrado merced a nuestros propios esfuerzos y recursos terrenales, y sin el genuino respaldo del Espíritu Santo.

Zacarías vio también que tenía un depósito que estaba encima, lo cual denota que la provisión y fuente de suministro está en lo alto – no en los recursos propios, ni en los que se puedan o quieran lograr utilizando medios carnales.

Bien es cierto que en algunas oportunidades, para suplir necesidades Dios se vale tanto de personas inconversas como de autoridades terrenales (diputaciones, municipios, alcaldías, etc.) No obstante, nunca se ha de buscar y procurar esto tratando de congraciarse con ellas, sobre todo si el hacerlo implicaría transigir en cuanto a principios que en realidad deben ser irrenunciables.

Jamás debemos olvidar la profunda decadencia en que comenzó a caer la iglesia primitiva a partir de los fines del primer siglo, y que se originó al ganar popularidad y tener la aprobación y apoyo de las autoridades del imperio romano.

El candelabro de oro data de los tiempos en que Israel anduvo en el desierto tras salir de Egipto. Moisés recibió el diseño del mismo junto con el del resto del tabernáculo, la primera vez que subió al monte Sinaí por cuarenta días.

Debía ser de oro puro, todo de una sola pieza y labrado a martillo. Al igual que el que vio Zacarías, tenía siete lámparas, las que debían alumbrar siempre hacia adelante.

Es curioso que mientras que para la mesa, el altar, el arca y el propiciatorio, Moisés recibió medidas concretas y precisas, para el candelabro no se consigna ninguna. Sólo se dice que se lo debía hacer de un talento de oro fino, estimándose el talento en unos treinta y cuatro kilogramos.

Una de las lámparas estaba colocada sobre la caña central, y las otras seis, tres de cada lado, sobre cada uno de los brazos laterales.

Como es de dominio general, el número siete en las Escrituras denota algo perfecto y completo. En su aplicación simbólica a la iglesia, podemos ver las diferentes facetas del ministerio en su expresión completa y perfecta, trascendiendo claro está, el número siete como cifra absoluta.

El hecho de que había igual número de brazos laterales de un lado que del otro, nos habla sobre todo del equilibrio que debe haber.

Así por ejemplo, el evangelismo, buscando ganar nuevas almas, debe ir acompañado de un discipulado y una enseñanza acorde, con el fin de consolidarlas y potenciarlas, dándoles buenas bases para poder servir adecuadamente.

Los dones del Espíritu por su parte, sustentados por el fruto del Espíritu, para darles validez y consistencia.

Igualmente el lugar de la palabra debe estar paralelo al de la oración, así como el de la alabanza lo debe estar al de la adoración.

La generosidad en la economía, enfocada hacia las necesidades internas, pero también a las de otras partes de la iglesia, particularmente las misiones.

Los ministerios básicos (apostólico, profético, evangelístico, pastoral y de enseñanza) – aunque sin necesidad de ostentación de títulos – funcionando debidamente, pero también dejando un margen para el ministerio de cada miembro del cuerpo en las ocasiones de reuniones de iglesia, como la que Pablo señala en 1ª. Corintios 14:26. Esto, que en muchas partes es prácticamente desconocido,

resulta necesario y muy aconsejable para el desarrollo de todos los miembros, y para que vayan surgiendo nuevos ministerios.

El amor fluyendo como fuerza latente que conserva la unidad y armonía de la congregación.

La santidad, asimismo, como el sello distintivo de la iglesia, pero sin que esté exenta de la debida compasión y misericordia para con los que llegan del mundo, muchos de los cuales podrán venir manchados y en harapos.

La fe y el espíritu guerrero, correctamente entendido este último, equilibrados adecuadamente con una humildad y mansedumbre no fingida.

Toda la parte espiritual del ministerio, también complementada debidamente con el cuidado práctico los unos de los otros, para casos de necesidad material, enfermedad, etc.

El pastoreo y cuidado de ancianos, viudas y viudos por una parte, y la ministración a los jóvenes por la otra. En esto se debe cuidar que ni los unos ni los otros se vuelvan en un ente autónomo o aun independiente, separado del resto de la iglesia.

Restauración de hermanos espiritualmente maltrechos o en decadencia espiritual, a la vez que preparación de los que sienten un llamado a servir en forma activa.

Lo que antecede, sin cubrirlo todo, nos da, no obstante, un panorama bastante completo.

Ahora bien, cualquier lector podrá pensar que todo esto es una verdadera utopía, y que rarisísimamente se ha de encontrar una iglesia que funcione en forma viva y fresca, desarrollando toda esa gama de ministraciones. Sin embargo, en muchas partes las hay, aun cuando no abarquen absolutamente todo lo que hemos puesto.

Pero vayamos por partes. Si miramos con atención en el libro de Los Hechos, veremos que se nos presentan dos modelos que estimamos estarían más o menos a la altura de lo que acabamos de delinear: la iglesia judía de Jerusalén, nacida el día de Pentecostés, y de la cual se nos habla en detalle en los capítulos iniciales del libro, y la gentil de Antioquía de Siria, nacida unos años más tarde.

Ambas tenían una rica abundancia de virtudes, contando también con pluralidad y diversidad de ministerios.

De las demás, quizá la única que se les podría aproximar en estatura y calibre sería la de los Efesios, aunque sin alcanzar a igualarlas.

Las restantes iglesias, tanto judías como gentiles, por lo que sabemos no llegaban a esos niveles de amplitud y riqueza de recursos, y tenían una dependencia sana y correcta de ministerios translocales que, o bien las habían fundado, o se habían relacionado posteriormente con ellas para sobreedificar.

A esta altura, hacemos un importante paréntesis para señalar algo que ya consignamos *en parte* en el capítulo XI, página 128 de nuestro libro "Hora de Volver a Dios".

En efecto: volviendo al pasaje de Zacarías 4, encontramos que después de haber visto el candelero de oro, el profeta preguntó:

"¿Que es esto, señor mío?", siguiendo el texto con estas palabras:

"Y el ángel que hablaba conmigo respondió y me dijo: ¿No sabes qué es esto? Y dije: No, señor mío."

Entonces respondió y me habló diciendo: Ésta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." (4:4-6)

Esta última parte, que tantas veces se predica, se canta y se repite, no puede sin embargo usarse en forma arbitraria y para cada situación que se presente. En el texto citado tiene un antecedente muy claro y del cual dependía: el candelero todo de oro con sus siete lámparas y los dos olivos, uno a la derecha y el otro a la izquierda del depósito que estaba encima.

Estos dos olivos que vertían de sí aceite como oro, eran los dos ungidos que estaban delante del Señor de toda la tierra – a nuestro entender, Zorobabel y Josué, el sumo sacerdote. (4:12-14)

Es decir, que para que ese actuar poderoso del Espíritu de Dios se pudiese cristalizar, reduciendo el gran monte de oposición a llanura y llevando a buen fin la reedificación del templo, hacía falta un requisito. Y el mismo no era otro que el candelero todo de oro en la plenitud de su acepción y función para ese entonces.

En esto hay un paralelo muy importante con el Nuevo Testamento. En él, como ya dijimos, tenemos dos iglesias modelos: la de Jerusalén y la de Antioquía de Siria. Al funcionar en la plenitud representada por el candelero todo de oro, se creaba el vehículo adecuado e ideal para que el poder del Espíritu Santo pudiese manifestarse en forma inequívoca, y el evangelio se pudiese propagar por doquier con autoridad y poder.

Tanto de Jerusalén como de Antioquía salían los enviados del Señor (aunque más tarde de otros lugares también lo hacían) y ése era el orden claramente establecido por Dios para que la manifestación de Su poder y gloria pudiese llevarse a cabo.

Es verdad que a lo largo de la historia, tanto antes como después de la venida de Cristo, ha habido muchas y grandes visitaciones de Dios. Algunas han sido en tierra virgen, es decir donde todavía no se había establecido un testimonio del evangelio, y para hablar con propiedad se las debería llamar *despertamientos* espirituales.

Otras han venido como consecuencia de que las iglesias se encontraban en un estado de gran decadencia y aun de muerte espiritual. De esta manera, al cerrársele el paso en ellas a la vida y el poder del Espíritu, Éste ha irrumpido en otras partes y en otros hombres y mujeres, seguramente mejor dispuestos para el reino de Dios.

Es decir, que han resultado, bajo la soberanía de Dios, como respuestas a la necesidad creada por la bancarrota espiritual en que estaban las iglesias, pero que no responden al ideal que nos presenta el Nuevo Testamento. Este ideal, como ya dijimos, es el de iglesias modelos como Jerusalén y Antioquía, que como candelabros todo de oro, llenaban en el primer siglo el requisito idóneo para posibilitar la acción poderosa del Espíritu Santo.

Naturalmente que no se nos pasa por alto que al Señor en ninguna manera se lo puede encasillar, para que funcione de una forma única y determinada, ni nada por el estilo.

No obstante, dado que a veces (#) se llega a tomar el avivamiento casi como una obsesión que absorbe totalmente, y a menudo conduce a un enfoque futurista - en vez de centrarse en la realidad del presente - consideramos oportuno formular unas conclusiones y recomendaciones sobre todo esto.

La primera es que nuestra principal prioridad debe ser ceñirnos a obedecer las muchas exhortaciones de las Sagradas Escrituras. Las mismas no van en la línea de centrarnos y apasionarnos con el tema del avivamiento, debiendo notarse que esta palabra - tan en boga en casi todas partes de la iglesia - no aparece ni una sola vez en el Nuevo Testamento.

La tónica general, clarísima e indiscutible, es que vivamos en total transparencia, buscando la plena voluntad de Dios para nuestra vida, tanto a nivel personal, como en el ámbito de la iglesia en la cual Él nos ha ubicado.

La segunda es que, por nuestra conducta y aportación, contribuyamos todos a que dentro de la iglesia misma surjan verdaderos *candelabros todo de oro*, que faciliten al Espíritu Santo el requisito que ya hemos señalado para poder desplegar todo Su poder, tal como sucedió en Jerusalén y Antioquía en los albores, y como ha sucedido muchas veces desde entonces en el curso de los siglos.

En este sentido, debemos tener muy en cuenta que la malvada estrategia del enemigo se centra fuertemente en atacar iglesias pujantes y florecientes, buscando siempre mancharlas, introduciendo el pecado en sus filas, o bien enfriarlas en el amor, o de lo contrario, intentando por todos los medios posibles provocar desavenencias y divisiones.

Él sabe muy bien que si logra por lo menos uno de esos tres objetivos, el oro del candelabro quedará ennegrecido, y el requisito idóneo para la manifestación del poder y la gracia del Espíritu quedará frustrado y trunco.

En su trayectoria bastante extensa, el autor ha vivido y atravesado diferentes etapas. En efecto, a poco de recibir una fuerte renovación del Espíritu Santo en su vida, hace ya casi cuarenta y cinco años, por un tiempo, junto con su esposa y otros hermanos allegados, centró su oración, casi exclusivamente, en el avivamiento, como lo siguen haciendo algunos hoy día.

Sin embargo, después de un buen tiempo, comenzó a advertir que había algo más bien ilusorio e irreal que lo desviaba de la realidad del presente.

En Su gran bondad, a esas alturas el Señor lo trasladó con su familia al Noroeste de Inglaterra, y allí, codo a codo con preciosos hermanos y hermanas que el Señor había llamado a la ciudad de Liverpool, y también a solas con Dios, tuvo valiosas experiencias y aprendió importantes lecciones. Aun cuando tenía un buen bagaje de conocimientos y experiencias anteriores, todo esto lo fue enriqueciendo y ubicando en un nivel más maduro y sólido, permitiéndole además eliminar una buena dosis de paja y retener el grano limpio y puro.

(#) Hemos subrayado en cursiva a veces, porque tenemos bien presente que hay quienes, buscando con ahinco en oración el avivamiento, no dejan por eso de mantener su enfoque debidamente ubicado en cuanto a su relación personal con el Señor y en la esfera de su iglesia.

Al mismo tiempo, en esa obra que surgió entonces, a partir del año 1964, el Señor levantó un testimonio que, sin abarcar todas las facetas que hemos

enumerado previamente, constituyó, no obstante, un verdadero candelabro de oro, que irradió una luz muy pura y brillante en Liverpool. Más tarde la misma se propagó a muchas otras partes, con ministerios que hoy día están sirviendo en varios otros países.

Enviado desde ese lugar, partió junto con su esposa para España, donde con algunos intervalos residieron por espacio de poco más de diez años, además de otros cinco en la Argentina, y antes de eso siete en el Norte de Gales.

Actualmente se encuentra muy felizmente integrado en la congregación denominada Earley Christian Fellowship, en Reading, cerca de Londres. La misma tiene como lema *“Una Casa de Oración para todas las Naciones”*.

Si bien tampoco reúne todas las facetas que serían de desear, ha sido y es un candelabro de oro, del cual han salido y siguen saliendo ministerios a otros países. Asimismo, llegan y visitan al mismo otros ministerios, algunos de paso y otros para integrarse y engrosar las filas.

Pertenecer a esta congregación, de la cual sale a menudo en sus viajes al extranjero, con el apoyo espiritual y la oración de los hermanos, le resulta de muchísima fortaleza y bendición. Al mismo tiempo, anhela y busca junto con ellos un ensanchamiento en vertical y horizontal, para que la luz del candelabro brille con más fuerza y fulgor.

Al hablar de iglesias bien dotadas y con pluralidad y variedad de dones y ministerios, de ninguna manera tenemos en poco a consiervos nobles y esforzados que trabajan, ya sea en lugares distantes, o en iglesias pequeñas y de pocos recursos, y mayormente aisladas de las grandes ciudades.

De hecho, parte de nuestra labor a través de los años ha sido y sigue siendo apoyar a algunas de ellas, reconociendo que las circunstancias y la providencia divina han querido que sean así.

Tenemos también como antecedentes en el Nuevo Testamento, entre otras, la iglesia de Hierápolis, la que estaba en casa de Ninfas (Colosenses 4:13 y 15), la que se reunía en casa de Filemón (Filemón 2), y la de la casa de Aquila y Priscila en Roma. (Romanos 16:3-5)

Pablo a todas ellas las reconocía como iglesias, y por cierto que nos las despreciaba, ni las conceptuaba de baja categoría ni inferiores por su escaso número de miembros, ministerios o recursos.

En conclusión: en esta dispensación actual el programa y vehículo para la manifestación de la gloria y el poder de Dios es la iglesia – representada en nuestro contexto por el candelabro todo de oro - y la cual, con sus millares y millares de congregaciones o asambleas diseminadas por el mundo entero, constituye la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo. (Efesios 1:23)

Esta plenitud absoluta de la iglesia en el programa de Dios, lo abarca todo y, funcionando debidamente, hace innecesario cualquier otro agregado o complemento.

Nuestra visión y esfuerzos deben centrarse en ella, como así también – como ya se ha dicho - en la obediencia a todas las exhortaciones que nos hacen las Escrituras para nuestra vida a nivel personal. Y si hemos de buscar a Dios expresamente para que derrame lo que suele llamarse un avivamiento, que lo hagamos sin que de ninguna manera esto nos obsesione y absorba, al punto de desatender la necesidad de vivir ahora, en el presente, en la realidad de la plena voluntad de Dios. Y esto supone andar ordenadamente y servir con lo mejor de nuestras fuerzas en nuestra iglesia, y en la parcela de labores que nos ha sido asignada.

----- () -----

CAPÍTULO XIII – Preguntas a través de Pablo en Romanos.-

Al tratar los temas de la plomada y el candelabro todo de oro, aunque partiendo del profeta menor Zacarías, nos hemos trasladado a lo que es sin duda el terreno del Nuevo Testamento.

Ahora entramos en él con pie firme, comenzando con algunas de las muchas preguntas que nos vienen, de parte de Dios, a través de la pluma tan inspirada y excelente del apóstol Pablo.

A él le fue dado el privilegio de escribir más páginas del Nuevo Testamento que a ningún otro. Son un legado precioso para todos los santos de todos los tiempos, y para dejárnoslo tuvo que pagar el alto precio de hacerlo en muchos casos desde la cárcel.

En la epístola a los Romanos, mayormente en los primeros cuatro capítulos, y en varias otras también, vemos que él formula un buen número de preguntas. Las mismas tienen el propósito de que uno se detenga a razonar y recapacitar, y no lea de corrido, sin prestar la debida atención a todo lo que está leyendo.

Casi siempre, a continuación de la pregunta, él mismo da la respuesta, continuando con el hilo de su exposición, de forma tal que resulta fácil e interesante seguirlo en lo que nos está diciendo.

Éste es un recurso sencillo pero útil y eficaz del verdadero maestro, que no busca el alarde de la retórica brillante, sino que la enseñanza que imparte venga con claridad y una hilación ordenada que facilite su comprensión a todos.

En ese sentido, debemos recordar que Dios no sólo lo levantó como predicador y apóstol, sino también como maestro, en fe y verdad. (1ª. Timoteo 2:7)

Tomemos, pues, algunas de sus preguntas en el orden en que se nos van presentando.

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”
(Romanos 2:4)

Unos años antes de escribir la carta a los romanos, predicando en Atenas, Pablo afirmó:

“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.” (Los Hechos 17:30)

En los dos versículos que hemos consignado, Pablo menciona la ignorancia. En el de Los Hechos, en razón de no conocer ni honrar al Dios único y verdadero, y en cambio honrar al que ellos – los atenienses - llamaban el dios no conocido.

En el de Romanos en que estamos, por no comprender que la insistencia de Dios en que nos arrepintamos está motivada por Su gran bondad, que desea y busca nuestro bien.

Efectivamente, muchas veces se puede pensar, o bien que es un Dios legalista y demasiado estricto, o que, al urgirnos a que dejemos algo que estamos haciendo, nos está queriendo privar de algo bueno, o que, por lo menos, nos gusta.

Debemos notar que este razonamiento es precisamente lo que se encontraba latente en las palabras de la serpiente a Eva en Génesis 3:5:

“...sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.”

No es meramente un razonamiento equivocado, y en aquella ocasión llevaba toda la ponzoña infernal de la serpiente, que daba a entender no sólo que Dios estaba mintiendo a Adán y Eva, sino que también los estaba engañando, al privarlos de algo muy bueno y favorable para ellos.

La ignorancia a que se refiere Pablo en la pregunta en que estamos, proviene en realidad de un desconocimiento total de la esencia y el carácter de Dios. Se piensa que Él es muy severo, y hasta cruel, y como consecuencia de esa ignorancia y esa comprensión tan equivocada, se desprecian la bondad, paciencia y longanimidad con que nos está tratando, al llamarnos repetida e insistentemente, al arrepentimiento.

De esto último, como hemos hablado con mucha amplitud en obras anteriores, sólo diremos en forma muy resumida, que consiste en un reconocimiento franco y sincero, y sin justificativos ni atenuantes, del mal que hemos estado haciendo, y en dar un giro de ciento ochenta grados en sentido contrario, para no reincidir, sino darnos de lleno al bien y a las virtudes contrarias a ese mal anterior.

Lo que nos tiene que ayudar es saber, en primer lugar, que Dios nos ama de verdad, y con un amor muy sabio, que sólo busca nuestro más alto bien. Al advertir que un cierto mal a que nos estamos dando nos resultará muy perjudicial, con solicitud, paciencia y bondad nos manda señales de alarma, llamadas de atención, a veces “tirones de orejas” y en otros casos, hasta fuertes castigos que nos sirvan de escarmiento.

Todo eso lo hace, preocupado por nosotros y con mucho deseo de que vayamos por buen camino, y no por sendas escabrosas y llenas de graves peligros.

Al comprender bien esto, cada reprección Suya, en vez de verla como algo desagradable y frustrante, la pasamos a comprender como una nueva muestra de Su gran amor y paciencia para con nosotros.

¿Verdad hermano, que sería muy malo para nosotros que, al ver que estamos incurriendo en una falta o pecado, que de seguir en él nos habría de hacer mucho daño, Él se callase y no nos dijese nada?

Su amor no sería tan puro y perfecto como verdaderamente lo es. De modo, pues, que valoremos tiernamente esas grandes riquezas de Su benignidad, paciencia y longanimidad, que buscan guiarnos al arrepentimiento.

Recuerda que Jesús mismo nos ha dicho:

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé ,pues, celoso, y arrepíentete.”
(Apocalipsis 3:19)

“¿Qué, pues, diremos? ¿ Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6:1)

La primer pregunta persigue el fin que ya explicamos: hacer una pausa para llamar a la reflexión, antes de seguir con el tema.

La segunda es muy sustanciosa y nos lleva a algo que es a la vez básico y de primordial importancia.

En el capítulo anterior, Pablo acaba de exaltar la eminencia de la gracia divina revelada en la redención que es en Cristo Jesús. La ley justa, santa y buena (Romanos 7:12) con su exigencia rigurosa que ningún ser humano puede satisfacer, pone de manifiesto el pecado en toda su dimensión y abundancia.

Empero, la grandeza de esa gracia divina va mucho más allá y se manifiesta en una forma superlativa que sobrepasa toda la magnitud del pecado.

Y entonces plantea la pregunta: Por lo tanto ¿hemos de continuar pecando más y más, para que esa gracia crezca y alcance proporciones todavía mayores?

Él mismo nos da la respuesta, inmediata y categórica:

“En ninguna manera.”

Es claro que esto es algo tan evidente, que nadie estará en desacuerdo: sería impensable pecar y pecar más cada vez, con el fin de poder ver más y mayores expresiones de esa gracia. Resultaría grotesco y una crasa incompreensión del por qué y para qué de la gracia de Dios.

Con todo, puede y aun suele en algunas oportunidades, presentarse una sutil variante de este error, no tan grotesca, pero que por cierto no sólo resulta errónea, sino también muy peligrosa. Partiendo del punto en que los creyentes, como seres humanos, somos muy falibles y proclives a incurrir en errores y faltas, se da por sentado que es más o menos inevitable que pequemos a diario. Y por pensarse así – que es prácticamente inevitable – hay que aceptarlo casi como una norma, y, tristemente, no preocuparnos mayormente, pues la gracia es tan grande que siempre estará esperando sonriente y dispuesta a pasarlo por alto y perdonar.

Hace muchos años, quien esto escribe, creía y sostenía que esto constituía un sobreénfasis de la gracia. No obstante, hace ya varias décadas que ha comprendido que más que eso, es una grave aberración, proveniente de una falta total de comprensión de lo que es la verdadera gracia.

Esa postura lleva claramente a aprobar el pecado y la reincidencia cotidiana en él, y si la acepta y la abraza, uno queda condenado a esa condición denigrante y ruin de ser esclavo del pecado. Como bien lo sabemos, Jesús declaró que *“si el Hijo os libertare (precisamente de la esclavitud del pecado) seréis verdaderamente libres.”* (Juan 8:36)

La gracia tiene una meta mucho más alta para nosotros, que meramente acordarnos el perdón de pecados, y es la de levantar y dignificar nuestras vidas con la hermosura de la santidad.

Pablo refuta esa postura con los argumentos categóricos de que, los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en Su muerte – que hemos muerto al pecado ¿cómo hemos de vivir aún en él? Y que somos sepultados con él para muerte por el bautismo, a fin de resucitar con Él y andar en novedad de vida.

Todo esto es de fundamental importancia y una de las muchas glorias de la cruz de Cristo, que ya hemos tratado con bastante detalle en dos obras anteriores (“Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, capítulo VII y “Hora de Volver a Dios”, 2ª. Parte, capítulo IX, apartado p).

Aquí, ciñéndonos al tema de *la gracia* en contraposición al pecado, tomamos otro agregado muy importante y que se encuentra en el mismo capítulo 6 de Romanos:

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” (6:14)

La ley nos señala lo que debemos ser y hacer, pero no nos facilita los medios ni recursos para ello. Gloriosamente, la gracia sí nos capacita totalmente, de manera que el señorío del pecado se termina, y pasamos a vivir en la gloriosa libertad con que Cristo nos ha hecho libres.

Esto no es pensarnos infalibles, intocables o que ya nunca más hemos de pecar. Cuando accidental o excepcionalmente esto suceda, tenemos un abogado para con el Padre – Jesucristo el Justo. (1ª. de Juan 2:1) Pero el pecado, como una constante que nos domina y nos mancha y contamina a diario – eso es algo que debemos desechar de plano.

Por otra parte, si aceptásemos esto último, prácticamente le quitaríamos validez a la promesa de que Él ha venido para que tengamos vida, y para que la tengamos en abundancia. (Juan 10:10)

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquél a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? (Romanos 6:16)

Jesús nos dijo en Mateo 6:24 que ninguno puede servir a dos señores, pues estimará al uno y menospreciará al otro.

Eso es una verdad comprobadísima, pero también es cierto que no podemos vivir sin servir a ningún señor. Tenemos necesariamente que servir a uno.

En una oportunidad, hace unos buenos años, estábamos tomando como ejemplo en lo natural, la posibilidad de que uno no pueda situarse en cuanto a la ley de la gravedad en una posición neutral entre nuestro planeta y otro – el más cercano – para así quedar suspendidos e independientes de ambos.

Alguien que parecía bien versado nos señaló en aquella misma ocasión que, por lo menos en teoría, eso sí que es posible.

Nos quedamos con la pregunta – como algo de interés – si ese punto de absoluta neutralidad podía establecerse con exactitud, y dónde estaría.

En lo moral y espiritual, que no nos quepa ninguna duda: no existe tal punto de neutralidad.

Recordamos el caso de un joven que, criado en las cosas de Dios desde la tierna infancia, al entrar en la adolescencia manifestó que no quería seguir ni servir al Señor.

Se le advirtió entonces que estaba optando por un camino peligroso, que lo ubicaría en el terreno del diablo. A lo cual el joven razonó más o menos en esta forma:

“No, yo con el diablo no tendré nada que ver – pero con Dios tampoco.”

La misericordia de Dios es muy grande, y a pesar de la mala elección que hizo, merced a las oraciones de sus padres, la mano de Dios ha seguido estando sobre su vida, y hay esperanzas firmes de que ha de volver al redil de la salvación y vida eterna.

Con todo, el punto que estamos ilustrando es que en esta vida, como somos seres creados por un Dios al cual le debemos todo, por muchísimas razones no podemos pronunciarlos como personajes totalmente independientes y autosuficientes, y prescindir de Él. Si lo hacemos, aunque no lo sepamos ni lo entendamos, nos ubicamos en el terreno contrario del enemigo de nuestras almas.

¡No se puede ser neutral!

O bien nos alineamos con la obediencia a Dios - como siervos de Él, o nos ponemos del lado opuesto – siervos del pecado y de Satanás.

Ni qué decir que gustosísimos elegimos la primera opción, encantados de ser siervos de un Dios tan maravilloso, con toda la dignidad y el honor que ello conlleva.

¿Acaso ignoráis, hermanos...que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? (Romanos 7:1)

Después de formularnos esta pregunta, Pablo pasa a desarrollar el tema a que ella da lugar, usando la analogía del matrimonio. La misma nos señala que la mujer casada está ligada por la ley a su marido mientras éste viva. Lo único que puede desligarla de él es la muerte, y si estando el marido todavía en vida ella se uniese a otro hombre, se convertiría en adúltera.

Pasando de esta analogía a nuestra relación con la ley, Pablo nos hace ver que al unimos a Cristo en Su muerte, quedamos librados por esa muerte con Él del señorío o dominio que la ley ejercía sobre nosotros. De esta forma, pasamos a una unión con Cristo, al resucitar con Él y en Él, a fin de llevar fruto para Dios.

En otras palabras, que nuestra unión con Cristo trae un doble resultado. Al identificarnos con Él en Su muerte, morimos a la ley, es decir que pasamos a un estado de separación de ella por viudez. Y paralelamente, al identificarnos con Él en Su resurrección, entramos en una nueva relación, al nacer de nuevo, quedando ahora unidos a Él, el Cristo resucitado.

Esta relación, como claramente nos puntualiza el final del versículo 6 de este mismo capítulo, no corresponde para nada al viejo régimen de la letra, sino al nuevo del espíritu. En él no interviene para nada el dedo recriminatorio y acusador de la ley que nos perseguía continuamente, sin pasarnos por alto ni perdonarnos nada en absoluto.

En cambio, nuestra vida se desenvuelve ahora al impulso del nuevo régimen, llevando el fruto del Espíritu que se describe en Gálatas 5:22 y 23:

“amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.”

¡Con qué acierto concluye diciendo: “*contra tales cosas no hay ley!*”!

Todo el plan y programa de la redención es una pieza maestra del genio divino, en la cual cada componente encaja y se complementa a la perfección con todos los demás.

Este componente particular a que nos ha llevado la pregunta del subtítulo, lo redondeamos de la siguiente forma: a la ley, bajo cuyo dominio hemos estado por años y que ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo, le hemos dado un adiós final y definitivo. Nuestra muerte con Cristo y en Cristo, nos ha llevado a una separación legítima e irrevocable por haber enviudado en cuanto a ella.

Y ahora, entramos en una nueva relación, en la que nada ni nadie nos puede señalar con el dedo condenatorio – unidos con Él en liga hermosa y dichosa, y además, totalmente indisoluble, pues ha de perdurar por toda la eternidad.
¡Como para saltar de alegría y de regocijo!

La formidable andanada final de preguntas.

“¿Qué, pues, diremos a esto?”

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

“El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios?”

“¿Quién es el que condenará?”

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?”

“¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Romanos 8:31-35)

En su maravillosa exposición teológica contenida en la carta a los romanos, Pablo nos ha llevado en forma minuciosa y escalonada hasta el final del capítulo 7. Casi al fin del mismo lanza la desgarradora pregunta:

“¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? (7:24)

Es la culminación del pasaje que se extiende del versículo 7 hasta el final del capítulo. En el mismo las palabras *gracia* y *Espíritu* no aparecen para nada. En cambio, una y otra vez afloran los pronombres personales y adjetivos demostrativos de primera persona en singular: yo, mi, mí, mis...yo, mi, mí, mis...

Es el cuadro desolador del ser humano, que está tratando de enfrentar por sus propios medios y recursos, las exigencias inflexibles e implacables de la ley – todo termina en una debacle y un colapso total.

Pero de inmediato, Pablo entra con pie derecho en el capítulo octavo, y tomando la baza de triunfo de una nueva ley – la del Espíritu de vida en Cristo Jesús – pasa a enunciar una tras otra las gloriosas dichas que nos otorga, y las alturas sublimes a que nos va llevando progresivamente.

A continuación, enumeramos las principales, sin comentarios:

Ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús. (8:1)

Emancipados de la ley del pecado y la muerte. (8:2)

La justicia de la ley ahora se cumple en los que ya no andamos según la carne, sino según el Espíritu. (8:4)

La morada del Espíritu de Dios en nuestra vida. (8:9)

Vivificación de nuestros cuerpos mortales por el mismo Espíritu que mora en nosotros, y que resucitó a Cristo de entre los muertos. (8:11)

Por ese Espíritu hacemos morir las obras de la carne, y así vivimos de verdad y en plenitud. (8:13)

Guiados en el andar cotidiano por el Espíritu de Dios, como prueba de que somos hijos de Dios. (8:14)

Contamos con el testimonio interior e inequívoco del Espíritu de que somos sin lugar a dudas hijos de Dios, con el clamor Abba Padre, que brota de ese Espíritu de adopción, al unísono con nuestro propio espíritu. (8:15-16 –ver también Gálatas 4:6)

Herederos de Dios y coherederos con Cristo, sufriendo en esta vida con Él, por y para Él, con miras a glorias futuras mucho mayores. (8:17-18)

La expectativa grandiosa que tenemos y aguardamos, de la gloriosa libertad de los hijos de Dios – no más cansancio, penas, dolores, enfermedades ni ninguna de las limitaciones o imperfecciones que nos condicionan en la actualidad en nuestro cuerpo de carne y hueso. (8:19-25)

La ayuda inestimable del Espíritu en nuestra oración e intercesión. (8:26-27)

La seguridad de que, amando a Dios como de verdad le amamos, todas las cosas nos ayudan a bien. (8:28)

El fundamento inmovible de saber que Dios nos conoció antes de que existiésemos, y nos predestinó para ser hechos conforme a la imagen de Su Hijo – el eterno y unigénito, pero que ahora ha pasado a ser el primogénito, entre la multitud innumerable de los que somos Sus verdaderos hermanos. (8:29)

Habiéndonos predestinado, también nos llamó; y habiéndonos llamado, nos justificó; y habiéndonos justificado, nos glorificó. (8:30)

En todo esto, la inspiración divina lo ha llevado a Pablo, a presentarnos, peldaño tras peldaño, una escalera majestuosa y sencillamente formidable. De la bajeza del hombre miserable en la debacle de su total impotencia y ruina moral, a la altura sublime de un verdadero hijo de Dios, elevado a la gloria suprema de ser nada menos que un hermano idéntico al personaje más hermoso y glorioso del universo y de la historia - el todo codiciable Hijo de Dios.

Estas cosas tan maravillosas, sólo se pueden ver y entender debidamente, cuando la madurez ha ensanchado nuestro espíritu y nuestra apreciación de los caminos de Dios.

Al escribir Romanos, Pablo está concluyendo su tercer viaje misionero. Su vasta experiencia en todos los aspectos del ministerio ha ido madurando y ampliando su espíritu y visión en un grado superlativo.

Llevado e inspirado por el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de ese Cristo infinito, al cual tanto ha amado, sirviéndole con todas sus fuerzas y con lo mejor de su vida, ahora se encuentra con que, sobre todo en este capítulo octavo que está escribiendo, le han ido brotando, una tras otra, verdades de las más gloriosas y magníficas.

Y como un hombre que, casi diríamos, se encuentra anonadado y hasta perdido entre tanta gloria y grandeza, lo imaginamos tomándose la cabeza y haciendo, también por inspiración divina, la siguiente pregunta:

“¿Qué, pues, diremos a esto?”

De ahí en más, en lo que resta del capítulo, con breves espacios entre una y otra, prorrumpen en una formidable serie de preguntas.

Todas éstas tienen una virtud muy especial: - no se trata aquí de redargüirnos por faltas o pecados, o de corregirnos por alguna desviación. Son preguntas que nos llevan a respuestas claras, lógicas e inmediatas. Y son, además, preguntas que, más que alentarnos y consolarnos con sus respuestas, nos imparten tal grado de seguridad y confianza, que si las comprendemos y absorbemos en toda su magnitud, nos han de levantar a un nivel de fe, esperanza y certeza mucho más elevado de lo que jamás hayamos conocido.

Empecemos por la que sigue inmediatamente a la ya citada:

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

El poderoso Gigante de la Eternidad, con Su omnipotencia absoluta e invencible, está a favor nuestro y en contra de todos los enemigos que se levantan contra nosotros.

Por más que rujan y nos muestren sus dientes y sus garras feroces, cobijados humilde pero firmemente en nuestro Dios, somos intocables para ellos. Con tal que nos guardemos celosamente de todo lo que sea falso, sucio o torcido, todos sus intentos se desvanecerán al estrellarse contra el escudo impenetrable que nos rodea y protege.

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (8:32)

En la persona de Su propio Hijo, eterno y unigénito, Dios nos ha dado sin lugar a dudas lo más hermoso y preciado que Él tenía. Lo hizo en demostración acabada y totalmente convincente de cuánto nos ama.

Eso era lo que Jesús quería decir cuando le afirmó a Nicodemo en Juan 3:16

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito...”

Es decir, lo más querido y amado – lo más precioso y hermoso que tenía – eso lo dio como prueba y prenda de Su amor indecible para con nosotros.

Y razonando con la lógica más sencilla y contundente, Pablo nos pregunta cómo no nos dará entonces todas las cosas – todo lo demás.

Acaso habiendo dado a Su Hijo amado, ¿podrá retacearnos los medios materiales que necesitamos para vivir digna y decorosamente delante de Él? ¿O será que no está dispuesto a comunicarnos la gracia que necesitamos cada día para hacer Su perfecta voluntad?

¿O podrá ser que se sienta remiso a protegernos de todo mal? ¿O no querrá guiarnos día a día y alertarnos de cualquier peligro que se cierna sobre nosotros?

¿Considerará que al tratarnos con tanto amor y benevolencia por unos buenos años, ya es suficiente o demasiado, y nos dejará librados a nuestras propias fuerzas y posibilidades en la etapa final de nuestra vida?

Estas cosas que hemos enumerado, sólo son una pequeña parte de ese infinito que abarca la frase **“todas las cosas”** con que Pablo lo engloba todo, absolutamente todo – tanto para esta vida, como para la eternidad.

Caro y amado lector, que estás preocupado y afanoso por el mañana y lo que te podrá faltar o acontecer, ya sea en lo económico y material, como en cualquier otro terreno de tu vida cotidiana - deja que esta pregunta que te hace el Señor a través de la pluma de Pablo, sea la almohada suave y comodísima, hecha a medida para ti. Entierra en ella tu cabeza y tu mente turbada. Diles un adiós final a la ansiedad y el afán, y descansa y duerme como un lirón a la sombra de semejante Dios, y del inmenso amor que tiene para contigo.

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” (8:33)

Pablo no se detiene, sino que sin hacer la menor pausa, de inmediato, en el versículo siguiente, plantea esta otra tremenda pregunta.

A los que Dios ha querido y decidido escoger para sí ¿quién se atreverá a acusarlos, recriminarlos, enjuiciarlos o condenarlos?

En seguida afirma en respuesta y con el mayor hincapié: es Dios, como Juez Supremo, y ningún otro, el que justifica.

Y para desarrollar el tema en forma más completa, en seguida hace una nueva pregunta, paralela a la anterior:

“¿Quién es el que condenará?” (8:34)

Y esto le da campo de acción para agregar al lugar y rol preponderante del Dios Padre, el igualmente determinante y definitivo del Hijo Redentor.

Él es el que murió por todos nosotros – el que se levantó triunfante de entre los muertos – el que ha ascendido y está a la diestra de Dios, y que como intercesor nuestro, aboga nuestra causa presentando las evidencias más terminantes y absolutas que garantizan nuestra total absolución: las cicatrices del Calvario en Sus manos, Sus pies y Su costado, y la sangre del pacto eterno derramada a favor nuestro. (ver Hebreos 7:25; 12:24; 10:5-14 y 13:20-21)

Ya lo dijo al principio del capítulo:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.” (8:1)

Y ahora lo reafirma y rubrica, haciéndonos entender con toda claridad el fundamento doble, firmísimo e inmovible, sobre el cual descansa:

No se trata de un juez en lo civil y penal, ni de un tribunal o una corte de justicia terrenal. Muy por encima de todos ellos, Dios, como el Juez Supremo, nos otorga la justicia perfecta de Cristo y así nos justifica y absuelve de toda culpa.

Y asimismo el Cristo crucificado, resucitado, ascendido y glorificado, como nuestro Abogado Defensor, sustenta y apoya nuestra causa.

Si a alguien no le gusta, o está en desacuerdo ¡que se entienda con ellos!

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (8:35)

Con estas dos preguntas se completa la serie de siete. Llevado por la inspiración cada vez más rica del Espíritu, Pablo nos transporta ahora a un maravilloso clímax en una de las cumbres más gloriosas.

Es claro que al mencionar todas esas contrariedades y dificultades, lo hace con la autoridad y el peso de quien ha pasado las mil y una en sus épicos viajes misioneros, el tercero de los cuales, como ya dijimos, está próximo a concluir al escribir esta epístola.

En todas ellas, vez tras vez había comprobado que el amor de Cristo nunca lo abandonaba, sino que por el contrario, lo seguía, rodeaba y envolvía con sus maravillosos consuelos, levantándolo una y otra vez por encima de todo con Su poder invencible y victorioso.

Así, con pleno conocimiento y experiencia de causa, podía afirmar que ninguna de esas cosas nos podrá separar del amor de Cristo.

En su caso particular – y los de tantos otros héroes que han sufrido persecución y aun torturas y el martirio – podía citar el Salmo 44:22:

“...por causa de ti nos matan cada día;

Somos contados como ovejas para el matadero.” - después de lo cual añade con fe absoluta y triunfante:

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquél que nos amó.” (8:37)

Los que somos débiles, frágiles, e impotentes, y que librados a nuestras propias fuerzas llevaríamos todas las de perder, para terminar en un naufragio seguro, nos levantamos en Su poder y en Su gracia, para abrimos paso en medio de todo lo que es contrario y hostil, hasta llegar triunfantes a la más alta meta que Él nos tiene fijada.

¡Más que vencedores, por ese amor superlativo y supremo con que Cristo Jesús nos ha amado!

Pero no conforme con todo esto, Pablo continúa su marcha ascendente expresando que está persuadido, es decir totalmente convencido y seguro, que de ese amor nada nos podrá separar jamás.

Y se despacha con un listado impresionante de cosas que podrían, hipotéticamente, servir para ese fin de separarnos del amor divino, afirmando que ninguna de ellas lo ha de lograr de manera alguna:

la muerte – la vida – ángeles – principados – potestades – lo presente – lo por venir – lo alto – lo profundo – ni ninguna otra cosa creada.

Aquí queremos introducir una nota de sobriedad y cautela, puntualizando que en esta lista sabiamente se omite el pecado.

No es nuestro propósito, ni sería sabio, entrar de modo alguno en el berenjenal de la controversia calvinista arminiana. Pero sí señalamos que de haber incluido Pablo el pecado, ello se prestaría como un arma formidable para el archienañador,

enemigo declarado de nuestra alma, quien la usaría con toda sutileza y virulencia para atrapar a muchos incautos.

Por otra parte, todo el pasaje se refiere a los escogidos de Dios, que en reciprocidad a esa elección, han elegido a Dios y a Cristo como el amor y la meta más alta de sus vidas.

Esa elección del Dios Padre y de Cristo, presupone un rechazo total y absoluto del pecado, como una fuerza diabólica totalmente opuesta.

Notemos también, en otro orden de cosas, que tanto en el aspecto de que nadie podrá condenarnos (8:33-34), como en el de que nada nos podrá separar del amor divino, (8:35-39), Pablo hilvana y entrelaza el obrar de Dios el Padre y el de Cristo, muy consciente de que, junto con el Espíritu Santo de Dios, se mueven y actúan totalmente al unísono.

“¿Quién acusará...? Dios es el que justifica. (8:33)

“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió... (8:34)

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? (8:35)

“...estoy seguro que...ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (8:39)

En resumidas cuentas, que en todo este pasaje hay muchísimo que masticar y rumiar. Si lo haces de verdad y sin ninguna prisa, de seguro que podrás absorber vitaminas potentes y altamente concentradas, como así también calcio, hierro, fósforo y muchas otras sustancias que serán muy fortificantes para tu organismo espiritual y aun para tu salud física.

Con oración y con el corazón plenamente abierto al Espíritu de Dios, repasa detenidamente cada verdad que has leído. Aprópiala como parte de la herencia que te pertenece como hijo y escogido de Dios, y vive de aquí en adelante en una nueva dimensión de fe, seguridad y confianza. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO XIV – TRES PREGUNTAS SOBRE EL ESPIRITU SANTO

1) “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Los Hechos 19:2)

Somos muy conscientes de que esta pregunta, fue formulada por Pablo a discípulos que sólo habían llegado a bautizarse en el bautismo de Juan para arrepentimiento, sin haber alcanzado la conversión por la fe en el Señor Jesús.

Su respuesta – “*Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*” – hace ver con claridad lo totalmente incompleto del conocimiento y la experiencia que habían tenido. Lo más probable es que hayan sido discípulos de Apolos, que estando en Éfeso, había predicado con mucho fervor, pero sin conocer más que el bautismo de Juan.

Como sabemos, Aquila y Priscila lo tomaron aparte y le impartieron la verdad del evangelio en forma más acabada, y poco después partió para la región de Acaya, y ministró entre los corintios en forma muy provechosa para ellos.

Volviendo ahora a la pregunta, notemos cómo Pablo, al llegar a Éfeso, en forma inmediata por lo que se puede ver, les hizo esa pregunta, notando en seguida la falta del Espíritu Santo en sus vidas.

En Los Hechos 8 leemos de la llegada del evangelio a Samaria por intermedio de Felipe, el que había sido uno de los primeros siete diáconos y que luego pasó a ser evangelista. Allí sin duda había habido una conversión evidente de muchos por la fe en Jesucristo, seguida de sanidades, liberaciones de demonios, gran gozo en la ciudad y el bautismo en agua.

Sin embargo, al llegar Pedro y Juan, comisionados por la iglesia madre de Jerusalén, bien pronto también notaron que esos creyentes no habían recibido el Espíritu Santo, y pasaron a imponerles las manos para que lo recibiesen.

“...los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos...” (Los Hechos 8:15-16)

No queremos tomar esta experiencia de los creyentes en Samaria como normativa. Más bien nos inclinamos por la postura de que en la enseñanza de las epístolas, una vez asentado el polvo de la diversidad de experiencias que hallamos en Los Hechos, se da por sentado que todo verdadero creyente, renacido por fe en Jesucristo, tiene el Espíritu Santo.

No obstante, en el terreno práctico de la experiencia personal de cada uno, hemos de admitir que en muchísimos casos, la evidencia de la presencia del Espíritu Santo en sus vidas es muy limitada, y a veces virtualmente inexistente. Esto no sólo por lo observado por otros, sino también por la propia confesión de ellos mismos. Algunos hasta afirmarían que lo han creído porque así se les ha enseñado, pero que

en realidad, en el terreno del vivir cotidiano, muy poco o nada saben del Espíritu Santo.

Como es un tema polémico, no queremos encararlo desde el punto de vista doctrinal, sino desde el práctico de la experiencia diaria de un hijo de Dios.

Vista la exhortación que se nos hace en Efesios 5:18b "*sed llenos del Espíritu*", para quien tenga reparos en la pregunta de Pablo en Los Hechos 19:2 por considerar que como creyente renacido e hijo de Dios, ya tiene el Espíritu Santo, podemos plantear estas dos preguntas:

¿Cuándo, por primera vez, fue Ud. conscientemente lleno del Espíritu Santo?

¿Está Ud. renovándose en esa plenitud o llenura desde entonces?

Y sin lugar a dudas, aquí es donde muchos han de responder con toda franqueza, que ni lo uno ni lo otro - lo cual de por sí debería inducirlos a buscar con diligencia esa plenitud.

¿Cómo hacerlo?

Desde luego que con oración y con la lectura y el estudio consecuente de la palabra, sobre todo en los pasajes del Nuevo Testamento que aportan sobre el tema. Consignamos aquí algunas consideraciones y comentarios que pueden ser de ayuda y orientación en ese sentido.

Creemos que donde muchos han errado en esto es en el aspecto de encasillar las cosas en un orden rígido y determinado, generalmente basándose en la experiencia que ellos han tenido, y para la cual encuentran uno o más versículos que la respaldan.

Tanto los casos concretos que se nos dan en el libro de Los Hechos, como la historia posterior de muchos siervos de Dios, nos brindan una gran variedad de formas en que el Espíritu Santo ha venido a sus vidas y operado en y a través de ellos.

Esto se debe por lo menos a dos razones clarísimas:

- 1) El Señor conoce con exactitud la idiosincrasia y la necesidad de cada uno de Sus hijos, y de acuerdo con las mismas, dispone la forma precisa en que el Espíritu ha de venir a sus vidas y operar en ellas.
- 2) Él también sabe el propósito que tiene para con cada uno de ellos, por lo cual también se encarga, no sólo de darles los dones y la gracia necesaria para ese propósito, sino también de operar en ellos, forjando en sus vidas y caracteres el vaso idóneo, adecuado e indicado, para ese fin.

Nos parece harto evidente que estas dos razones bastan y sobran para excluir y desterrar el concepto, tan estrecho, de un determinado tipo de experiencia como la receta universal para todos.

Miremos brevemente los distintos nombres dados, dentro de la inspiración divina de las Escrituras, para definir el venir del Espíritu Santo a las vidas de los apóstoles, discípulos y convertidos de la iglesia primitiva.

- a) Bautizados con el Espíritu Santo. (Los Hechos 1:5; ver también Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33 y Los Hechos 11:16)
- b) Llenos del Espíritu Santo – la descripción de la experiencia inicial de San Pablo (Los Hechos 9:17; ver también Los Hechos 4:8 y 31; 11:24 y 13:9)
- c) "*Recibiréis el don del Espíritu Santo*" (Los Hechos 2:38, ver también 5:32; 11:17 y 15:8)
- ch) "*El Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían...*" (Los Hechos 10:44)
- d) "*El Espíritu Santo...aún no había descendido sobre ninguno de ellos*" (Los Hechos 8:16)
- e) El don del Espíritu Santo derramado sobre ellos. (Los Hechos 10:45; ver también 2:17 y 18)

Vista esta gran variedad, nos parece muy razonable formular la siguiente conclusión práctica: mucho más que el nombre o rótulo, interesa la experiencia en sí y que sea real y auténtica, y con repercusiones y frutos verdaderos y duraderos. Y si uno ha de ponerle nombre a su experiencia particular, que sepa elegir después, de la lista de seis que hemos consignado, el que mejor refleje lo que ha experimentado.

Es importante que quien busque la plenitud del Espíritu, lo haga con la firme convicción de que es una experiencia claramente avalada por las Escrituras, y que, por lo tanto, es la voluntad de Dios para su vida. Estimamos que las muchas citas consignadas más arriba, le deben disipar cualquier duda que pudiera tener al respecto, y predisponerlo a darse a esa búsqueda con confianza y buen ánimo.

A la base que ya hemos citado, de la oración y el estudio consciente de lo que las Escrituras tienen que decir sobre el tema, debemos agregar la fe.

"*Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?*" (Gálatas 3:2)

Ningún mérito que hayamos podido alcanzar nos vale para esto, sino el creer y saber que es una promesa de Dios que Él está comprometido a cumplir para con cada uno de Sus hijos.

Reforzamos esto con una afirmación y pregunta de Jesús, que elimina toda duda y fortalece nuestra fe sobremanera:

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”
(Lucas 11:13)

No debemos detenernos ante estas dos preguntas, pensando que no se aplican a quien busca la plenitud del Espíritu, por hablarse en ellas de recibir el Espíritu, y pensar que como creyente convertido ya se tiene el Espíritu.

Razonamientos de esta índole sólo pueden hacer tropezar y confundir a quien está buscando la plenitud.

El autor recuerda cómo enfrentó la situación hace muchos años, cuando buscaba esa plenitud. Por una parte se sabía un hijo de Dios, renacido y que tenía el Espíritu. No obstante, sabía con toda certeza que tenía una necesidad de algo más profundo y eficaz en su vida, y que esa necesidad se vinculaba directamente con la persona del Espíritu Santo.

Por lo tanto, se despojó de todo prejuicio o reparo en cuanto al nombre de la experiencia que necesitaba. Sabiendo que estaba apoyado en algo bíblico y acorde con la voluntad de Dios, se dio a ello con ahinco y lo pudo recibir a su debido tiempo.

Mirando las cosas retrospectivamente, esa experiencia ahora la definiría como un nuevo derramamiento del Espíritu Santo en su corazón, que revolucionó su vida y marcó un jalón importantísimo del cual nunca se ha vuelto atrás.

Por otra parte, justo es agregar que a través de los años, ha tenido que seguir renovándose en el Espíritu vez tras vez. En otras palabras, que ese derramamiento le ha resultado algo que ha necesitado repetirse o renovarse, lo cual siempre ha podido alcanzar al buscar al Señor para ello con diligencia y propósito.

No cuenta el autor más detalles ni pormenores de su experiencia en aquella oportunidad, y en ocasiones posteriores en que ha debido renovarse en ese derramamiento, en parte por no extenderse demasiado, pero también porque no desea fijar lo que le aconteció a él, como una pauta que tal vez otros quisieran imitar o buscar para sí.

Si comparamos las experiencias de los siervos de Dios a través de los siglos, nos encontramos con una gran variedad, aun cuando en lo fundamental siempre haya un denominador común.

Como ya hemos dicho, Pentecostés al principio, Samaria en el capítulo 8 de Los Hechos, Saulo de Tarso en el camino a Damasco en el noveno, la casa de Cornelio en el décimo, y Éfeso en el décimo noveno, con lo principal y básico en común, no obstante, en el orden y la forma o la manera, todos muestran grandes diferencias. Y lo mismo sucede si comparamos los siervos que han surgido con posterioridad al primer siglo y hasta el día de hoy.

Por lo tanto, y en conclusión, exhortamos a todo lector insatisfecho en cuanto a su relación con el Señor, y consciente de la falta de una presencia y evidencia más concreta de la virtud del Espíritu Santo en su vida, a que busque la plenitud del Espíritu como algo que por derecho y herencia le corresponde, por ser hijo de Dios y heredero de la promesa.

Y en esa búsqueda, los tres ingredientes principales que habrá de emplear serán los ya señalados, a saber, la oración, la palabra, con las muchas promesas que encierra, y la fe para apropiarse y recibirlas.

2) ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (1ª. Corintios 3:16)

Este versículo, entre muchos otros, da apoyo a lo que manifestamos anteriormente, de que las epístolas – asentado el polvo de la gran diversidad de experiencias que tenemos en Los Hechos – en general dan por sentado que el Espíritu Santo mora en el creyente verdaderamente convertido y renacido.

El relato de Los Hechos nos dice escuetamente que “*muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados.*” (18:8b) Por el capítulo 14 de la primera epístola dirigida a ellos, entendemos que algunos de ellos tenían el don de lenguas, si bien es verdad que eran muy inmaduros en cuanto a su uso, y Pablo tuvo que corregir sus errores y abusos.

Toda la tónica de la epístola nos hace ver lo mucho que dejaban que desear en cuanto a desarrollo y maduración, al punto que Pablo mismo los califica de niños – más precisamente, criaturas en la tierna infancia en el original griego. (3:1)

Esa inmadurez y falta de crecimiento se reflejaba en muchos aspectos prácticos, tales como divisiones, celos, contiendas, inmoralidad por parte de algunos, pleitos de hermanos contra hermanos delante de los incrédulos, etc.

A pesar de que Pablo les había dedicado un buen tiempo para criarlos y educarlos en el camino a seguir, por lo que sabemos constituían una de las iglesias más carnales y conflictivas del Nuevo Testamento.

Sin embargo, con la pregunta en que ahora estamos, Pablo les hace recordar que eran templos de Dios y que el Espíritu de Dios moraba en ellos.

Su andar tan inconsciente y carnal los había insensibilizado espiritualmente, hasta tal punto que parecían ignorar algo tan fundamental e importante: la morada del Espíritu Santo en sus corazones.

Sin embargo, creemos no equivocarnos en afirmar que muchos creyentes, sin necesariamente llegar a los extremos de desorden y carnalidad de los corintios, o bien ignoran la misma verdad, o si la conocen *en teoría*, porque así se les ha enseñado, con su conducta reflejan ignorarla o desconsiderarla casi por completo.

El hecho de que el mismísimo Espíritu Santo de Dios mora en nosotros es tan tremendo, que debería ser más que suficiente para estimularnos a que nos conduzcamos con un sano y saludable temor y temblor en toda nuestra manera de vivir.

Cuando esto no sucede, es señal segura de una gran irresponsabilidad e insensibilidad espiritual. Quien se encuentre en esa triste condición, debería buscar al Señor con toda urgencia, pidiendo le dé un corazón tierno y sensible para tomar conciencia de la morada del Espíritu. Así, podrá comenzar a cambiar y adecuar su vida y conducta de tal forma, que honre y obedezca a ese maravilloso Huésped Celestial, al cual se le ha dado el altísimo privilegio de hospedar.

Quien ha sido lleno del Espíritu y sabe lo que es andar en el Espíritu, pronto empieza a conocerlo como persona – persona que tiene y abriga sentimientos, y que los transmite al corazón del varón o la mujer en quien mora. Y todo esto lo hace para encauzarlo por buen camino, advertirlo de peligros, animarlo a lo que está en la voluntad de Dios, testimoniarle Su aprobación o desaprobación, según el caso, etc.

Veamos algunos de estos aspectos a través del prisma de las Escrituras, con la mira de que se cristalicen en nuestro andar cotidiano.

“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.” (Romanos 8:6)

Cuando nos enfocamos en las cosas espirituales y aquello que es verdaderamente de Dios y edificante, el Espíritu Santo nos infunde vida y paz, es decir, un sentir vivificante que entona nuestro hombre interior y le da serena calma y confianza.

Por el contrario, cuando uno se centra en lo carnal y material, Él retacea y aun retira ese testimonio, y en cambio y de distintas formas, permite que sintamos sus efectos negativos, que acarrearán letargo, y a la postre, muerte espiritual.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.” (Efesios 4:30)

Como persona que es, como ya se ha puntualizado, Él tiene y abriga sentimientos, y transmite Su pesar y tristeza al corazón del que ha desobedecido u optado por algo indigno, o por un camino de mediocridad, pereza o tibieza.

Esta tristeza la comunica como una señal de advertencia de que, en alguna manera, se ha dado un paso en falso, y que es necesario arrepentirse y poner las cosas en su debido lugar.

Esto se vincula directamente con lo que Pablo nos dice en 2ª. Corintios 7:9-11 sobre la tristeza que es según Dios, y los muy saludables efectos que surte si respondemos a ella con un genuino arrepentimiento.

“No apaguéis al Espíritu.” (1ª. Tesalonicenses 5:19)

Esta exhortación no tiene el significado de cuidarnos de no apagar al Espíritu, en el sentido de que quede extinto y nos abandone por completo, como quizá algunos lo podrían interpretar erróneamente, y como el autor pensaba, también equivocadamente, hace muchos años.

Más bien, se ha de entender como relacionado con reuniones u ocasiones en que la gracia del Espíritu está operando y manifestándose, y se debe cuidar de no entorpecerlo o interrumpirlo con intervenciones carnales que siguen los dictados de la mente, y no coinciden con el curso que está siguiendo el Espíritu.

Para aclararlo mejor damos algunos ejemplos ilustrativos.

En cierta ocasión en una iglesia bastante numerosa, siervos espirituales que la estaban visitando, con una ministración acertada de la palabra, llevaron a la iglesia a entrar en un arrepentimiento muy saludable y necesario, dada la situación en que se encontraba la congregación. Esto siguió por dos o tres reuniones, pero en realidad, para alcanzar el punto necesario, hacía falta continuar más todavía en esa línea.

Sin embargo, uno de los ancianos, evidentemente falto de la debida percepción, expresó al comienzo de la siguiente reunión:

“Bueno, ya hemos tenido bastante arrepentimiento – es hora que pasemos al gozo del Señor.”

Con esto demostró claramente que no había comprendido lo que el Señor estaba haciendo, y el resultado de su intervención tan desafortunada fue interrumpirlo, y así impedir que alcanzase su pleno cumplimiento.

También suele acontecer cuando en un punto determinado de una reunión el Espíritu Santo está derramando Su gracia y Su unción. Esto puede ser ya sea en la

alabanza, en la oración, al concluir la exposición de la palabra, o en el compartir de distintos miembros sobre una línea o un tema particular, en el tipo de reunión abierta a que Pablo se refiere en 1ª. Corintios 14:26.

En ocasiones como éstas, algunas veces sucede que – otra vez con falta de tino y discernimiento – se interrumpe o corta, ya sea para hacer anuncios, pedir un himno o una canción que no se acompasa, o bien porque ha corrido el reloj y se quiere terminar a cierta hora.

Como vemos, todo esto se vincula con una insensibilidad que denota que no se palpa ni discierne la presencia y ministración del Espíritu. Puede suceder también a nivel personal y después de un tiempo de verdadera oración en el Espíritu, o de una reunión en la cual Su obrar ha sido claro y evidente. En lugar de mantenerse en una actitud tierna, queda y prudente ante eso que ha sido tan sagrado y bendito, a veces tristemente se pasa a un comentario risueño, un tema de política, actualidad o deporte, o a cualquier observación ajena a lo que ha estado pasando.

En otro contexto estas cosas podrían encajar y tener su debido lugar, pero en situaciones como la que señalamos, lamentablemente no hacen sino entorpecer y apagar el mover del Espíritu.

Hace unos doce años, quien esto escribe se encontraba en una localidad de la provincia de Mendoza, en la República Argentina, en una gira ministerial. Después de prepararse para la predicación, fue llevado a casa del pastor como una hora antes de comenzar la reunión.

Mientras se encontraba allí, llegó una familia, y el marido y padre entró en conversación con él.

A poco de comenzar a hablar dijo algo en el sentido de que en una oportunidad Jesús había mentido, refiriéndose a la ocasión que se nos narra en Juan 7:2-9, en la cual Jesús les dijo a Sus hermanos que Él no iba a subir a la fiesta.

La impresión con que uno se quedó, fue que decía eso para justificar algo en su vida que estaba en el terreno de la mentira, aunque no lo puede afirmar con absoluta certeza. Pero lo importante del caso es que, si bien el autor le expresó en cierta manera su desacuerdo, no fue de la forma clara y contundente en que debió hacerlo.

Después de salir para la reunión, y faltando muy poco para que comenzase, teniendo la responsabilidad de dar la palabra, sintió que su corazón estaba totalmente vacío, tieso y bloqueado. Alarmado por ello, se dirigió al Señor inquiriendo a qué se debía eso, sabiendo que no podía subir al púlpito en esas condiciones.

En seguida se le cruzaron por la mente palabras como éstas:

“Y tú que eres siervo de Jesús, la verdad personificada, has oído decir de Él que mintió, y no has sido capaz de negar y rebatir semejante blasfemia con toda la claridad que se merece.”

Al darse vuelta, advirtió que el hombre se encontraba sentado unos tres o cuatro bancos detrás del suyo, y en seguida se levantó y se sentó a su lado. En voz baja, pues había ya muchos más congregados, pero con todo énfasis, pudo ponerlo bien en claro: las palabras de Jesús en Juan 7:8 no fueron que no subiría a la fiesta, sino “*yo no subo todavía*”, y además le recalcó que, siendo Jesús el camino, la verdad y la vida, de ninguna manera se podría admitir ni concebir que Él hubiese mentido, ni en esa oportunidad ni en ninguna otra.

El hombre asintió y pareció darse por satisfecho, y quien esto escribe por su parte pudo sentirse de inmediato plenamente recuperado, y poco más tarde subió a dar la palabra, afortunadamente, con el pleno respaldo del Espíritu Santo.

Son varias las cosas que se desprenden de este relato. En primer lugar, el vivo celo del Espíritu por glorificar a la persona de Cristo, y Su fuerte desaprobación por la falta de decisión para ser categórico y terminante en un principio, cuando ese hombre dijo semejante cosa.

En segundo lugar, la forma en que Él se comunica con los siervos e hijos de Dios para expresarles Su tristeza o desaprobación, como así también Su gozo y aprobación.

Y en tercer término, algo que también es muy importante: el comprobar cuán presto está para retirar Su desaprobación, cuando con sincero arrepentimiento se le obedece para poner las cosas en su debido lugar.

La forma en que el Espíritu Santo le respaldó al estar en el púlpito, sobre todo después de ese estado anterior de vacío y frialdad total, fue una muestra viva de Su gran bondad y buena disposición para volver a dar Su aprobación, cuando se ha sido pronto para responder debidamente a Sus repreensiones.

Para finalizar en cuanto a esta pregunta: si los hijos y siervos de Dios viviésemos plenamente conscientes de la morada del Espíritu Santo en nuestros corazones – que somos nada menos que el templo de Dios - ¡qué efecto transformador tendría en toda nuestra conducta, nuestro hablar, nuestra

mayordomía del tiempo y de las oportunidades, y todo lo demás que hace a nuestro andar cotidiano!

Ejercítate en esto, caro lector – vuélvete muy sensible a esta verdad tan maravillosa: *eres templo de Dios y el Espíritu Santo mora en tu corazón.*

Por lo tanto, honra en todo tiempo a ese Huésped Celestial que se te ha dado la dicha de hospedar, y vive continuamente a la luz de Su presencia santa y bendita en tu corazón y tu vida.

3) ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? (Santiago 4:5)

Esta pregunta, como vemos, viene a través de la pluma de Santiago, no de la de Pablo, como las dos anteriores.

Para ser francos, no hemos podido identificar ningún pasaje en el resto de la Biblia que corresponda, por lo menos con exactitud, a la cita que hace Santiago. Desde luego que esto no le resta en lo más mínimo ni validez ni fuerza a la pregunta. Y es verdaderamente una de esas que penetran profundamente en las fibras íntimas del ser, y echan de ver mucho más de la persona del Espíritu Santo.

El contexto en el que aparece es el de la amistad con el mundo, que constituye a quien la abraza y abriga, nada menos que en un enemigo de Dios. Y en ese punto, se nos señala que el Espíritu que Dios ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente.

¡Qué palabras expresivas y cargadas del latir – latir de amor profundo y celoso – del mismo corazón del Espíritu de Dios!

Después de preguntarles en el versículo anterior “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?”, pasa a hacerles la pregunta que estamos tratando.

Es como decir: ¿Pensáis que en vano – sin sentido ni razón – la Escritura nos señala que con celo vivo y ardiente, el Espíritu que Él ha hecho morar en nosotros, nos anhela para Dios?

Quien en su experiencia conoce algo o bastante de este profundo anhelar del Espíritu, sabe a ciencia cierta que no se trata por cierto de un enunciado meramente teórico o doctrinal, sino de algo muy vivo y real.

Podemos tomar el caso que se da a menudo de algún siervo o hijo de Dios sincero, pero quizá en cierto modo condicionado por compromisos, ya sea en el terreno de los negocios, vínculos demasiado cercanos con gente inconversa, o relaciones laborales en áreas no del todo limpias.

Sintiéndose redargüido por ello, y consciente de que en su vida espiritual no van bien las cosas, se pone a buscar a Dios, y lo hace con empeño y ahinco, y tal vez aun con ayuno.

Al ahondar en la oración, comienza a sentir el obrar del Espíritu en su corazón. Contrito y quebrantado, estalla en llanto que le brota de las profundidades del ser – llora y llora como un chiquillo, con una intensidad que nunca antes ha conocido, y que a veces se entremezcla con un suspirar profundo y anhelante.

¿Cómo interpretar esto, para que lo pueda comprender quien no lo ha vivido ni experimentado?

Al ver a alguien así, a alguno con buena intención, pero sin la menor idea de lo que está pasando, se le puede ocurrir venir a sosegarlo y consolarlo, o aun a ofrecerle un calmante o tranquilizante, pensando que está alterado y atravesando por una crisis nerviosa.

En cambio, quien conoce bien el tema, sabe que se trata de algo muy distinto. Ese llorar tan intenso y profundo, no es de lástima de sí mismo, ni de sensiblería anímica, ni de desequilibrio nervioso, ni nada que se les parezca.

Es el derramarse del corazón divino por el Espíritu Santo – es ese mismo Espíritu que está llorando y gimiendo en el alma de uno. Son gemidos indecibles, como se nos dice en Romanos 8:26, y que si habrían de traducirse en palabras dirían algo así.

“Hijo de mi alma y de mis entrañas, por quien Jesucristo derramó la sangre de Sus venas para tenerte para Dios, limpio y puro, libre y para Él y ningún otro - ¡Si supieras y comprendieras con cuánto anhelo santo te deseo, para ese fin tan alto, para el cual has sido creado y redimido!”

“¡Si supieras cuánto me ha dolido y entristecido el verte atrapado por esos compromisos, amigos y condicionamientos mundanos que te han enajenado de mí!”

“¡Con qué ardor y fervor quiero y ansío que lo entiendas bien, y que te prestes a mis ruegos y súplicas, para así poner fin a todo eso de una buena vez, y poder Yo empezar de veras a forjar de tí, ese vaso para honra y gloria que el Padre siempre ha querido que seas!”

Dichoso y altamente agraciado el que ha conocido y vivido algo de esto – del deseo celoso del Espíritu contra la carne, pues esto también es lo que nos dice Pablo en Gálatas 5:17 en la segunda parte del versículo. Lamentablemente muchos sólo parecen ver la primera: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu”, y se

les pasa por alto la segunda, que es tan importante como alentadora: “y el del Espíritu es contra la carne.”

Para mayor abundamiento, otras versiones son aun más fuertes y enfáticas; así, la del Rey Santiago nos dice tajantemente: “el Espíritu (codicia) contra la carne”, y la versión literal de Young a su vez dice: “el Espíritu desea contrariamente a la carne.”

En todo esto, y como reflexión final del capítulo, no podemos menos que manifestar que existe una diferencia abismal entre tener y conocer la morada y operación celosa, santa y poderosa del Espíritu, y sólo contar con un conocimiento mental y doctrinal de estas cosas, que apenas si se traduce en algo tangible en la vida diaria.

Y de ahí surge la pregunta con que ponemos punto final:

¿En cual de estas dos estas tú situado, querido lector?

----- () -----

CAPÍTULO XV – MÁS PREGUNTAS DE PABLO

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?” (1ª. Corintios 6:9ª)

Esta es una pregunta que nos habla a un nivel elemental, pero que está muy en sazón en estos días en que, en nombre del progreso y de la evolución de la sociedad y la civilización, se da todo o casi todo por bueno, echándose por la borda los antiguos pero firmes, sabios y limpios valores que siempre han regido las vidas de toda persona de bien.

A continuación de la pregunta, Pablo continúa escribiendo:

“No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.” (1a. Corintios 6:9-10)

La lista es bastante extensa, y sin duda se podrían agregar más. De hecho, en Gálatas 5:19-21 el mismo Pablo nos da un listado todavía mayor, con la misma conclusión que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

Como siervos de Dios, y contra el aluvión que habla y da gritos a voz en cuello en sentido contrario, no podemos ni debemos en ninguna manera claudicar y hablar y pronunciarlos como lo hace el mundo. El siervo de Dios no puede sino coincidir en su hablar con lo que Dios dice tan clara y expresamente en Su palabra.

Ésta no es una postura inmisericordiosa. En el versículo siguiente leemos:

“Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” (1ª. Corintios 6:11)

Aquí tenemos el perfecto encuentro de la justicia con la misericordia. La primera denuncia esas cosas como indignas, sucias y abominables delante del tres veces santo Creador y Dios Supremo. Pero la segunda, al precio del sacrificio más noble y puro del Crucificado en el Calvario, ha provisto un medio por el cual todo ser humano que lo quiera de verdad, puede ser lavado, transformado y dignificado, de tal manera que sea apto para participar de la herencia celestial.

Éste pues es el planteo que nos presenta la palabra de Dios: o nos acogemos a ese medio que con tanto amor se nos ofrece, para así limpiar y dignificar nuestras vidas y poder heredar el reino de Dios, o lo despreciamos y rechazamos, continuando en el pecado y en el mal, con la horrible consecuencia de quedar excluidos de ese bendito reino para siempre.

Esta última alternativa es como para hacerlo estremecer a uno de horror y pavor. Oramos que todo lector que todavía no lo ha hecho, elija con toda urgencia y determinación la otra opción tan hermosa y gloriosa, que gratuitamente le ofrece salvación, perdón y vida eterna.

“¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”
(Gálatas 3:3)

¡Qué fácil es, habiendo comenzado por el Espíritu, deslizarse, casi insensiblemente, a métodos, sistemas o recursos carnales!

Es solamente por un andar en la más tierna y cuidadosa dependencia del Espíritu, que se puede evitar caer en eso, que no vacilamos en calificar de una trampa muy peligrosa y sumamente perjudicial para la vida espiritual, y el ministerio, si se lo tiene.

En el contexto de la epístola a los Gálatas, la forma en que se presentó ese querer acabar por la carne lo comenzado por el Espíritu, fue la introducción de la levadura de los judaizantes. En vez de continuar en la bendita sencillez de la fe, la

gracia y el amor, se pretendía añadir los ingredientes de guardar la ley mosaica y circuncidarse, con resultados sumamente perniciosos.

Esto lo hemos comentado con cierto detalle en "Hora de Volver a Dios", 2ª Parte, Capítulo V. Es un caso que llamaríamos extremo, y la impresión que muchos podrán tener es que, actualmente, no será ni fácil ni probable que se caiga en semejante aberración.

Sin embargo, resulta lamentable que aún en el día de hoy existen algunos focos – pequeños afortunadamente – en los cuales, quienes antes por lo menos parecían vivir en la claridad del evangelio, en el presente están esclavizados en ese yugo tan engañoso. Algunos de ellos, no siendo judíos de sangre, con todo, han optado por circuncidarse.

Como sabemos, en el concilio de los apóstoles y ancianos de Jerusalén, del que se dan los pormenores en Los Hechos 15, esta postura tan errada fue claramente rechazada, por lo que resulta incomprensible que en la actualidad todavía se la propugne y abrace.

Pero avanzando sobre el tema, hemos de notar que tanto en las Escrituras como en la historia de la iglesia hasta el presente, encontramos formas de desviación más sutiles, pero igualmente perjudiciales.

En Mateo 2:1-12 tenemos el caso de los magos que vinieron del oriente para adorar al rey de los judíos, habiendo visto su estrella en el oriente.

Otras versiones ponen *sabios* en lugar de magos, y se ha dicho, con algo de razón, que eran sabios necios.

¿Por qué?

La estrella los guiaba y en un principio la seguían, hasta llegar a tierra de Israel. Pero, dejando de fijarse en ella, se dejaron llevar por su razonamiento.

"Vayamos ahora a Jerusalén, la ciudad capital. Preguntemos allí y seguramente nos sabrán decir dónde está."

Muy turbado por esto, el rey Herodes, como nos dice el relato, convocó a los sacerdotes y escribas, y éstos le comunicaron lo que la profecía indicaba con toda claridad: que el Mesías, que sería Señor de Israel, y cuyas salidas han sido desde el principio, desde los días de la eternidad, habría de nacer en Belén de Judá. (Miqueas 5:2)

Así las cosas partieron rumbo a Belén, y en el trayecto volvieron a ver la estrella, la cual los guió hasta situarse exactamente sobre el lugar donde estaba el niño. Y al ver la estrella, leemos que se regocijaron con muy grande gozo.

Pero ¿había sido necesario ir a Jerusalén para informarse mejor? ¿No habría sido suficiente continuar siguiendo a la estrella que los había encaminado desde un principio?

Por supuesto que sí, y al mismo tiempo, se habría evitado la terrible matanza de los niños ordenada posteriormente por Herodes.

Resumen, en esencia les sucedió lo mismo que a muchos: empezar por el camino de la fe y de la tierna dependencia de la guía del Señor por el Espíritu. No obstante, en un momento dado se pasa a seguir los dictados de los razonamientos propios o de otros, y así, casi imperceptiblemente, se entra en un terreno totalmente distinto.

No es ya el señorío de Cristo por Su Espíritu, sino el de la mente y disposición carnal, que, aun con la mejor intención, pasa a regir las decisiones que se han de tomar, usurpando el lugar del Señor.

Los magos o sabios de oriente, felizmente retomaron la senda de la dirección de lo alto, pero tristemente, en general, en muchos casos en que se la deja de lado, ya nunca se la vuelve a tomar.

Recordamos el caso de una renovación espiritual que comenzó hace varias décadas, teniendo como sello distintivo en un principio una clara primacía del Espíritu Santo, con esa frescura y fragancia que sólo Él es capaz de infundir.

Unos veinte años más tarde, quizá para evitar que alguno de los que estaban a cargo del ministerio de la palabra dijese algo fuera de lugar, o contrario a las líneas directrices del movimiento, se dispuso que cada intervención debía presentarse previamente por escrito, presumiblemente para que se cotejase que fuera correcta. No sólo eso, sino que una vez hecho eso, y al pasar a exponerla ante el auditorio congregado, se la debía leer prácticamente palabra por palabra.

Vemos otro caso del mismo proceso decadente: primero la guía y la inspiración de lo alto, pero más tarde, desconfiándose de que esa guía e inspiración fuese auténtica y certera, se pasa a proteger contra errores con medidas preventivas.

Evidentemente, en ese tiempo de veinte años tienen que haber sucedido cosas que fueron limitando y condicionando al Espíritu. Seguramente que se fueron haciendo y diciendo cosas que no venían del Señor, desacertadas y hasta contradictorias o fuera de lugar. La única forma de evitarlo que encontraron fue ejercer ese estricto control, que evidentemente disminuía considerablemente las posibilidades de que hubiese una genuina inspiración y unción del Espíritu.

¿Os imagináis a Pablo y Bernabé en Antioquía de Siria, en lo que se nos narra en Los Hechos 15:32, disponer que Silas y Judas Barsabás, antes de tomar la palabra, presentasen por escrito lo que iban a decir, para que ellos, junto con los demás del liderazgo, le pudiesen dar el visto bueno?

Por cierto que resulta totalmente inconcebible.

Creemos que en una situación como ésta, si no se puede uno fiar de lo que otros van a decir, lo mejor es sencillamente no darles la palabra.

Y yendo un poco más a la raíz de las cosas, si se ha llegado a una situación semejante, en que se advierte que la inspiración del Espíritu no fluye como antes y se están dando cosas incoherentes y desacertadas, el camino a seguirse debe ser otro. No por cierto el de tomar medidas restrictivas y preventivas, sino un buscar a Dios con sincero arrepentimiento, para que el señorío del Espíritu Santo y Su guía e inspiración se restablezcan plenamente.

Algo paralelo a esto es lo que encontramos en Los Hechos 21, al regreso de Pablo a Jerusalén al terminar su tercer viaje misionero. Esa iglesia en sus albores había conocido y experimentado en forma muy manifiesta y maravillosa la presencia y dirección del Espíritu Santo, como el personaje céntrico que lo ordenaba todo, y glorificaba en todo momento a Dios el Padre y al Señor Jesús.

Con el correr de los años las cosas habían cambiado mucho, y, sin entrar en mayores detalles para no extendernos demasiado, era ahora una iglesia en la cual, junto con el gran crecimiento numérico, se había infiltrado una buena dosis de legalismo, y ya no era sino un muy pálido reflejo de lo que había sido en un principio.

Como reflexión final sobre esta pregunta, a veces nos sorprende oír y comprobar cómo algunos que han sabido y conocido lo que es vivir y andar auténticamente en el Espíritu, posteriormente se han inclinado por el camino de la carne, en algunas o varias de sus muchas ramificaciones.

Entre ellas podemos enumerar el control humano de las cosas, el estructurar y reglamentar, organizando y encasillándolo todo o casi todo, o el echar mano de recursos de retórica y elocuencia humana, o posturas y razonamientos propios del ámbito de la banca, de los negocios y de la política de este mundo.

¡Con cuánto peso nos vienen a la mente aquí las palabras de Jesús dichas a Pilato: “*Mi reino no es de este mundo!*”

Nuestra experiencia concuerda con la de muchos siervos con los cuales hemos hablado y compartido sobre el particular. La diferencia entre los dos caminos es tan sustancial y marcada, que pasar del uno al otro – al menos para nosotros – equivaldría a un suicidio espiritual.

Y así, contra toda sutil tentación, por más seductora y atractiva que sea, nos aferramos al camino del Espíritu, de la fe y de la más tierna dependencia del Señor en todas las esferas – espiritual, material, física y económica.

“¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?” (Gálatas 4:15)

Los creyentes gálatas, al recibir el evangelio a través de la predicación de Pablo, se encontraron llenos del amor, la paz y libertad que siempre resultan cuando Cristo viene a la vida y se pasa a ser una nueva criatura en Él.

El amor que llenaba sus corazones era tal, que Pablo les recuerda en el resto del versículo de nuestra pregunta, que si hubiesen podido, se habrían sacado sus propios ojos para dárselos a él.

En otras palabras, que vivían en la dicha y profunda satisfacción que sólo se experimentan cuando el corazón y el ser entero están regidos por el amor.

Como bien ha de saberlo el lector – y lo hemos mencionado anteriormente – la levadura de los judaizantes se introdujo posteriormente entre ellos, causando muchísimo daño. Ya no eran ni el amor, ni la gracia, ni la fe, ni la libertad en Cristo lo que imperaba. Ahora reinaba un legalismo nefasto que prácticamente los esclavizó, e interrumpió bruscamente la manifestación de esas cuatro cualidades y virtudes, y de muchas otras más también.

En atención a ello es que Pablo les hace la pregunta del subtítulo, que también podría haber expresado así:

“¿Qué ha pasado, que ya no tenéis esa satisfacción y ese contentamiento de que disfrutabais en un principio?”

Se trata de una pregunta que tiene candente actualidad y relevancia para muchísimos cristianos hoy en día.

En efecto: habiendo empezado bien, viviendo y andando en la feliz esfera del amor, la gracia, la fe y la libertad en Cristo, actualmente se encuentran en un estado de tristeza, desengaño y franco decaimiento espiritual.

La vía por la cual se ha llegado a ello es generalmente muy distinta de la que lo produjo entre los gálatas, pero el triste resultado ha sido el mismo o muy parecido.

Aquí cabe intercalar, bajo el mismo subtítulo en que estamos, otra pregunta que a través de Pablo el Señor le hace a los gálatas. La consignamos porque se relaciona estrechamente, y además, nos ayuda a avanzar en el desarrollo del tema a que todo esto da lugar.

“Vosotros corríais bien; ¿quien os estorbó para no obedecer a la verdad?” (Gálatas 5:7)

Se empezó bien - ¿quién o qué los estorbó, para no continuar en la verdad que en un principio habían abrazado y absorbido?

En el caso de los gálatas, lo que los estorbó fue esa enseñanza falsa de los judaizantes, que negaba la gracia de Dios, y, al querer llevarlos a guardar la ley y circuncidarse para justificarse o completar su justificación, prácticamente invalidaba el sacrificio único y todo suficiente de Cristo en el Calvario.

Como se señala en Gálatas 2:21 “...si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”

Como ya hemos dicho, en la actualidad tristemente esa misma desviación tan lamentable, todavía se da en algunos casos. No obstante, la mayoría de las veces el decaimiento espiritual, la pérdida del primer amor, o lo que se lo quiera llamar, se debe a otras causas, entre las cuales hay por cierto una gran variedad.

A los fines de lograr una recuperación cabal, casi siempre será de provecho y ayuda, y a veces hasta resultará imprescindible, identificar y reconocer la causa.

En Apocalipsis 2:5, dirigiéndose a la iglesia en Éfeso que había dejado su primer amor, Jesucristo la exhortó a que *recordase de dónde había caído y se arrepintiese e hiciese las primeras obras.*

Como se comprenderá, no se trataba ni se trata de un mero ejercicio de la memoria para acordarse de algo del pasado. Más bien, suponía y supone una búsqueda sincera de Dios en oración, con el fin de despejar la mente y visualizar con claridad las cosas. Así se llegaría a reconocer el momento o la situación en que se dio un primer paso en falso, después de lo cual se fueron complicando y empeorando las cosas.

Esto es muy importante, porque quien se encuentra venido a menos espiritualmente, con frecuencia tiene presente una serie de cosas que lo han afectado negativamente, pero sin discernir que no son sino síntomas o efectos, y no la, o las causas que han sido la verdadera raíz de sus males.

Enmarañado de esa forma, sus razonamientos muy bien pueden llevarlo a achacar su mal estado, por lo menos en parte, al mal ejemplo o proceder de otros, a situaciones difíciles que tuvo que enfrentar y la falta de ayuda de los demás, etc.

Todo eso no puede sino dejarlo en un atolladero, del cual no podrá salir mientras no cambie su enfoque por completo. En efecto, razonando de esa forma, virtualmente se está considerando ser la víctima y no el ofensor o culpable.

Es en esencia lo que sucedió en un principio con Adán y Eva. Aquél culpó a su mujer, e indirectamente a Dios, Quien se la había dado por compañera; ésta le achacó la culpa a la serpiente que la había engañado. Ninguno de los dos reconoció su acción y culpabilidad inicial de hacer exactamente lo contrario de lo que Dios les había mandado.

Para salir de semejante situación la única vía segura es la de dejar de lado toda excusa, justificativo o atenuante, y, según lo aconsejó Jesús a los efesios, recordar y reconocer ese punto inicial de dónde se ha caído. De esta forma, se podrá proceder a un arrepentimiento franco y sincero, que lo lleve a uno a retornar a la senda del primer amor y las primeras obras.

Esto no es soplar y hacer botellas. Implica humillarse profundamente, dejar de lado todo subterfugio para justificarse o disculparse, y en cambio, derramarse en oración con un corazón contrito y humillado, buscando para ello, claro está, la ayuda y la gracia del Espíritu Santo.

A veces, también será preciso humillarse pidiendo perdón a otros a quienes se ha ofendido, o restituir daños y perjuicios materiales causados a otros por maniobras turbias, ya sea en el terreno de las finanzas o cualquier otro.

Todo esto es un imposible para la carne, o para quien lo intente sólo a medias. Sin embargo, es absolutamente lograble para quien lo busque de verdad, y no tenga ningún reparo en humillarse en todo lo que corresponda, con tal de conseguir una plena restauración en su vida.

Querido hermano lector: ¿sigues con esa profunda satisfacción y dicha de que disfrutabas en un principio?

De ser así, o mejor todavía, que las mismas sean aun mayores, nos regocijamos de que así sea, y te exhortamos a que, con mucha humildad, pero también con la mayor firmeza y resolución, sigas guardándote en el lugar de la plena y más alta voluntad de Dios para ti.

Pero si desafortunadamente no fuese así, te animamos con los acentos más tiernos, y desde luego para tu propio bien, a que busques al Señor con todo tu corazón. Y no cejes hasta haber retomado la senda del amor, la luz, la verdad y la íntima satisfacción de contar con una relación y comunión límpida y fluida con el mismo Señor y con todos tus hermanos.

Para ello, la segunda pregunta que hemos incorporado bajo este subtítulo te puede servir como uno de los primeros pasos a dar:

“Tú corrías bien; ¿quién (o qué) te estorbó para no obedecer a la verdad?”

Teniéndola delante de ti, y con un espíritu dócil y anhelante por salir del atasco en que te encuentras, considera el consejo que Jesús le dio a los efesios y aplícalo a ti mismo.

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras.”

Ten especial cuidado de no caer en la trampa de recordar y considerar los fallos y errores de otros que te pueden haber perjudicado. Esto sólo puede llevar a que tu arrepentimiento se diluya, y caigas en la tentación de justificarte a ti mismo.

No es eso lo que necesitas, sino llegar a ese punto en que, sin cortapisas de ninguna clase, profundamente quebrantado y humillado, te entregas y sometes por completo a la misericordia de Dios, así como el hijo pródigo y tantos otros lo hemos tenido que hacer.

Sé bien que para que esto sea efectivo y fructifique, necesitarás mucho la gracia del Espíritu Santo. Por eso, permite que concluya el capítulo con una oración especial a favor tuyo.

Amado Padre Celestial, te pido con todo amor a favor de cada lector que, habiendo comenzado bien en el camino de la fe, se ha encontrado con dificultades y dado pasos en falso, que lo han llevado a apartarse de Ti, o a perder el gozo y el amor que un día llenaron su corazón.

Entre Tus muchas promesas, está la de que no quebrarás la caña cascada, ni apagarás el pábilo que humeare. Con el soplo suave de Tu Espíritu, reenciende ahora la llama, llenando su pecho de un deseo ardiente de reencontrarse contigo de verdad.

Concédele la gracia de un arrepentimiento real, de tal forma que pueda acercarse a Ti con ese corazón contrito y humillado, que Tú aseguras que no despreciarás.

Y como al hijo pródigo, por amor de Jesucristo, recíbelo, echándote a su cuello y dándole el beso de Tu perdón, Tu misericordia y Tu plena restauración. Amén.

----- () -----

CAPÍTULO XVI – Las preguntas de Jesús (1)

Hemos dejado para el final las preguntas de Jesús, aun cuando cronológicamente las hizo antes que las de Pablo (y una de Santiago) que hemos tratado en los tres capítulos anteriores.

Los cuatro evangelios nos dan constancia de muchas preguntas hechas por el Maestro. La gran mayoría de ellas iba dirigida a Sus discípulos, y nos brindan mucho material para escribir sobre las cosas de evidente peso y sustancia a que dan lugar.

Algunas de ellas están planteadas sobre temas básicos y elementales; otras, a un nivel más avanzado y profundo, pero todas llevan el sello inconfundible de la maravillosa sabiduría del Maestro de los maestros.

Comencemos por una de las más conocidas:

1) “...Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mateo 16:15)

Al contestar Pedro “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*”, Jesús en seguida le señaló que él era un bienaventurado, pues esa verdad se la había revelado el Padre que está en los cielos.

Esto pone de relieve algo que es de la mayor importancia: el saber *de veras* quién es Cristo, es una cosa que sólo puede nos puede llegar por una revelación de lo alto.

Se puede tener un conocimiento mental, en base a lo que se ha oído, leído o aun creído por años, y hasta desde la niñez. Desde luego que hay muchos que tienen esta clase de conocimiento, pero nos tememos que en muchos casos el mismo afecta muy poco su forma de ser y comportarse, y que, sobre todo, no los lleva a una relación personal, viva y real, con Cristo y con el Padre.

Al efectuar Pedro esa confesión, la hizo con plena conciencia de que Cristo, el Hijo del Dios viviente, era el Mesías prometido, enviado del cielo para redimir al género humano, y mucho más, que estaba predicho por los profetas del Antiguo Testamento. Seguramente que no podía precisar la forma en que iban a desenvolverse las cosas tocante a todo eso. No obstante, tenía bien claro que era el gran enviado del cielo, por tantos siglos esperado.

Y aunque todavía tenía mucho que andar y aprender, ese conocimiento de quién era Jesús, había producido un vuelco fundamental en su vida, moviéndolo a dejar todo su viejo mundo atrás, y seguir en pos de Él con su mejor y mayor empeño.

Saber de verdad quién es Cristo – como decimos, por revelación de lo alto y no meramente por un comprender de nuestro intelecto – nos coloca de inmediato ante una gran responsabilidad ante Él.

El entender bien que Él, el Cristo, el Mesías prometido, se ofreció como un sacrificio voluntario, sufriendo lo indecible en lugar nuestro para poder otorgarnos gratuitamente la salvación y la vida eterna, necesariamente nos tiene que llevar a reaccionar de una sola forma – la correcta y única.

La misma es la de Pedro, y de tantos y tantos de Sus siervos y seguidores a través de la historia: dejar nuestro viejo mundo atrás, y amarlo, seguirlo y servirlo con lo mejor de nuestras fuerzas y cariño.

¿Lo has hecho ya, y lo sigues haciendo todavía, querido lector?

2)“¿Qué buscáis?” (Juan 1:38)

Una pregunta muy significativa, en la que nos hemos de detener por un buen rato. Fue dirigida por Jesús a dos discípulos de Juan el Bautista, que al oír el testimonio de éste – *“He aquí el Cordero de Dios”* en el versículo 36 – fijaron la mirada en Jesús que andaba por allí.

Seguramente que quedaron prendados por un “no se qué” indefinible que vieron en Él: quizá era Su rostro tan límpido y lleno de paz y amor; quizá Su mirada cristalina, santa y noble; quizá Su andar sereno, sin prisa y sin pausa, que irradiaba una majestad vestida de la más maravillosa humildad – o quién sabe que otra faceta de Su personalidad única y sin igual.

Lo cierto es que ese personaje que tenían delante – Jesús, el Cordero de Dios – los atrajo como un imán irresistible de gracia y amor, y, por así decirlo, dejando plantado a su maestro Juan, se fueron en pos de Él.

¡A cuántos de nosotros nos ha pasado en esencia lo mismo, aunque de forma distinta en cuanto al cómo, dónde y por qué!

Verlo tal como Él es nos lleva a admirarlo; admirarlo a amarlo; amarlo a seguirlo; seguirlo a prodigarle nuestra vida entera, en servicio gustoso y dichoso.

Pero rara vez se llega a todo eso desde un principio. Generalmente hay un proceso paulatino que nos va llevando poco a poco.

Viendo que le seguían estos dos discípulos de Juan, Jesús se volvió a ellos y les hizo la breve pregunta en que estamos. Una pregunta que, tal vez no literalmente, pero sí en su espíritu, Él nos hace y nos seguirá haciendo siempre a los que le seguimos.

Si cada uno de nosotros habría de contestar con franqueza por qué lo hicimos en un principio, tendríamos una serie muy variada de respuestas. Algunos vinimos en el comienzo por el temor de que nuestra alma se perdiese; otros, por la enfermedad, el dolor, la soledad o tristeza, una crisis familiar o matrimonial, o bien por una gran estrechez económica.

Aun viéndolo como único y maravilloso, casi siempre es algo de esa índole lo que constituye el móvil que nos induce a seguirlo. Son cosas de las cuales seguramente Dios mismo se ha valido para atraernos a Él, y siendo como es un Dios lleno de amor y misericordia, nos ha permitido que encontremos en Él – Su Hijo amado – la respuesta a nuestras necesidades.

No obstante, todas esas cosas, y muchas más que podríamos haber listado, de una forma u otra se relacionan con nosotros mismos: nuestra necesidad, nuestra inquietud, mi ansiedad, mi tristeza, mi dolor, etc.

Si bien Él nos ama y se compadece de nosotros, también ve y advierte que nuestra motivación se centra en nosotros mismos, en lo que nos falta, nos duele o nos preocupa y aflige.

Evidentemente éste es un nivel muy rudimentario, que gira en torno a uno mismo y de cierta manera, se lo puede calificar de egoísta. Desde luego, El no lo desprecia ni mucho menos; por el contrario, como ya dijimos, en Su compasión y bondad, a menudo da respuestas amorosas de sanidad, alivio del dolor, paz en el corazón, o bien suple las necesidades materiales que podamos tener.

Con todo, para nuestro propio bien, Él desea llevarnos a un nivel más alto en nuestra motivación, propia de discípulos más maduros.

La pregunta con que contestaron los dos discípulos nos ayuda a avanzar.

“...Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras?” (1:38b)

Era como decir: “te estamos siguiendo, pero no nos basta. Queremos saber dónde moras, porque más que seguir en pos de Ti, queremos morar donde Tú moras, estar a Tu lado siempre...”

Eso denotaba, no el móvil de que se solventase una necesidad personal y temporal de ellos, sino el de la admiración y el amor hacia Él, que los atraía e impulsaba a querer estar junto a Él en forma permanente. Es decir, no sus necesidades, ni sus problemas, sino Él, por Su gracia y Su encanto tan maravilloso.

Amarlo, seguirlo y servirle *por lo que Él es*, y no por la respuesta, el alivio, o la bendición que nos da - esto es sumamente importante. A Dios le interesa lo que hacemos, pero, tal vez más aun, le interesa el por qué y para qué lo hacemos.

Hebreos 4:12 nos dice que *“la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir (o separar) el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”*

Y este deseo del Señor de llevarnos a la motivación más alta – seguirlo y servirle por amor a Su persona – concuerda totalmente con el primer y más grande mandamiento: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente.”* (Mateo 22:37)

Al hacerlo, pasamos al lugar ideal de girar en torno a Aquél que es el centro de todo nuestro mundo y nuestra vida. Por otra parte, si vivimos y nos movemos alrededor de nuestros propios fines y propósitos, dejamos ese centro bendito, y espiritualmente – aunque suene extraño decirlo – pasamos a ser unos verdaderos excéntricos.

Y por último en cuanto a esto, todo lo que el Señor nos manda, si lo obedecemos, nos ha de conducir no sólo al más alto bien para nuestras vidas, sino también, eventualmente, a nuestro bienestar y felicidad.

En este sentido, bien sabemos que cuando moramos en la esfera del verdadero amor – hacia Él y nuestros semejantes – tanto lo uno como lo otro – nuestro bienestar y felicidad – pasan a ser nuestra dichosa porción.

Hasta aquí lo relacionado con la pregunta del subtítulo, ¿Qué buscáis? No obstante, el relato que sigue hasta el versículo 42, aunque bastante conciso, está tan lleno de cosas realmente suculentas, que no podemos resistir la tentación de dedicarle unos buenos párrafos.

Leemos que Jesús, a esa pregunta, *“Maestro ¿dónde moras?”* les contestó *“Venid y ved.”* Y la narración continúa diciéndonos:

“Fueron, y vieron donde moraba y se quedaron...” (1:39)

Nos preguntamos: ¿qué vieron? ¿Alfombras de lujo? ¿Colchones de último modelo? ¿Tapizado de primera calidad?

Desde luego que nada de eso; tal vez no había ni siquiera una humilde colchoneta. Pero lo que los atrajo y los movió a quedarse, no fue el lugar en sí, ni nada visible o palpable que lo hiciese especialmente atractivo.

Era otra cosa muy distinta, pero totalmente determinante: *Jesús estaba allí.*

Estar a Su lado, tenerlo tan cerca, morar con Él, como ya hemos visto, ése era el anhelo de su corazón. Y como ése era el lugar donde Él estaba y moraba, allí se quedaron.

Y ésta es la meta a que tenemos que aspirar por encima de toda otra: a que en nuestra vida – individual y a nivel colectivo o congregacional – Su presencia, viva y auténtica, sea una realidad patente y evidente.

Del hombre y la mujer de la calle, no importa su trasfondo o nivel social, podemos decir sin temor a equivocarnos que no tienen ni un pelo de tontos. Cuando al asistir a nuestra reuniones esa presencia real y genuina del Señor no se da, podremos ofrecerles sonrisas, sana doctrina y predicación, y muchas cosas más, pero el resultado a la larga, casi siempre se podrá definir así:

“Vinieron – vieron – y se marcharon”, quizá para no volver.

En contraste con ello, cuando esa presencia de Él es clara y evidente, a menos que sean muy duros o materialistas y hayan venido sin ningún vestigio de búsqueda sincera, el resultado casi siempre ha de ser muy distinto:

“Vendrán – verán – y se quedarán.”

¡Cuántas veces almas sedientas y deseosas han venido y visto religiosidad, gente con el rostro adusto y grave, o bien desbordando simpatía y sonrisas (aunque eso es bueno y necesario) y mucho más, pero no ese factor fundamentalísimo y determinante – la presencia real y viva del Señor! Y se han marchado defraudados y sin ganas de volver.

La esposa del autor, siendo todavía soltera, se trasladó de Buenos Aires a Londres en el año 1954. Amén de la necesidad de emplearse, tuvo como prioridad la de buscar una iglesia en la cual se pudiera integrar conscientemente.

En esa búsqueda, visitó a varias y siempre fue bien recibida e incluso se interesaron por ella, haciéndole sentirse bienvenida y animándola a que siguiese asistiendo. Sin embargo, en su espíritu no estaba satisfecha y no volvió a ninguna de ellas.

Por fin, evidentemente guiada por el Señor, asistió a otra que le resultó muy diferente. Al entrar y ocupar un asiento, nadie fijó la mirada en ella – todos estaban entregados a la oración y adoración, en una atmósfera de la más profunda reverencia, con un silencio sagrado, pero a todas luces cargado de la presencia divina.

En seguida supo que había encontrado lo que buscaba: la presencia viva y real del Señor.

Al terminar la reunión nadie trató de persuadirla a que siguiese asistiendo. Pero había *venido y visto y se quedó*. Y estuvo integrada por casi tres largos años, que fueron de mucha bendición para su vida.

¡Pero al final surgió un imprevisto! Tuvo que dejar esa iglesia por una razón muy particular: ¡era hora de volver a Buenos Aires y empezar a noviar, y al cabo de un año, casarse con quien hasta el día de hoy es su amante esposo!

Solemos decir “Cada cual con su cada cuala”. ¡Por fin, el cada cual y la cada cuala se encontraron y pusieron de acuerdo, después de unos buenos años!

Pero esto es harina de otro costal. Todavía volvemos al relato, y vemos que uno de los dos discípulos se llamaba Andrés y tenía un hermano de nombre Simón Pedro.

Sin que haya ningún indicio de mucho tiempo transcurrido – muy posiblemente al promediar el día siguiente – este Andrés ya salió y se puso en campaña para ganar a otros para el Cristo que acababa de venir a conocer. El primero que encontró fue su propio hermano, y le compartió que habían encontrado al Mesías – el Cristo tan largamente prometido y esperado – y sin más lo trajo a Jesús para que él también lo conociera.

Ahora bien, uno de los sistemas de discipulado muy en boga hoy día, tiene como lema estas cuatro palabras: ganar – consolidar - discipular – enviar.

Leyendo el relato que nos ocupa, podemos reconocer en él el primer paso: ganados por el testimonio de Juan el Bautista; el segundo se desprende claramente de su seguirlo y morar con Él esa misma noche, pero de allí parece que se pasa directamente al cuarto de ser enviado, saltando el tercero de ser discipulado.

Y sin embargo, pensando un poco, podemos deducir con toda claridad y sin nada rebuscado, que ese tercer paso también fue dado – o sea que Jesús no lo dejó ir a Andrés a medio hacer y a medio cocinar. (#)

En esto damos rienda suelta a nuestra imaginación, pero lo hacemos de una forma que estimamos que razonablemente no se la puede objetar.

Veamos, pues. La hora era avanzada, pero faltaba un buen rato – unas dos horas – para que se hiciese de noche.

Muy posiblemente lo primero fue que los tres comiesen algún bocado, llámeselo merienda, cena o lo que se prefiera. Después de eso, ¿podemos concebir que el Señor les dijese: “Bueno muchachos – el día ha sido largo, estáis cansados – mejor que os vayáis a dormir?”

De ninguna manera. Él no iba a desperdiciar una oportunidad como ésta de darle el pan celestial a dos varones hambrientos y anhelantes como esos dos.

Seguramente que se quedaron sentados en una sobremesa muy prolongada, y en la cual, quien más habló fue Jesús. Mientras los dos escuchaban con toda atención, quedaban absortos al oír cosas que nunca habían oído ni conocido, y que les llegaban con tanta claridad y sencillez, pero al mismo tiempo con tanto peso y sustancia.

Al acercarse la medianoche, uno de ellos comienza involuntariamente a bostezar, no de aburrimiento desde luego, sino de mero cansancio y sueño. Lleno de comprensión, el Maestro los encomienda al cuidado del Padre celestial con una breve oración, tras lo cual los invita a echarse a dormir.

(#) Aquí se sobreentiende que nos referimos a esa etapa primaria. Desde luego que tanto Andrés como los demás, todavía tenían mucho que aprender y en que ser discipulados más a fondo.

Aunque sus mentes y corazones estaban tan llenos de lo que habían estado oyendo, bien pronto caen sumidos en un sueño plácido y reparador.

A la mañana siguiente, poco después de haber salido el sol, uno de ellos se despierta, y al rato el otro también. Miran y ven que Jesús no está allí y se preguntan:

“¿Dónde estará el Maestro? ¿Se habrá marchado ya a otra aldea o población?” agregando en seguida: “Ojalá que no.”

Después de un largo rato, y para su gran satisfacción y beneplácito, Jesús irrumpe por la puerta, irradiando luz y paz.

—“¡Qué alegría volver a verte! Nos temíamos que tal vez te habrías marchado a otro lugar. ¿Acostumbra a darte un largo paseo a primera hora por la mañana?”

—“No, en realidad no es eso,” les contesta Jesús. “Mi costumbre es otra: busco un lugar de quietud donde pueda estar a solas para hablar con mi Padre que está en los cielos. Me encanta estar cerca de Él y empaparme de Su luz y presencia. Al mismo tiempo, me sirve para saber qué es lo que Él quiere que haga y diga durante el nuevo día que comienza.”

—“¿Se puede saber cuál es la primer cosa que sabes que debes hacer hoy?” le preguntan.

– “Pues lo primero que el Padre quiere que haga hoy, es deciros y explicaros bien a vosotros dos como es Él – mi Padre Celestial.”

– “Por lo que sabemos y nos enseñó Moisés, es muy severo, ¿verdad?”

– “Severísimo”, les contesta Jesús, y mientras ellos reflejan en sus rostros un cierto temor, no exento de reverencia, continúa diciéndoles:

– “Sí, severísimo, pero al mismo tiempo, con un corazón muy tierno y lleno de amor.”

– “Explicanos, pues no entendemos cómo puede ser al mismo tiempo esas dos cosas tan opuestas.”

– “Pues, escuchadme bien – es así, severísimo, porque si vais a ser mis seguidores de verdad, Él tendrá Su mirada puesta en vosotros siempre. Y podéis estar seguros que no pasará por alto ninguna cosa mala que hagáis o digáis. Muy por el contrario, os hará sentir Su desagrado, y si no os dais por enterados, os dará un fuerte tirón de orejas, y si todavía persistís, os habrá de dar una buena paliza, que os dolerá mucho, pero que acabará por escarmentaros y haceros aprender bien cuál es el verdadero camino.”

– “Lo que te dijimos en un principio – muy severo.”

– “Sí, pero tenéis que comprender qué es lo que lo mueve a ser así.”

– “¿A ser tan exigente, que cuando hacemos el mal nos castiga en seguida?”

– “Bueno, antes que castigaros en seguida, siempre buscará persuadiros – a las buenas. Pero si no respondéis, entonces sí pasará al castigo.”

– “Nos parece tan extraño que un Dios tan grande como Él, con tantas y tantas otras cosas que deben demandar Su atención, pueda estar tan pendiente de nosotros, de lo que hacemos, bueno o malo, siendo como somos tan pequeños y tan insignificantes.”

– “Creedme, para Él nada de eso es imposible y ni siquiera difícil. Es verdad que hay muchísimas cosas, tanto en este mundo en que estamos, como en todo el resto del universo, que necesitan y exigen Su atención y cuidado en todo momento. Pero Él atiende a todas ellas simultáneamente con comodidad y sin esfuerzo, y al mismo tiempo puede fijar Su atención en cada uno de vosotros, sin que le cause ni agotamiento ni el menor cansancio. Así es de grande, de sabio, de omnipotente y de incansable.”

“Pero lo que más tenéis que comprender es que Su estar tan pendiente y tan preocupado por vosotros, se debe a una sola razón: que os ama de verdad, con un amor más grande y más sabio de lo que jamás os podréis imaginar.”

“Él sabe bien que si os consintiera el hacer el mal, sería para vuestra perversión y ruina – para la perdición de vuestras almas. Por eso se preocupa y se preocupará siempre porque viváis en amor y bondad – en rectitud y total limpieza. Y además, os ayudará con Su Espíritu para que así sea, pues sabe muy bien que de esa forma, y de ninguna otra, habréis de alcanzar una hombría digna, satisfecha y dichosa, que os convertirá en verdaderos discípulos míos.”

“¿Habéis entendido?”

– “Sí, Maestro, está clarísimo, y haremos cuanto esté a nuestro alcance para agradar al Padre y a Ti siempre y en todas las cosas.”

A esta altura, Jesús advierte que por ahora les ha dado cuanto pueden absorber y digerir. Por lo tanto, los deja por el momento y pasa a ocuparse del siguiente cometido que el Padre le ha asignado para la jornada.,

Mientras tanto, los dos discípulos guardan un prolongado silencio, en el cual reflexionan, profundamente impresionados por todo lo que han oído.

Poco más tarde, Andrés empieza a pensar:

“Esto es tan maravilloso. Nunca he oído a hombre alguno hablar así. Siento que no puedo callar y guardármelo para mí. Tengo que salir y decírselo a otros, para que ellos también vengan a Él.”

Y así, no sólo ganado y consolidado, sino también discipulado (aunque desde luego, como ya apuntamos antes, sólo en lo que llamaríamos primera fase) Andrés es enviado por esa fuerza o gravitación espontánea del amor que le ha comunicado Jesús con Su hablar sin igual

El primero que encuentra es nada menos que su propio hermano Simón, y le habla de la manera más concisa y significativa, diciéndole que él y su compañero han hallado al Mesías – al Cristo prometido y tan aguardado.

Y lo trae a Jesús, y así y allí se pone en marcha el auténtico y precioso discipulado cristiano, vivo y reproductivo. Algo que eslabón tras eslabón, con el correr de los años y los siglos, se habría de incrementar más y más, para seguir hasta formar y completar, al final de los tiempos, una legión multitudinaria de toda raza, lengua y nación – la de los verdaderos y benditos discípulos del gran Maestro de los maestros.

La continuación del relato da para mucho más, pero debemos detenernos aquí. No se nos escapa que para muchos, lo que acabamos de escribir no refleja con

exactitud lo que en realidad deben haber sido, tanto el trato como la enseñanza de Jesús, a esos dos discípulos en aquella ocasión.

Estimamos que no sólo es posible sino también muy probable que tengan razón, pero solamente en cuanto a *la forma*. En cambio, creemos que *el fondo* de lo que hemos puesto, concuerda y armoniza totalmente con las dos grandes columnas de la prédica y el ejemplo de Jesús.

Sin lugar a dudas estas dos columnas fueron y siguen siendo la misericordia, la gracia y el amor por una parte, y por la otra, la verdad de que la primera exige e impone la segunda, en términos de una entrega total de nuestras vidas al que tanto nos ha amado, con el abandono total de todo lo sucio, malvado, egoísta o torcido en toda nuestra vivencia cotidiana.

Estas dos columnas el mismo apóstol Juan las define con concisa claridad al decir “*...y vimos su gloria, gloria del unigénito del Padre) lleno de gracia y de verdad.”* (Juan 1:14)

En síntesis, que el estilo y el lenguaje utilizado por Jesús casi seguro que fueron distintos, pero la esencia de lo que les inculcó – en aquella ocasión y en todas las demás – está cabalmente reflejada.

Ya vemos a cuantas derivaciones nos han llevado estas dos palabritas de la pregunta de Jesús: “*¿Qué buscáis?*”

Y aquí va una bendita reflexión final para redondear el capítulo: cuando lo buscamos de veras, no importa lo poco o lo mucho que podamos comprender y esperar, a la postre hemos de encontrar y recibir muchísimo más de lo que comprendíamos y esperábamos.

----- () -----

CAPÍTULO XVII - Las preguntas de Jesús (2)

1) “¿Habéis entendido todas estas cosas?” (Mateo 13:51)

Esta pregunta la formuló Jesús a Sus discípulos después de haberles contado siete parábolas. Ellos le contestaron afirmativamente, y en el versículo siguiente Él les exhortó a ser escribas doctos en cuanto al reino de los cielos, imitando el ejemplo del buen padre de familia que sabe atesorar lo bueno, para sacar de su cofre a su tiempo cosas viejas, que lleva por años, y cosas nuevas que va agregando poco a poco.

Opinamos que si bien Jesús se dio por satisfecho con la respuesta afirmativa que le dieron, o por lo menos no la cuestionó, para Sus adentros, debe haber pensado y sabido que esa comprensión era bastante elemental e incompleta.

Había mucho que iba más allá de lo que podían captar a esa altura – de esas cosas que sólo se aprenden y entienden de verdad con la experiencia práctica, y la maduración propia de años de estar bregando al pie del cañón, andando en el Espíritu y siendo progresivamente enseñados por Él.

Notemos que de las siete parábolas, Jesús les explicó el significado de las dos primeras: la del sembrador y la del trigo y la cizaña, esta última por pedido expreso de ellos, según el relato de Mateo.

Sin embargo, en la narración de Marcos vemos que los discípulos le pidieron que también les explicase la del sembrador. (Marcos 4:10) Y unos versículos más adelante les dijo:

“*¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?*” (Marcos 4:13)

Esto nos da a entender que esta parábola del sembrador es realmente clave, y que sin comprenderla bien, no podremos comprender bien las demás parábolas, y además, tampoco podremos comprender mucho más como debiéramos.

Por muchos años, creíamos que cada una de las cuatro diferentes tierras de la parábola en que el sembrador echaba la semilla era incambiable, por así decirlo, es decir no susceptible de mejorar. De esta manera, al caer sobre ella la semilla y no germinar y desarrollarse, ya no tenía otra oportunidad y quedaba descartada y desechada.

No obstante, empezamos a cambiar de opinión cuando un hermano muy fiel al Señor, nos compartió su testimonio hace unos pocos años. Nos dijo que en su experiencia personal, en determinadas y distintas etapas de su vida, había pasado en cuanto al estado de su corazón por las condiciones de las tres primeras, hasta finalmente, alcanzar la cuarta de un corazón receptivo que entiende y guarda la palabra para llevar fruto.

Nunca lo habíamos concebido de esa forma. Sin embargo, al reflexionar sobre lo que nosotros mismos habíamos vivido a través de los años, en seguida aparecieron puntos en común con las tres primeras clases de tierra en diferentes etapas del pasado, hasta por fin llegar al estado ideal de la cuarta.

Recapitando más sobre el tema, no pudimos menos que aceptar que seguramente ésa también debía ser la experiencia de un buen número de verdaderos hijos de Dios.

Por otra parte, pensamos que ningún buen agricultor o granjero se resigna a desaprovechar la tierra infértil, sino que busca la forma de trabajarla, abonarla y fertilizarla, hasta que le resulte plenamente aprovechable.

¿Y cuánto más nuestro Padre celestial, a quien Jesús describió en Juan 15:1 como el labrador? ¿Ha de ser Él un labrador negligente o des preocupado?

¡Por supuesto que no!

Para mayor abundamiento ¿qué habría sido de la mayoría de nosotros, si al no entender la palabra la primera vez que la oímos, y venir el maligno y llevársela, no se nos hubiera dado ninguna otra oportunidad, desechándonos por completo? Muchos estaríamos hoy día todavía en el mundo, muertos en delitos y pecados.

Mas, loado sea ese bendito labrador celestial. ¡Con qué paciencia, amor y perseverancia labró la tierra de nuestro corazón! Primero era como la que está junto al camino, a merced de los pajarracos malvados; después, falta de toda profundidad y con muchos pedregales, y todavía más tarde, llena de los espinos y abrojos de los afanes de la vida, y el engaño, si no de las riquezas, sí de las falacias de este mundo.

Nada de eso lo hizo cejar en Su santo y amoroso empeño, hasta que por fin, con Su gran sabiduría y destreza, tratando con cada uno de una forma particular y distinta, logró convertir nuestros corazones en tierra buena y fértil para Su bendita semilla.

Pero para comprender por qué esta parábola es verdaderamente clave, tenemos que remontarnos a la primera página de la Biblia.

“Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.” (Génesis 1:11)

Aquí tenemos una ley establecida por el Creador desde un principio, aplicable a lo natural. Tanto en el reino vegetal, como en el animal y en el género humano, cada planta, animal o persona ha sido creado con la semilla en sí para reproducir según su especie y género.

Desde luego que esto se hace plenamente extensivo al reino espiritual, y la experiencia práctica lo confirma totalmente.

Ahora bien: en la parábola del sembrador que nos ocupa, la semilla es la palabra de Dios, según la definió el mismo Señor en Lucas 8:11.

Esta palabra es la simiente incorruptible por medio de la cual hemos nacido de nuevo (1ª. Pedro 1:23) y que nos hace participantes de la naturaleza divina. (2ª. Pedro 1:4)

Así, por medio de la semilla de la palabra viva de Dios, Su misma naturaleza se reproduce en nosotros, en forma embrionaria primero, e incipiente más tarde, para ir desarrollándose progresivamente, hasta que finalmente alcancemos una semejanza plena con Él, al ser despojados de nuestro cuerpo mortal y verlo a Él cara a cara. (1ª. Juan 3:2)

Pero en la versión de esta parábola que se nos da en Lucas, aparece algo que muchas veces pasa desapercibido, y que sin embargo tiene muchísima importancia.

“El sembrador salió a sembrar su semilla...” (Lucas 8:5)

Bien que la semilla es la palabra de Dios, tenemos que comprender que la misma pasa por el espíritu y la personalidad del que la lleva o proclama, el cual inconscientemente quizá, le imprime algo o mucho de su carácter y manera de ser.

Tenemos así una feliz combinación de lo que es divino con lo que es humano, pero debemos tener muy en cuenta que esto da lugar a consecuencias muy serias e importantes, que nos obligan a enfrentar una gran responsabilidad a los que llevamos la palabra de Dios a otros.

Este ejemplo interesante se presta muy bien como ilustración aclaratoria:

una madre de cinco hijos, bastante adepta al café, no tuvo en ningún caso el menor inconveniente en saber, muy pronto y con seguridad, que estaba embarazada. En todas las cinco ocasiones comenzó a sentir en seguida un total rechazo por el café. Algo dentro de su organismo, dispuesto por el Creador sapientísimo, cerraba el paso herméticamente a la cafeína, que habría sido tan nociva para cada una de las cinco preciosas criaturas que llevaba en su matriz.

Antes de proseguir, tenemos que establecer el contraste entre este caso y otros, de mujeres embarazadas que fuman y no quieren o no pueden dejar de hacerlo. La diferencia estriba en que aquí no se trata de una mera inclinación o preferencia por el café, sino de algo mucho más fuerte. Es un vicio al cual se han dado y que, generalmente, las domina con tal fuerza que las avasalla y doblega el instinto o mecanismo protector de su organismo.

Pero volviendo al primer caso en su relación con el reproducir según la especie y el género, como hijos y siervos de Dios debemos tener las cosas muy claras. El

hecho de que, a través de nuestro conducto, y por el Espíritu, otros han de ser gestados y alumbrados, o nutridos o fortalecidos, nos impone la fuerte obligación moral de esmerarnos al máximo por vivir una vida espiritualmente sana y robusta, a fin de que lo que se reproduzca a través nuestro también lo sea.

Jesús lo tenía muy presente, según vemos por Sus palabras en Juan 17:19

“Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.”

Ni qué decir que si nos conformamos con una vida mediocre y consentimos cosas de un nivel de vida inferior, hemos de condenar a aquéllos que nazcan o sean tutelados por nosotros, a vidas anémicas y enfermizas.

En una obra anterior, ya hemos citado las palabras de un buen siervo de Dios, en el sentido de que el único poder con que contamos es el de nuestra propia vida. Eso no supone descartar ni mucho menos el poder del Espíritu Santo, del nombre de Jesús, de la sangre del Cordero ni de la palabra de Dios. Los cuatro, junto con la oración, la fe y otros, forman parte de la gran provisión de la gracia divina para el eficaz desarrollo y crecimiento de nuestra vida espiritual.

No obstante, lo que quiso decir ese siervo fue que, en la esfera de engendrar y de formar vidas para el reino de Dios, nunca podremos llevar a otros más alto o más allá de lo que hemos alcanzado nosotros.

Vemos entonces como esa gran parábola del sembrador, por estar estrechamente vinculada con el principio fundamental de llevar cada uno la semilla reproductiva según su especie y género, resulta absolutamente clave.

Como dijo Jesús, el comprenderla bien nos ayuda a comprender todas las demás parábolas, y mucho, muchísimo más también de la vida cristiana y el ministerio en todas sus proyecciones.

Tomemos algunos ejemplos. Si un grupo de hermanos, en disconformidad con el pastor o liderazgo, con el corazón cargado de malestar y rencor y a punto de marcharse para abrir otra iglesia, conocieran y entendieran bien este principio, se detendrían y no lo harían.

¿Por qué?

Porque se darían cuenta de que llevarían en sí esa mala semilla, que a su tiempo, casi inevitablemente habría de reproducir una o más divisiones dolorosas. Si las diferencias de opinión o de postura son irrenunciables, siempre lo correcto será compartirlas con altura, amor y humildad, y buscar una salida totalmente exenta de resentimiento y malestar, contando en cambio, con la bendición y hasta el apoyo y beneplácito del liderazgo y los demás que permanezcan en la iglesia.

Si un padre y una madre, antes de emprender un mal camino o de darse a un hábito sucio o indigno, comprendieran bien las repercusiones que muy bien podrían tener sobre sus propios hijos, lo pensarían dos veces y la segunda sería para desistir.

En realidad, todo esto concuerda también con otras máximas y dichos, no sólo de la Biblia, sino del hablar corriente. Citamos cuatro de ellos:

“No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.” (Mateo 7:18)

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (Juan 3:6)

“...todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.” (Gálatas 6:7)

De tal palo, tal astilla.

Con todo, hemos de decir que la cita de Génesis 1 que hemos tomado, a los fines de todo lo que hemos estado explicando, es la que define las cosas de forma más precisa y acentuada.

Volviendo al principio, cuando Jesús les preguntó si habían entendido todas esas cosas, casi diríamos que, muy ufanamente, le contestaron que sí.

Ya expresamos nuestro sentir de que Jesús, aunque no cuestionó la respuesta de ellos, sabía que esa comprensión era bastante elemental e incompleta.

Por nuestra parte, si después de escuchar las siete parábolas del contexto se nos hiciese la misma pregunta – *“¿Habéis entendido todas estas cosas?”* – contestaríamos con cierta cautela que muchas sí, pero, no todas por cierto.

La madurez de los años nos ha llevado a alinearnos con lo que Pablo escribe en 1ª. Corintios 13:12

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.”

Sin embargo, podemos decir con toda seguridad y satisfacción, que las cosas más importantes – las que hacen a cómo vivir y conducirnos a diario en todos los aspectos de nuestro andar ante Dios y los hombres - ésas sí las comprendemos con toda nitidez. También creemos que todo hijo de Dios, aun los no maduros o

experimentados, pueden y deben decir lo mismo, pues nos han sido puestas en la palabra con claridad meridiana.

As, nos queda por delante a todos un buen trecho, para seguir aprendiendo y entendiendo más y más de las inescrutables riquezas, profundidades y alturas de la maravillosa sabiduría de lo alto, que nos ha traído nuestro querido Maestro.

2) ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? (Mateo 14:31b)

A veces pensamos que en el más allá, muchos predicadores tal vez se las tengan que entender con Pedro, por las numerosas alusiones a los fallos que tuvo, mayormente en la primera parte de su trayectoria, antes de Pentecostés.

Algunas de ellas han sido en algo injustas, o faltas de la debida comprensión y misericordia de que deberían haber sido acompañadas, máxime si se considera que en su lugar, cualquiera de nosotros fácilmente podría haber obrado igual o peor que el amado primer apóstol.

El caso en el cual surgió esta pregunta de Jesús, es un ejemplo puntual de lo que acabamos de decir. Tantas veces, hemos oído referencias planteadas de forma ligera sobre cómo Pedro sacó la mirada de Jesús, para fijarla en las olas y el viento del mar embravecido – y así comenzó a hundirse, con la consabida moraleja de que nunca debemos hacer lo que él hizo, es decir, dejar de mantener los ojos fijos en el Señor.

Verdad es que el mismo Señor, por medio de la pregunta que nos ocupa, lo reprendió a Pedro por haber dudado. Pero como mortales que somos, pongámonos en su lugar: una pequeña barquilla con once compañeros a bordo. Una tormenta feroz, con el viento que rugía y las olas gigantescas que venían una tras otra. Y su pequeña personita con los pies en el agua, en algo que jamás había conocido ni experimentado en su vida.

No sé tú, mi querido lector, pero yo en su lugar ni me hubiera atrevido a pedirle al Señor, como lo hizo él, que mandase que fuese a Él andando sobre las aguas. Habría hecho igual que los otros once discípulos, quedándome sentadito en la barca, como espectador, muy interesado por cierto, pero no dispuesto para nada a convertirme en actor de esa escena.

El hecho de que Pedro hizo lo que ninguno de los otros fue capaz de hacer, arriesgándose de esa forma, lo muestra como un hombre singular, no uno del montón que sigue el ritmo de los demás y no quiere arriesgarse.

De esas palabras de él *“Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”* (Mateo 14:28), se desprende el brotar de su corazón, como si dijese: “Quiero estar contigo, a tu lado; hacer lo que haces Tú y ser como Tú eres.”

Y no dudamos en afirmar que para el Señor eso que había en su corazón era oro de gran valor, aunque todavía estaba rodeado de una buena dosis de escoria. Por algo el Maestro, con Su visión sabia y certera, y después de una noche entera de oración y comunión con el Padre, lo eligió como Su primer apóstol. (Lucas 6:12-16)

Pero a pesar de esta defensa que hemos hecho de Pedro, tenemos que volver a la verdad objetiva de que con Su pregunta, Jesús le reprochó el haber dudado, aun en circunstancias tan extremas.

La hipocresía de los escribas y fariseos, y la incredulidad, son las dos cosas que Jesús fustigó con mayor fuerza. Esta última, aun considerando y sabiendo que era antes de la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, lo que nos tiene que dar mucho que pensar.

¿Qué pensará de nosotros cuando, en situaciones menos difíciles y teniendo ya el Espíritu Santo, igualmente caemos en la duda?

Esta ocasión no fue la única en que Jesús reprochó a los discípulos por su incredulidad; por cierto que lo hizo en varias más oportunidades.

Por otra parte, en algunas pocas ocasiones Él expresó Su profunda aprobación por la fe viva y real que encontró. Las dos que sobresalen son la del centurión cuyo siervo estaba enfermo, y la de la mujer cananea, cuya hija estaba atormentada por un demonio.

De ésta dijo: *“Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres.”* (Mateo 15:28)

Y del centurión, Lucas nos dice que Jesús se maravilló de él, y dándose vuelta les dijo a los que le seguían que en todo Israel no había hallado tan grande fe. (Lucas 7:9)

Nuestro ánimo o temperamento indagador, nos ha movido a preguntarnos por qué el Señor eligió a doce hombres, a los cuales bastantes veces los tuvo que reprender por su falta de fe, y no incluyó entre ellos a estos dos – el centurión y la mujer cananea.

Bien es cierto que la fe de estos dos últimos brotó de la necesidad muy apremiante de un ser querido, lo que de por sí con frecuencia hace brotar la fe de lo más hondo del corazón.

También es verdad que los dos eran gentiles, y los discípulos, a esa altura en que la salvación todavía venía sólo de los judíos (Juan 4:22), tenían que ser de Israel. Ahí debe estar la respuesta a nuestra pregunta.

Otra observación, si no contradictoria, por lo menos paradójica, es la que se nos presenta en cuanto a la mujer cananea. Desde hace décadas, se está oyendo afirmar con cierta insistencia, que para que nuestra fe tenga fundamento firme, se la debe apoyar en un *rema*, o palabra expresa del Señor sobre lo que buscamos o esperamos de Él.

No cuestionamos esto, antes bien, como norma general lo aprobamos totalmente. Constituye además un freno muy saludable para evitar que el fanatismo o un entusiasmo carnal propio de la inmadurez, lleve a algunos a lanzarse a aventuras descabelladas, apoyándose arbitrariamente en cualquier promesa de las Escrituras, lo que a menudo puede terminar en el fracaso y desacreditar la verdadera fe.

No obstante, en el caso de esa bendita mujer su fe triunfó y logró lo que buscaba, ¡aun contra el silencio total del Señor primero (Mateo 15:23) y dos *remas* negativos de Él después! (15:24 y 26)

¡Como para tirar por tierra todos nuestros esquemas, y poner muy de relieve que nunca podemos ni debemos limitar el alcance de la fe!

“...*porque por fe andamos, no por vista*” (2ª. Corintios 5:7) nos hace entender que la fe no se apoya en los sentidos naturales (vista, oído, sentimientos, apariencias, etc.)

En cambio “...*la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.*” (Romanos 10:17) lo cual deja bien sentado que el apoyo y sostén de nuestra fe debe ser la palabra de Dios.

Habiendo hecho la defensa de Pedro anteriormente, ahora pasamos a examinar el caso a la luz de estos dos postulados, que en realidad son cardinales en cuanto a la fe.

Pedro tenía una palabra expresa de Jesús: *Ven*. Esa palabra era en realidad un puente invisible, pero muy real y firme, apoyado en el cual podía ir hasta Jesús sin hundirse. Mientras se apoyó en él, pudo andar sobre las aguas sin problema, pero cuando dejó de hacerlo para fijar su vista en las olas del mar embravecido, de hecho dejó de pisar en el puente que Jesús le había tendido y comenzó a hundirse.

Todo esto es muy conocido y resabido, pero volvemos a decir que en el lugar de Pedro, cualquiera de nosotros muy bien podría haber corrido igual o peor suerte.

Como contraste, tomamos el caso de Pablo en Los Hechos 27, estando el barco en que viajaba azotado por una fuerte y prolongada tormenta.

Él también había recibido una palabra expresa del Señor:

“...*Pablo, no temas; es necesario que compares ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo.*” (Los Hechos 27:24)

Aún después de recibirla, la tormenta seguía igual o peor, pero Pablo, muy consciente del principio que él mismo había consignado en 2ª. Corintios 5:7 – “*por fe andamos, no por vista*” – haciendo caso omiso de lo que veía y oía a su alrededor, afirmaba con confianza:

“*Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho.*” (27:25)

Y así esa palabra de fe que él abrazó y no soltó, resultó más poderosa que toda la fuerza de la tormenta, y él y todos los demás a bordo llegaron a tierra sanos y salvos.

De ninguna manera hemos puesto estos dos ejemplos para poner a Pablo por encima de Pedro. En su caso particular, éste recién empezaba y no había sido lleno del Espíritu, mientras que aquél sí lo había sido, y además estaba en una etapa muy avanzada de su ministerio.

En cuanto al principio de andar por fe y no por vista, podemos ver el contraste entre las dos cosas reflejado bien al principio, en los capítulos 2 y 3 de Génesis.

Dios le dio su palabra a Adán, señalándole claramente que no debía comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, so pena de perecer. (2:16-17) Por lo que sabemos, Eva no había sido creada aún, pero es evidente que una vez creada y presentada por Dios a Adán, éste le transmitió esa palabra a ella, y al acercársele la serpiente para tentarla, ella sabía muy bien lo que Dios había dicho.

Significativamente se nos dice: “*Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.*”

(3:6)

La malicia de la serpiente le presentó ese árbol como algo muy codiciable, y le incitó a fijar su vista en él, y a no creer en la palabra de Dios, sino a dejarla completamente a un lado.

En otro orden de cosas, a veces lo que vemos y oímos, o sea las circunstancias que nos rodean, coinciden con la promesa que esperamos, y apuntan claramente en el mismo sentido. En esos casos es más fácil mantenernos en nuestra fe. No obstante, en situaciones semejantes, debemos cuidarnos de que nuestra fe no esté basada en lo que estamos viendo y oyendo, sino en lo que Dios nos ha dicho.

Desde luego que cuando todo señala en sentido contrario, es más difícil seguir firmes en la fe. Sin embargo, cuando al final y estando a punto de claudicar, el Señor irrumpe en la escena dando un vuelco total a las cosas, salimos enriquecidos, como hombres y mujeres que han comprobado en la vivencia práctica la gran fidelidad de Dios.

Un problema práctico que a menudo se presenta, es el de saber a ciencia cierta si una promesa determinada nos ha sido dada realmente por Dios, o si es algo fraguado en nuestra mente, por un deseo o necesidad particular que podamos tener.

A veces, también sucede que se fincan esperanzas y hasta una fe ciega en una profecía que ha sido dada, prediciendo gran bendición – como ser, una iglesia de 1.000 ó 2.000 miembros - lo cual en algunas partes, parece estar a la orden del día.

No es la ocasión propicia para extendernos sobre el particular, al cual, por otra parte, ya nos hemos referido con cierto detalle en obras anteriores.

Solamente hemos de señalar que las profecías predictivas que se den, no deben tomarse como infalibles, sino que se deben examinar cuidadosamente (1ª. Tesalonicenses 5:20-21) a la luz de los principios y parámetros que nos fijan las Escrituras.

Entre otros, podemos citar la medida de la fe dada a cada uno (Romanos 12:3b) y la exhortación a probar los espíritus, (1ª. Juan 4:1) que va mucho más allá de verificar si confiesa o no con la boca que Jesucristo ha venido en carne.

En efecto, muchos que no sólo han sido correctos en cuantos a eso, sino también a mucho más sobre doctrina cristiana, etc., han formulado predicciones que han resultado claramente erróneas, y no han alcanzado ningún cumplimiento.

Quizá el consejo más sano de todos sea el de no enfocar nuestra fe hacia grandes cosas que nos ha de deparar el futuro, sino vivir en la realidad del presente, pisando sobre el terreno sólido de vivir en la voluntad de Dios cada día y en cada cosa. Así, dejaremos librado a Su sabiduría y bondad para con nosotros lo que el mañana nos ha de traer, en la confianza implícita y absoluta que Él nos habrá de dar a cada uno lo que verdaderamente nos corresponde. Querer más que eso es evidente pecado, por ser un claro reflejo de disconformidad con Dios – “no estoy conforme con Él - quiero ser mayor de lo que Él me ha hecho.”

Volviendo finalmente a la pregunta: que en los momentos de prueba, angustia o desconcierto, podamos tenerlo siempre bien claro que Dios nos ama de verdad y se preocupa por nosotros. Y por lo tanto, por oscuras o difíciles que sean las circunstancias porque atravesemos, no dudemos nunca, sino confiemos firmemente que Su mano buena y poderosa habrá de dar la salida (1ª. Corintios 10:13) y a su tiempo poner cada cosa en su debido lugar.

----- () -----

CAPÍTULO XVIII – Las preguntas de Jesús (3)

1) “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26:40)

Pentecostés, con la venida del Espíritu Santo, todavía no había llegado. Sin embargo, Jesús esperaba de Pedro, Juan y Jacobo, que velasen en oración mientras Él afrontaba esa tremenda crisis en el huerto del Getsemaní. Que lo hicieran durante una hora no le parecía mucho pedir, sino normal, y eso aun cuando, como queda dicho más arriba, todavía no habían recibido el Espíritu.

Podemos y debemos trasladar esta pregunta de Jesús a los creyentes de la actualidad, ya sea a los que testimonian haber sido bautizados con el Espíritu Santo, o haber sido llenos de Él, o bien a los que por su formación teológica o doctrinal, saben que tienen el Espíritu, por ser hijos de Dios por el renacimiento.

El día tiene 24 horas. Aun admitiendo la necesidad de trabajar, comer, dormir y descansar, ¿es mucho pedir que de esas 24 horas le demos una al Señor, para estar a solas y en exclusiva con Él?

Algunos sostienen que desde luego, eso es muy poco, y que ellos en realidad están continuamente en comunión con el Señor, no necesitando por lo tanto aislarse para hacerlo, pues en todo momento están en contacto y comunicación con Él.

Por cierto que debiéramos estar continuamente conscientes de Su presencia y, en la medida en que lo permitan las circunstancias, mantenernos en comunicación con Él. Pero esto no debe ser una excusa para justificar el no destinar a la oración un tiempo concreto, en el cual nos dedicamos pura y exclusivamente a orar, dejando de lado toda otra actividad.

Quien prescinde de hacerlo, argumentando que no lo necesita por estar siempre en comunicación con Dios, nos tememos que se engaña a sí mismo.

Ni siquiera Jesús, a pesar de Su comunión constante con el Padre, dejó de buscar ratos – a veces prolongados – para orar a solas, y sin otras ocupaciones ni interrupciones de ninguna índole.

Juan el bautista afirmó con mucho peso:

“No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo.” (Juan 3:27)

Si anhelamos un incremento espiritual en nuestras vidas - que nuestro servicio al Señor sea más ungido, que nuestras palabras tengan autoridad y sustancia, que nuestras vidas reflejen algo de la gloria del Señor, - en fin, eso y mucho más – entonces cabe hacernos la pregunta:

¿Cómo se ha de plasmar y concretar eso, sin que tengamos una vida de real oración y comunión con el Señor?

Es al acercarnos a Él de veras, buscándole de todo corazón, que le permitimos poner Su mano sobre nosotros, y obrar en nuestro interior por Su Espíritu. Así podrá enderezar torceduras de nuestro carácter, quebrantarnos, humillarnos, vaciarnos de mucho que todavía pueda quedarnos de autosuficiencia, arrogancia, engreimiento, rebeldía o demás manifestaciones de la pasada manera de vivir.

Al mismo tiempo, podrá llenarnos de todas esas virtudes que hacen a una vida abundante y fructífera. Él es la fuente eterna e inagotable del amor, de la gracia, de la santidad y la verdadera humildad y mansedumbre. Pero además, es el Dios de fe que guarda Su palabra y cumple Sus promesas, y nos infunde una fe viva para confiar en Él para toda empresa o servicio que acometamos en el marco de Su voluntad.

En esos ratos y ocasiones en que, dejando a un lado todo lo demás, nos damos de lleno a alabarle, agradecerle por Su inmenso amor y misericordia, adorarle en espíritu y verdad y presentarle nuestras peticiones, ruegos y súplicas, le brindamos la oportunidad que Él tanto anhela.

Y lo que anhela es corregirnos cuando sea necesario - renovarnos y refrescarnos - comunicarnos nuevos suministros de gracia - inspirarnos con ese soplo sin igual que viene de lo alto - alentarnos y consolarnos, según corresponda - guiarnos y encaminarnos por la senda de Su plena voluntad para nuestras vidas - crear en nosotros una creciente y progresiva semejanza a Su Hijo amado, y en fin, todo un cúmulo de cosas maravillosas, pero para las cuales hay que estar dispuestos a pagar el precio.

Nos engañamos si pensamos que todas estas cosas han de venir llovidas del cielo, o servidas en bandeja, sin que las busquemos con el máximo ahinco.

Se nos ocurren dos sencillas ilustraciones sobre el tema en que estamos. La primera parte de Juan 20:22, donde dice:

“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.”

Si deseamos ser personas que en realidad tienen en Su vida y servicio al Señor la marca y el sello de ese soplo divino – de ese bendito oxígeno celestial - tendremos que razonar de esta manera muy simple, pero también muy contundente:

¿Los discípulos, para que el Señor soprase sobre ellos, podían estar a unos 500 metros de distancia, o en la esquina de la otra manzana?

Seguramente que no – tendrían forzosamente que estar bien cerca de Él.

Muy sencillo, pero categórico e indiscutible: para tener ese soplo tan precioso, necesariamente tendremos que vivir muy cerca de Él. ¡Tengamos muy claro que Él no trabaja a distancia ni por control remoto!

La segunda es quizá más ocurrente. Sabiendo que la oración es una asignatura importante que el siervo de Dios debe aprobar, pensamos que a veces Él podrá enviar a Sus ángeles para que le traigan informes fidedignos sobre cada uno de nosotros, en cuanto a esa asignatura fundamental.

¿En qué se basan esos informes? Curiosamente, en el estado en que se encuentran las rodillas de cada uno.

Visualizamos a los ángeles informando que, en la gran mayoría, no hay nada especial que señalar - son rodillas normales.

Pero sin embargo, en unos pocos – poquísimos tal vez – se advierte algo particular: rodillas desgastadas, casi peladas en algunos casos.

En seguida se oye del trono una exclamación aprobatoria: *esos son los aprobados – hombres y mujeres cuyas rodillas, aunque escondidas de los demás, denotan que son los verdaderos fieles en la oración, que durante muchas horas de su vida han estado y están ante el Trono de la gracia, haciéndose oír en el cielo por un buen rato cada día.*

Nos excedemos, dando todavía una tercera ocurrencia, quizá por aquello de que no hay dos sin tres.

A todos nos gusta, ya sea en la conversación a la mesa, o en rueda de amigos, etc., no solamente escuchar a los demás, sino también que se nos oiga a nosotros. Es un deseo normal, y también sano, que podamos aportar en la conversación, ya sea contando algo risueño, haciendo una observación oportuna y amena, o bien corroborando y ampliando lo que otros han dicho.

Pues bien, aquí viene un desafío muy oportuno: que seamos hombres y mujeres que, por encima de todo eso, hagamos oír nuestra voz en los cielos a diario y por un buen rato.

Es decir, que nuestras palabras de tierna gratitud, de loas y honras a nuestro Dios, de cariño y de amor hacia Él, suban hacia lo alto en fluida profusión. Y junto con ellas, nuestras peticiones, súplicas y rogativas, como incienso grato, elevadas hacia el Trono en las alturas por el Espíritu de gracia y de oración, el cual, ayudando nuestras debilidades, nos mueve a orar como conviene.

Así, no sólo nuestro Padre celestial y Jesús, nuestro Sumo Sacerdote a Su diestra, sino también los querubines, serafines, ángeles y arcángeles, nos conocerán como hombres y mujeres que cada día, verano e invierno, en las buenas y en las malas, hacemos oír en lo alto nuestra voz, reverente y humilde, pero también firme y perseverante.

Así que, redondeamos este comentario de la importantísima pregunta de Jesús a Pedro, Juan y Jacobo, presentando una misma meta, muy digna de que la busquemos, expresada en estas tres formas distintas.

- 1) Ser hombres y mujeres que de verdad viven cerca de Jesús, para poder recibir de Él ese sopro vivificante que trae inspiración, frescura y fragancia, y además virtud divina, a todo lo que hacemos en Su santo servicio.
- 2) Sin más comentarios, que sencillamente entremos en la categoría – inmensamente minoritaria – de los “rodillas peladas.”
- 3) Que se sepa de nosotros, con toda certeza y verdad, que somos los que se hacen oír cada día en los cielos.

Y para todo ello, hagámonos eco de lo que uno de los discípulos, después de verlo orar, le pidió al Maestro en nombre de todos:

“Señor, enséñanos a orar.” (Lucas 11:1)

Para que oremos de verdad – como conviene que oremos; y en fin, que oremos así como oras Tú, Señor Jesús. Amén.

2) “¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?” (Mateo 20:6)

El paro o desempleo hoy día predomina por doquier en muchísimos países. Hay partes dentro del ámbito de la iglesia en que sucede lo mismo, ya sea por su estructura, visión o forma de hacer las cosas.

Esto resulta en un desaprovechamiento considerable de potencial, con un alto porcentaje de creyentes que podrían rendir mucho, reducidos al rol de espectadores o asistentes a reuniones, pero sin que aporten nada concreto, ni en términos espirituales, ni de diaconía práctica, ni en ningún otro sentido.

Repasemos primeramente la verdad tantas veces enunciada de que la verdadera iglesia – el Cuerpo de Cristo – no es una organización, sino un organismo. Como tal, cuenta con miembros u órganos que, en una diversidad de funciones, se debieran complementar armoniosamente para una labor conjunta eficaz y fructífera.

Todo esto y mucho más se expresa concisa y sabiamente en el bien conocido capítulo 12 de 1ª. Corintios.

En segundo lugar, corresponde recordar los perjuicios que acarrea la atrofia. Un miembro inactivo de nuestro organismo físico no sólo da muestras de que se padece de alguna dolencia o desequilibrio, sino que a menudo recarga el trabajo de otros miembros y así la salud del cuerpo se resiente.

Aun sin que se llegue a esto último, esa atrofia o falta de actividad impide que un potencial mayor – a veces mucho mayor – se pueda ver cristalizado.

Para tomar un ejemplo de algo que sucedió en el deporte, recordamos la trayectoria de un gran futbolista de un país sudamericano, en las décadas de los 40 y 50 del siglo pasado. Era un verdadero malabarista y fue una figura estelar, no sólo del equipo al cual pertenecía, sino también de la representación de su país en confrontaciones internacionales, particularmente en una de ellas en que su equipo ganó el campeonato sudamericano.

En la etapa final de su carrera se trasladó a Europa, contratado por un club francés. El entrenador del mismo, bien pronto advirtió algo que le llamó poderosamente la atención: este eximio jugador usaba su pierna derecha en forma casi exclusiva, mientras que prácticamente no empleaba la izquierda.

Sin vacilar, le señaló esa evidente deficiencia, que en su tierra al parecer a ninguno se le había ocurrido hacerlo, quizá por tratarse de una figura tan sobresaliente.

Así, en una carta dirigida a uno de sus antiguos y más cercanos compañeros de equipo en su país de origen, le contaba cómo, a esa altura tan avanzada de su carrera, tuvo que aprender algo tan básico y sencillo: usar en todo lo posible, no una sola, sino las dos piernas.

Y nuestra conclusión final es: ¡cuánto más eficaz, brillante y completo habría sido, de haber aprendido bien desde un principio a usar las dos piernas indistintamente!

Aun los cinco dedos de la mano, que tienen virtudes y capacidades distintas, deben moverse y usarse debidamente.

Se ha señalado con acierto que, por ejemplo, el pulgar sirve más que ningún otro cuando hay que presionar o apretar para fijar una chincheta, o tapar bien con el corcho una botella.

Por su parte, el índice se suele emplear para señalar un objeto determinado, o bien el rumbo o sentido en que se debe ir. El medio o mayor, por ser el más largo, llega adonde no llegan los demás, mientras que el meñique, a veces por ser el más pequeño, es el más útil en determinados casos.

Por último, no debemos dejar de reconocer el lugar de primordial importancia que tiene el anular. En él hemos de llevar el anillo de compromiso y de bodas, con quien ha de ser la compañera o el compañero matrimonial para todo el resto de la vida.

¡De qué importancia cardinal resulta que los anillos que llevemos sean puestos por quien realmente corresponde, dentro de la voluntad de Dios, cierta y verdadera!

Pero la acción conjunta de los cinco también debe darse sobre el teclado del ordenador, o bien sobre el piano o el órgano si se los ha de tocar bien. No hablamos de la máquina de escribir, pues a los fines prácticos, por lo menos en nuestro mundo occidental, ¡para casi todos ya ha pasado a la historia!

La respuesta que le dieron al padre de familia en la parábola, nos sirve de indicativo de cómo proseguir.

“Porque nadie nos ha contratado.” (20:7)

Una responsabilidad muy grande recae sobre quien, o quienes, están al frente de una iglesia: la de saber delegar, motivar y además, movilizar a los miembros.

Esto no es nada sencillo y requiere discernimiento y sabiduría de lo alto.

Delegar es algo que hay que comenzar a hacer en una etapa temprana, pero con cuidado de hacerlo, desde luego, a personas responsables, y en la medida en que su crecimiento y desarrollo lo permitan.

También es importante ayudar a los miembros a descubrir en qué aspecto tienen potencial, don o capacidad. Junto con ello, habrá también la delicada labor de persuadir a algunos que, para la función o tarea que están queriendo o tratando de emprender, en realidad no tienen gracia ni están calificados.

A veces, por no ofender a un hermano que con sus intervenciones en reuniones abiertas, por ejemplo, no está siendo de edificación ni de provecho, se permite que el resto de la iglesia sufra las consecuencias.

Donde se advierte que hay verdadera gracia para determinada función, siempre será bueno apoyarla y respaldarla, pero con mesura y sabiduría, no poniendo a nadie sobre un pedestal que a la postre le resulte perjudicial. También será prudente hacerlo, por lo menos en un principio, sin ningún nombramiento que lo oficialice, como anciano o diácono, por ejemplo.

En muchos casos en que esto se ha hecho prematura o equivocadamente, después de verse que uno no ha dado la talla, dar el paso inverso de quitarle el cargo y nombramiento, siempre es algo que resulta muy escabroso y casi siempre acarrea consecuencias desagradables.

En realidad, el orden correcto es que un miembro primero actúe en determinado campo de acción con capacidad, responsabilidad y respaldo de lo alto. Recién después que esto suceda por un tiempo prudencial, corresponderá reconocerlo con un nombramiento – es decir que el nombramiento no viene primero y a raíz de él uno pasar a ser anciano, por ejemplo, sino lo contrario: primero ha de verse una labor correcta y digna, y recién después corresponderá reconocerla con el nombramiento.

Entre paréntesis, hemos de decir que este nombramiento nunca ha de ser para el cargo de apóstol o de profeta. En el Nuevo Testamento no se nos da ningún caso de reunión para designar a personas con esos ministerios. La forma en que se desenvuelven las cosas, tanto en los evangelios como en Los Hechos es la siguiente: el Señor mismo llama y levanta a hombres como apóstoles y profetas, dando fe de ello con el fruto que llevan, y el testimonio de sus vidas y conducta, que pasan así a ser las credenciales que los acreditan.

Como resultado de ello, y actuando en el o los lugares donde el Señor los ha ubicado y respaldado, otros reconocen su apostolado o ministerio profético, *pero no los nombran ni designan como tales* – eso es algo que sólo el Señor en realidad lo

puede hacer, de la forma que ya se ha dicho, es decir, levantándolos y respaldándolos plenamente en sus labores.

Decimos esto porque algunos se equivocan en este sentido, y teniendo aspiraciones de ser apóstol o profeta, buscan el nombramiento por parte de otros que ya lo son. Se piensa así que, por serlo estos últimos, están capacitados para nombrarlos a ellos, lo que equivale en cierta forma a caer en el error de crear una sucesión apostólica.

Sintetizando, sólo se puede ostentar un ministerio – apóstol, profeta, anciano, maestro, pastor, diácono, etc - si Dios lo ha otorgado. El hombre no lo puede otorgar ni nombrar a alguien para que lo sea – sólo puede reconocer lo que Dios ya ha hecho y le ha dado a una persona.

Quien o quienes están al frente, necesitarán visión para ampliar el campo de acción, desde luego en primer lugar en el área del crecimiento espiritual, en calidad y número. Esto permitirá que más personas dotadas actúen en el evangelismo, el discipulado, la restauración de descarriados, jóvenes, niños, etc., tanto en el ámbito de la iglesia en general, como en células o grupos caseros.

Pero también habrán de tratar de potenciar, bajo la guía del Señor, otras áreas que pueden ser muy útiles y productivas.

Muchos siervos de Dios han logrado movilizar muy satisfactoriamente el potencial humano con que contaban, merced a proyectos en los que se conjugan la parte material, económica y social, con la aplicación práctica de las virtudes y excelencias de la vida cristiana.

A continuación damos algunos ejemplos, que pueden servir de ilustración y al mismo tiempo para inspirar y orientar.

Un siervo de Dios que desde años lidera comunidades de toxicómanos y marginados (de hombres y mujeres), decidió formar una pequeña empresa de construcción. En la misma utiliza tanto a varones que tienen capacidad y habilidad para trabajos determinados :- albañilería, fontanería, etc., como a los que no tienen ninguna especialidad, pero igualmente pueden ser útiles.

En contacto con un vecino que contaba con una parcela de terreno de la que se quería desprender, llegó a un feliz acuerdo con él. A cambio de la cesión de la parcela, le entregó dos de las siete viviendas edificadas en la misma, quedando las cinco restantes como posesión de la comunidad.

El acuerdo fue debidamente formalizado con todas las de la ley, y las siete viviendas construidas son de la mejor calidad.

La comunidad eventualmente se quedó con sólo una, destinada para un matrimonio de inmigrantes a un alquiler módico. Las cuatro restantes fueron vendidas a precios razonables, pero igualmente lucrativos, y bastante por debajo de lo pedido por otras empresas constructoras.

Los beneficios directos de este proyecto, que actualmente está siendo seguido por otro similar que se encuentra en marcha, son bastante notorios.

Entre otros, tiene la virtud de restaurar a esos varones la dignidad básica y muy importante de trabajar honradamente para ganarse su propio pan, algo que la droga y su trayectoria pasada les habían quitado.

También está el complemento de trabajar codo a codo con sus compañeros en una atmósfera sana, exenta del lenguaje obsceno o blasfemo que a menudo se oye en las obras corrientes, y con una sana camaradería y comunión.

Socialmente, se brinda así a propietarios de parcelas la oportunidad de desprenderse de ellas ventajosamente, y en condiciones que empresas no cristianas posiblemente no les acordarían. Al mismo tiempo, está el beneficio de poner al alcance de compradores viviendas a precios razonables, y por debajo de lo que se suele pedir por otras similares.

Finalmente, y a pesar de esto último, han quedado ganancias interesantes con un capital disponible para adquirir un centro nuevo en otra zona, el cual está siendo liderado por un matrimonio de un varón y una mujer, convertidos y rehabilitados ambos en la comunidad madre.

Como vemos, una larga y hermosa cadena, en la que se entrelazan los valores espirituales de la redención del evangelio, con los materiales y prácticos de darle a la vida sentido y propósitos útiles y aun lucrativos. Y esto último, por otra parte, exime de la necesidad de estar continuamente levantando ofrendas para recaudar fondos, o bien, de ir al extranjero para solicitarlos, como lamentablemente otros han tenido que hacer en el pasado,.

La misma comunidad también cuenta con una tienda en plena ciudad para la venta de muebles y artículos domésticos usados, pero que han sido reparados o refaccionados y puestos en buenas condiciones. Los precios son muy razonables, y se brinda así un servicio social que muchos aprovechan, en estos días de tanto encarecimiento y subida de precios en todos los órdenes y niveles. Al mismo tiempo, se da una función útil tanto al matrimonio que lo atiende, como al personal que trabaja en las reparaciones y refacciones. Todos ellos son miembros de la comunidad y se sienten así realizados y valorados.

Igualmente, en el trato con el público, que a veces se interesa en saber cómo logran vender artículos muy buenos a precios tan módicos, se presenta una buena oportunidad para testimoniarles lo que el evangelio de Cristo ha hecho para sus vidas.

También tenemos el ejemplo de una iglesia en otro país, cuya vida comunitaria se ha destacado siempre en los aspectos de ayuda mutua, comunión en los hogares y cuidado de los enfermos, necesitados y discapacitados. Todo esto, amén de la ministración viva y en profundidad de la palabra.

El siervo que la lideraba se sintió inspirado a fundar lo que llamó una escuela de vida eclesial. Se abrieron las puertas a estudiantes del extranjero, sobre todo de países subdesarrollados, para asistir a cursos de enseñanza sistemática de la palabra de Dios impartidos por consiervos llenos del Espíritu.

Los estudiantes eran alojados en los hogares de miembros de la congregación, y participaban en la actividad congregacional en sus distintos aspectos.

Esto sirvió para bendición de sus vidas, y al mismo tiempo, para incrementar la motivación de los propios miembros de la congregación.

Otro resultado que produjo, aunque no se lo había buscado ni pensado, fue el que surgieran invitaciones para visitar y ministrar en los países de origen de los estudiantes. Es decir, un abanico de beneficios logrados, tanto en lo espiritual como en lo práctico del ministerio de la hospitalidad y el cuidado mutuo, y con un saludable intercambio con hermanos de otros países.

Seguramente que se podría aportar mucho más sobre este particular. Nos hemos limitado a estos pocos ejemplos, pero sin desestimar en absoluto el trabajo noble, sabio y muy provechoso en líneas parecidas que muchos han hecho, y siguen haciendo hasta el día de hoy, en distintas partes del cuerpo de Cristo.

Nos anima en esto el deseo de que siervos de Dios que están al frente de congregaciones en las cuales el potencial de todos sus miembros no se está cristalizando debidamente, puedan en alguna manera buscar la inspiración y guía del Señor para canalizarlo satisfactoriamente. El resultado de ello no puede ser otro que el de una mayor bendición y realización en todos los niveles.

Que el Señor de la mies pueda encontrar en los siervos y líderes de Su iglesia, hombres de visión que sepan motivar y potenciar a todos los miembros para una labor útil y fructífera.

Así, a diferencia del mundo, en el cual está a la orden del día un coeficiente de desempleo considerable, la iglesia de Cristo se ha de destacar por una ocupación plena y satisfactoria de todos sus miembros. Amén.

----- ()-----

CAPÍTULO XIX – Las preguntas de Jesús (4)

A partir de la mitad del capítulo anterior hemos comenzado una bifurcación parcial y temporaria. Siguen siendo preguntas hechas por Jesús, pero ni la segunda del capítulo anterior, ni las dos de éste que empezamos, van dirigidas a Sus discípulos.

En cambio, tomamos una hecha a judíos que le escuchaban y se le oponían, y la otra, al mismo Dios en un punto supremo de agonía, estando Jesús muy cerca de la consumación de Su ofrenda expiatoria en el Calvario.

Veamos la primera, que se encuentra en Juan 8:46

1) “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?”

En el largo trayecto de la historia que va desde Adán a Cristo, las Escrituras nos hablan de muchos siervos distinguidos del Señor.

De un buen número de ellos se nos señalan, sin embargo, pecados, errores o desviaciones, que en algunos casos incluso fueron de cierta importancia y gravedad. Entre ellos, figuran personajes de la talla de David, Gedeón, el rey Josafat y otros más, que no viene al caso enumerar.

Por otra parte, tenemos otros de los cuales no se nos puntualiza nada negativo ni contradictorio. Por lo que sabemos, hombres como Daniel, Eliseo e Isaías - por citar tres solamente - tuvieron una trayectoria exenta de fallos y claudicaciones, o si los tuvieron, no están consignados.

No obstante, todos sin excepción - aun estos tres últimos - quedan encuadrados bajo la sentencia tantas veces repetida - aunque con palabras distintas - en la palabra de Dios:

“...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”
(Romanos 3:23)

“...pues no hay hombre que no peque” (2ª. Crónicas 6:36)

Empero aquí, unos 4.000 años después de la creación de Adán, nace en el escenario de nuestro planeta nuestro Señor Jesucristo, un personaje singular y

totalmente distinto de los demás en este aspecto particular a que nos estamos refiriendo.

Por Su rol único y exclusivo en la redención del género humano, la inspiración divina lo llama *el segundo hombre* (1ª. Corintios 15:47) y *el postrer o último Adán* (1ª. Corintios 15:45)

El segundo hombre, porque al caer en el pecado el primero – Adán – en él todos murieron, según se nos puntualiza en 1ª. Corintios 15:22 y Romanos 5:14-17.

El postrer o último Adán – no el segundo Adán, como algunos a veces han dicho o escrito erróneamente – lo señala como cabeza de una nueva creación de hombres y mujeres, y de la cual Él es el espíritu vivificante. (1ª. Corintios 15:45b)

Ese adjetivo – el postrer o último – nos da a entender que después de esta nueva creación no habrá ninguna otra. En efecto, la suficiencia absoluta del nuevo pacto del régimen de la gracia, garantiza que quedará en pie, totalmente firme y sin que medie ninguna posibilidad de otra caída, que haga necesaria la creación de otra nueva raza o generación. Por tal razón, con todo peso y propiedad se lo llama *el postrer o último Adán*.

En el contexto de la pregunta de Juan 8:46 en que estamos, Jesús está hablando a judíos que, como ya hemos dicho, eran totalmente hostiles e incluso habían insinuado con mucho veneno que Él había nacido de fornicación.(8:41)

Esto era una tergiversación satánica de Su concepción inmaculada por el Espíritu Santo a través de la virgen María.

Poco más tarde en el relato, les dice tajantemente que ellos eran ni más ni menos que hijos del diablo, quien fue homicida desde el principio y que no permaneció en la verdad, sino que fue el padre o progenitor de la mentira.

Por lo tanto, al decirles Él la verdad, engeguécidos por la mentira que moraba en ellos, no le creían ni recibían. (8:44-45)

Y a renglón seguido les formula la pregunta del subtítulo:

“¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?”

Ningún otro ser humano, ni antes ni después, ha podido decir de sí mismo semejante cosa con esa transparencia y esa certeza firme y cristalina con que lo hizo Él. Podía estar de pie ante ellos, sereno y lleno de la mayor seguridad y calma, sabiendo que ni aun el ojo más avizor, ni la mirada más penetrante, podría descubrir en Él el menor vestigio de pecado.

Las Sagradas Escrituras afirman esta verdad en varias ocasiones y por conducto de diferentes testigos.

- a) San Pedro.- *“...el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca.”* (1ª. Pedro 2:22)
- b) San Pablo.- *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado...”* (2ª. Corintios 5:21)
- c) El autor de Hebreos.- *“...fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.”* (Hebreos 4:15b) y *“... la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.”* (9:14)
- d) El malhechor crucificado, arrepentido.- *“...más éste ningún mal hizo.”* (Lucas 23:41)
- e) Jesús mismo.- *“...viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.”* (Juan 14:30)

¡Qué maravilla! En todo lo largo de Su vida ni un solo paso en falso, ni una palabra fuera de lugar; nunca un gesto egoísta ni una mentira o media mentira.

Supo lo que era estar cansado, tener hambre o sed, pero nunca estuvo enfermo; jamás albergó el rencor o la duda en Su alma, ni dejó pasar un solo día sin hacer totalmente la voluntad del Padre,

En ningún momento perdió los estribos ni irrumpió en euforias o histerismo, sino que con todo aplomo y serenidad siempre dominó la situación en que se encontraba, incluso en el dolor y la agonía de la crucifixión, en la cual no tuvo lamentos de lástima de sí mismo, de queja ni de protesta.

Tampoco tuvo prisas desenfrenadas ni llegadas tarde – siempre puntual y en el lugar preciso donde debía estar; nunca presentó reclamos, ni pidió ni esperó recompensa económica, ni de ninguna otra índole, por las sanidades y milagros que hizo.

Jamás rechazó a nadie que viniese a Él con sinceridad, y Su vida toda, en suma, fue tan noble, santa y perfecta, que siempre agradó al Padre, de tal manera que todas Sus oraciones, sin excepción alguna, fueron contestadas cabalmente.

¡Qué hermoso verlo a Él – perfecto y precioso por dondequiera se lo mire – levantado en alto en esa cruz del Calvario, para traer redención plena a la raza humana caída y perdida!

Con Su vida, muerte y resurrección, nos ha abierto la puerta a nosotros, para que, plenamente identificados con Él en Su muerte, andemos en novedad de vida. Una vida nueva, con todo un riquísimo potencial de cualidades y posibilidades, y entre ellas, la muy maravillosa de haber dejado atrás la esclavitud del pecado y

recobrado la dignidad de vivir en limpieza, amor, fe y humildad ante Dios y ante nuestros semejantes.

Y esto no es sino una pequeña prenda y anticipo de una herencia inescrutable, incorruptible y eterna que nos aguarda en el más allá.

El primer Adán claudicó ante la serpiente y en él morimos todos. Mas loado sea Dios, el postrer Adán resistió airoosamente todas las tentaciones y embates del maligno y sus huestes infernales, y en él y por Él, tenemos vida en abundancia y por la eternidad.

2) Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (Marcos 15:34)

Esta pregunta Jesús la dirigió a Dios poco antes de entregar Su espíritu. Fueron exactamente las mismas palabras que David pronunció proféticamente unos buenos siglos antes, al principio del Salmo 22.

Debemos señalar en primer lugar que, estrictamente hablando, la pregunta no iba dirigida al Padre, sino al Dios judicial, santo, santo, santo. En 2ª. Corintios 5:21 se nos dice que al cargarse sobre Sus hombros el pecado de toda la humanidad, Él fue hecho pecado por todos nosotros. En ese punto se encontró abandonado y desamparado por Dios.

Ese Dios judicial y santo tenía necesariamente que apartarse de Él, pues de ninguna forma podía identificarse con la carga del pecado que llevó sobre Su persona, ni estar unido a ella.

Nos sentimos incapaces de sondear plenamente las profundidades de todo esto, de manera que sólo presentamos algunas consideraciones de lo que sabemos que es un abismo y un misterio insondable.

En el trayecto que fue del Getsemaní hasta el final de Su crucifixión en el Gólgota, nuestro bendito Señor sufrió indeciblemente. Azotado cruelmente, escupido, ultrajado y blasfemado, posiblemente ni probó un bocado de comida, ni se le dio a beber un vaso de agua. Es muy improbable que haya podido descansar o disfrutar siquiera de una sola hora de sueño.

Todo esto, y mucho más que nuestro tierno amor hacia Él nos inhibe de describirlo explícitamente, Él lo sobrellevó sin una sola queja, o lamento. En cambio, aun en medio de tanta agonía y suplicio, tuvo palabras y sentimientos de amor y preocupación por otros, cosa que no creemos que ningún mortal pueda hacer, sin que para ello medie una gracia sobrenatural del Espíritu Santo.

Así, se preocupó de encargarle al discípulo amado el cuidado de Su madre, la virgen María (Juan 19:26-27) y al malhechor arrepentido le prometió que ese mismo día estaría con Él en el paraíso. (Lucas 23:43)

Antes de eso, al ser crucificado y experimentar el tremendo dolor de ser atravesado en las manos y los pies por los clavos de los soldados romanos, lejos de protestar o compadecerse de sí mismo, oró diciendo: "*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*" (Lucas 23:34)

Pero en ese momento de ser hecho pecado y maldición por nosotros, sucedió algo que nunca había acontecido desde el principio de la eternidad pasada, cuando quiera que la misma haya sido.

Nuestra mente estrecha y finita sólo alcanza a comprender que Él, como el Hijo eterno, había morado siempre e ininterrumpidamente en el seno de la Trinidad, en la comunión más excelsa y sublime. Empero, esa carga del pecado y de la maldición sobre Sus hombros, hizo que en ese punto crucial se viese y supiese desamparado y separado de todo eso.

Todo lo anterior – no comer, ni beber, ni dormir; ser escarnecido y sufrir la agonía cruel de toda la vía dolorosa, lo sobrellevó, como ya se ha dicho, sin una sola queja o protesta. Pero esa separación y ese desamparo de lo que había sido Su dicha y parte esencial de Su ser desde los albores de la eternidad – cuando quiera que ello haya sido – eso, decimos, le trajo un quebranto y un tormento mucho mayor que todo lo demás, y le partió el corazón.

De ahí, entonces, ese clamor de Su corazón roto y sangrante, y esa pregunta tan cargada de la angustia más intensa y profunda que se pueda concebir:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

En Juan 19:34 leemos que, después haber entregado Jesús Su espíritu al Padre, uno de los soldados atravesó Su costado con una lanza, y de inmediato "*salió sangre y agua.*"

La ciencia médica asevera que esto es una señal segura de que Su corazón se desgarró y rompió.

¿Habrá sucedido en el momento en que, con fuerte clamor, hizo la gran pregunta en que estamos? Muy probablemente que sí.

Desde la hora sexta hasta la hora novena hubo oscuridad sobre toda la tierra. Era la hora del poder de las tinieblas (ver Lucas 22:53) y todo el escenario se vio sumido en densa oscuridad.

Era como si el sol, que inunda nuestro planeta de luz y calor, se negase a contemplar eso tan horrendo e incomprensible que estaba aconteciendo. El Sol Increado y Eterno, encarnado y manifestado como hombre, allí estaba colgado en un madero, como un espectro de angustia y dolor indecibles – rechazado, escarnecido y crucificado por los príncipes del mundo que había venido a redimir.(ver 1ª. Corintios 2:8)

La tristeza, el dolor y la angustia, habían ido en aumento en todo el largo proceso de la pasión, hasta estallar en las crisis de ser hecho pecado y maldición por nosotros, y verse desamparado por Su Dios.

La angustiada pregunta *“Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?”*, hecha con gran clamor – el corazón del que tanto amó, sangrando, desgarrado y roto – el escenario del Gólgota sumido en la bruma más densa – todo eso, y mucho más que escapa a nuestra comprensión, configura un cuadro insondable, que va mucho más allá de lo que nuestra mente finita, como seres mortales que somos, puede abarcar y absorber.

Sólo podemos corresponder a semejante amor y sacrificio con la gratitud más tierna y temblorosa. Al mismo tiempo, nos deleita saber que para Él, eso tan horrible y horroroso ya pasó. Desde Su gloriosa resurrección y ascensión, como el Sol de Justicia trayendo salvación en Sus alas (Malaquías 4:2), brilla y brillará eternamente, en un cielo totalmente exento de nubes o bruma, con el fulgor y esplendor de Su luz admirable.

----- () -----

CAPÍTULO XX- La pregunta más importante de todas.-

En este último capítulo retornamos de la bifurcación efectuada, para tomar otra vez una pregunta dirigida por Jesús a uno de Sus discípulos. Es la última que se nos consigna que hizo el Señor – la bien conocida que le formuló a Simón Pedro en Juan 21.

Muchos siervos de Dios ya han expuesto, ya sea por la vía oral o escrita, sobre el pasaje en que se encuentra – Juan 21:15-18 – que por supuesto es tan rico e importante.

Entre muchos otros podemos citar a Matthew Henry en su comentario de toda la Biblia; a W.E. Vine en su diccionario expositivo de las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento; y las aportaciones que encontramos en la etimología y el sentido puntual de cada vocablo del original hebreo y griego, que contiene la excelente concordancia completa y exhaustiva de Strong.

Ellos tres, y muchos más, nos han dejado un caudal vasto y enriquecedor.

Por nuestra parte, añadimos nuestros modestos granitos de arena con cosas de nuestra propia cosecha. Claro está, siempre existe la posibilidad de que algunas ya hayan sido dichas o escritas por otros, aunque personalmente no tengamos conocimiento de ello.

En realidad, esta pregunta se la puede ver como una triple, repetida tres veces, y en ese sentido sería una sola – singular. Sin embargo, aunque el fondo de cada una de esas tres veces es el mismo – *¿me amas?* – hemos de ver diferencias significativas que hacen que tengamos que decir que, estrictamente, fueron tres preguntas distintas una de otra, pero con un fondo común.

Veámoslas, una a la vez:

“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?” (Juan 21:15)

No debemos ser superficiales en la lectura y el estudio de la Biblia. Tenemos que examinar su contenido de forma detenida y buscando la inspiración del Espíritu, pues de otra manera no podremos descubrir ni advertir cosas de peso y contenido que están ahí, latentes, en sus relatos y enseñanzas.

Esta pregunta de Jesús es en realidad increíblemente sorprendente.

¿A quién iba dirigida?

Nada menos que al mismo hombre que unos días antes lo había negado en público, y de la manera más tajante, en tres ocasiones.

Para mayor abundamiento, y según consta en la narración de Mateo, la primera fue una negación categórica, seguida por una segunda en que la ratificó con juramento, y por último por una tercera, en que rubricó la negación y el juramento, pero anteponiéndoles palabras de maldición.

De ese hombre – sí, de ese mismo – Jesús esperaba ser amado, y además, más que por todos los demás.

¡Maravilla de la gracia divina, que del nadir más bajo y ruin, busca elevarnos al zenit más glorioso y sublime!

Desde luego que en un plano objetivo y práctico, esto guarda estrecha relación con lo que Jesús intimó en Lucas 7:47 al decir:

“...sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquél a quien se le perdona poco, poco ama.”

Por otra parte, este caso de Simón Pedro, en un sentido se asemeja bastante al de otro gran apóstol – San Pablo – aun cuando tenga matices y trasfondos diferentes.

En efecto, Saulo de Tarso, como era antes de su conversión, había odiado a muerte a Jesús y a Sus seguidores, persiguiendo a estos últimos, encarcelándolos, y buscando hacerles renegar de su fe so pena de muerte, estando en sus propias palabras “*enfurecido sobremanera contra ellos.*” (Los Hechos 26:11)

Al recibir esa revelación tan imprevista y maravillosa en el camino a Damasco, su vida experimentó una transformación radical. Ese odio se trocó en un amor profundo y apasionado hacia ese Cristo, del cual acababa de recibir perdón absoluto y tanta misericordia y gracia. Ese amor hacia Él le hizo ofrendarle todo el resto de su vida, afrontando con entereza, y aun con gozo, grandes sufrimientos, dolor y sacrificios por amor de Su nombre.

Pero volviendo a Pedro, su respuesta fue:

“*Sí, Señor; tú sabes que te amo.*”

No nos agrada inferir nada que pueda poner en tela de juicio en alguna manera la fiabilidad de la revisión 1960 de la traducción de Casiodoro de Reina, que consideramos muy buena. No obstante, en el original griego, en su respuesta Pedro no usó la misma palabra *agapas* que había empleado Jesús. En cambio, como puede cotejarse libremente y con toda certeza, la palabra que usó fue *filo*.

La primera – el verbo *agapos* con sus diversas desinencias gramaticales de persona y caso – nos habla de un amor verdadero hacia otro, que, movido por los dictados de la conciencia y la mente, impulsa siempre a obrar hacia él de una forma correcta, apropiada y digna.

La segunda – *filos* – denota un afecto especial basado en los sentimientos, hacia alguien que se admira o hacia quien se siente una atracción particular.

Al contestar Pedro, usando como hemos dicho el verbo *filos*, Jesús le exhortó a que apacentase Sus corderos. Lo interpretamos como una forma de encauzarlo para que su amor – *filos* – cobrase también la dimensión de *agapos*, en darse a los corderos de la grey.

Sabemos que esta tarea es a menudo muy laboriosa y a veces sacrificada, cuando, en medio del cansancio y los problemas, uno se brinda desinteresada y noblemente. Se trataba, pues, de cuidar de los corderos redimidos con Su sangre, aun cuando estuviese cansado o no le resultase fácil ni cómodo, pero sencillamente por amor (*agapos*) de Él.

Quizá quepa aquí una comparación con el amor matrimonial. En una etapa temprana lo normal es que el mismo se base, a partir del noviazgo, en un amor a menudo movido por el sentimiento de enamoramiento, con todo su encanto y dulzura.

Con todo, en un buen matrimonio este amor evoluciona y se va madurando, prodigándosele a el o la cónyuge el tierno sustento y cuidado necesario, aun cuando a veces por cansancio o aun agotamiento, no se pueden experimentar esos sentimientos de tierna admiración y deleite.

Esta expresión del amor está regida por la mente y la conciencia, y se encuentra en un nivel más elevado, aunque por cierto no desecha ni descarta los ratos de cariño tierno y entrañable, de que se ha de seguir disfrutando en su debido tiempo y ocasión.

Resulta también interesante e importante señalar que Pedro no contestó a la parte final de la pregunta – “*...más que éstos?*”

¿Sería porque después de haberlo negado se sentía bastante humillado, y había perdido la confianza y no se atrevía a afirmarlo?

¿O sería porque, después de haberse puesto más alto que los demás (*...Aunque todos se escandalicen de tí, yo nunca me escandalizaré.*” – Mateo 26:33) y haber fracasado tan rotundamente, había quedado muy escarmentado, y no quería volver a ponerse por encima del resto de los discípulos?

¿O sencillamente, que decirle que sí al Señor le parecía una falta de modestia y de la humildad que estaba empezando a aprender y absorber del Maestro?

Dejamos al lector que escoja la opción que le parezca más probable y acertada.

No concordamos con algunos que interpretan que esa parte de la pregunta se refería a amarlo a Él más que amar a los demás compañeros, o más que a los peces que acababan de pescar. La revisión 1960, al igual que varias otras de las más fiables, corroboran nuestra postura al no poner “*...más que a éstos*”, que sería la única forma correcta de expresarlo, sino “*...más que éstos*”, sin la preposición. El original griego igualmente lo confirma.

Lo que sí resulta innegable, es el hecho de que Jesús buscaba y esperaba de Pedro que lo amase más de lo que lo amaban los demás – o por lo menos, que los otros seis discípulos que estaban con él.

Aquí tenemos que volver a lo ya dicho anteriormente – al que mucho se le perdona, mucho ama. Por haberle perdonado tanto a Pedro – más que a los demás – Jesús esperaba de él que correspondiese con un amor que estuviera en consonancia con ello.

Y también cabe otra consideración. Esas tres negaciones de Pedro, tan tajantes y categóricas - necesariamente tienen que haber contristado y aun herido a Jesús, que, con ser el dechado perfecto del amor, igualmente tenía un corazón tierno y sensible.

Así, anhelaba de Pedro un amor superlativo, acorde con la gracia y misericordia recibida, pero también – nos atrevemos a sugerir – que borrara ese triste recuerdo, y , en lugar de la tristeza que le había ocasionado anteriormente, le diese ahora el gozo inefable de verlo amarle como ningún otro, y como nunca antes había amado.

Y desde luego que para Pedro, esto mismo también sería una terapia maravillosa, que le haría olvidar por completo ese episodio tan triste de su triple negación.

“Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo.” (21:16)

En esta segunda oportunidad Jesús omite “*más que éstos*”, pero vuelve a emplear el verbo *agapos*. Al contestar Pedro afirmativamente, otra vez con *filos* – el Maestro lo exhorta a pastorear Sus ovejas.

Es decir, que insiste en ese amor *agapos* , que se brinda en forma noble y generosa por los dictados de la conciencia – pero esta vez, encaminado hacia Sus ovejas.

¿Será que el Maestro consideraba más arduo y exigente el pastorear las ovejas que los corderos? Muchas veces, habiendo perdido el candor de la infancia espiritual, pueden llegar al punto de pensar que ya saben mucho, o lo saben todo, y no son fáciles de enseñar, guiar o corregir.

“Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? (filos) Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”. (filos) (21:17)

Aquí vemos como Jesús ya no emplea el verbo *agapos*, sino *filos*. Del nivel tan alto en que empezó en la primera, ha descendido en la segunda y ahora también en la tercera, para situarse en el mismo nivel en que Pedro se encuentra.

Esto nos puntualiza la gloria de Su gracia para con nosotros. Primeramente busca hacernos ver la meta alta que tiene para nuestra vida, y de la cual, quizá sin saberlo, distamos mucho, y a menudo ni siquiera la comprendemos, pensando en valores numéricos, el éxito ministerial, etc., mientras Él en cambio ve las cosas desde la perspectiva más elevada de la nobleza altruista, y aun el sacrificio como expresión del amor perfecto.

Mas en Su gran bondad, condesciende a bajar a nuestro pobre nivel, para comenzar a elevarnos con Su trato sabio, paciente y perseverante, hasta hacernos alcanzar aquello que se había propuesto, y que, por supuesto, es mucho mejor.

Resulta comprensible que Pedro se entristeciese de que Jesús le preguntase si le amaba por tercera vez. Muy posiblemente pensaba que el Señor dudaba de su sinceridad, y tal vez le asediaba el recuerdo de que lo había negado tres veces.

“¿Será por eso que me lo vuelve a preguntar, por tercera vez?”

No creemos de ninguna manera que se trataba de dudar su sinceridad, sino que Jesús, junto con todo lo demás que va en este pasaje, estaba sanando a Pedro de las tres heridas profundas que dejó en su alma esa triple negación.

Siendo heridas causadas por el odio de Satanás, que había pedido poder zarandearlo como al trigo, Jesús empleó el remedio maravilloso y único de Su gran amor. Cada una de esas tres preguntas que le hizo a Pedro iba saturada de ese amor sin igual hacia él, y dirigida precisamente a cada una de esas tres heridas, para comunicarle el bálsamo y la gracia de una sanidad y restauración que iban a ser completas y perfectas. (#)

Las palabras “*Señor, tú lo sabes todo*” muestran como, en medio de su tristeza, Pedro se refugiaba en la magnánima omnisciencia de Cristo. Era como decir:

“Verdad que te negado y traicionado cobarde y ruinmente. Mas tú sabes que fue mi debilidad humana que, por el temor a los hombres, me movió en esa hora a obrar de esa forma tan lamentable. Pero sabes también que eso que hice esa noche tan oscura no es la verdad de lo que hay en mi corazón. Y si estoy aquí, otra vez junto a Ti, es porque te amo y te amo de verdad.”

A continuación, Jesús le volvió a encargarse que apacentase Sus ovejas. Algunas versiones dan *ovejas pequeñas*, tanto para el versículo 16 como para el 17.

Esto nos podría sugerir una escala de laboriosidad y madurez creciente, a saber, *corderos, ovejas pequeñas y ovejas*.

Pero esta tercera no se detiene ahí, sino que se remonta mucho más alto.

“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.”

“Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.” (21:18-19)

Ese amor *agapo*, en su expresión más elevada, se ofrenda a sí mismo, dándose de lleno, aun con el sacrificio, por el ser al cual se ama.

El mismo Jesús ya lo había ejemplificado al nivel más encumbrado y sublime, al entregarse voluntariamente a la muerte de cruz, con toda la angustia y dolor que le supuso – y todo por amor a Pedro, y también a cada uno de nosotros.

Identificado en esta tercera pregunta con el amor *filos* de Pedro, le anuncia cómo la gracia Suya lo habrá de pulir y perfeccionar, escalando sucesivos niveles de progreso y maduración, hasta alcanzar el zenit de ese amor *agapo*, en la cima gloriosa que el propósito divino para su vida le había asignado.

La malicia satánica quiso hundirlo y dejarlo como un apóstata desdichado, derrotado y fracasado, habiendo renegado de su fe tres veces, como ya hemos dicho, maldiciendo, con juramento, y en público ante muchos testigos.

La gracia infinita de Jesús, que sobrepuja todo eso y mucho más, se pone en marcha para frustrarlo todo y restaurarlo en la medida más maravillosa. Ese varón Simón Pedro, por la pericia y el amor perseverante y triunfante de Su Maestro, habría de llegar a la realización más completa y gloriosa en su vida y servicio.

Y al llegar al fin de su trayectoria, habría de morir como un mártir valiente, como todo un héroe – uno grande de verdad.

(#) Para una exposición más amplia y detallada de esto, ver páginas 190 a 192 de nuestra obra anterior “Hora de Volver a Dios.”

Pero la grandeza no estaría en el título de mártir valiente, o gran héroe, sino en haber extendido sus manos y dejarse llevar a donde, por los sentidos normales y corrientes, no habría querido ir nunca. Llevado, sin embargo, por el impulso de ese amor *agapos* que se habría de perfeccionar en él, buscando por encima de todo la gloria de Dios, aun cuando le costase la vida.

¡Gracia superlativa, maravillosa e insondable!

Pero descendamos ahora de esa cumbre tan elevada, al llano de nuestra propia estrechez y pequeñez.

Cuando el Señor pone algo *una vez* en Su palabra, ya de por sí tiene mucho peso e importancia. Cuando lo pone *dos veces*, tanto más. Y cuando, como en este caso, lo hace *tres veces*, es porque es algo de fundamental valor y relevancia.

Esta pregunta de Jesús - *¿me amas?* – dirigida a Pedro en esas tres ocasiones, está consignada en la Escritura por la inspiración del Espíritu Santo, para darle una proyección mucho mayor aun.

Sin duda, a los que le seguimos y servimos, la misma pregunta nos llega en forma inaudible, pero muy real, en nuestro hombre interior, vez tras vez a lo largo de los años, y en las muchas y variadas vicisitudes de nuestro peregrinaje.

Tomemos algunos ejemplos imaginarios y, de alguna manera, típicos.

“Señor, hoy estoy cansado y con pocas ganas, Dejaré la lectura y la oración para mañana, y tampoco iré a la reunión por la tarde. A ver si me repongo, recreándome con un paseo y mirando un programa interesante que será justo a la misma hora de la reunión.”

De parte del Señor, viene como un suave susurro, la pregunta:

“Fulgencio, hijo de Pereza, ¿me amas?”

Y esa mirada serena, paciente y llena de amor que acompaña a la pregunta, lo entenece y lo desarma al querido Fulgencio. Su semblante cambia, inclina su cabeza, cierra los ojos, y con voz trémula dice:

“Perdóname, Señor; ¡qué malo soy! ¡qué ingrato y cuán inconstante! Sí, Señor, oraré, leeré con ganas Tu palabra, y estaré junto a mis hermanos para orar y escuchar Tu palabra.”

Gumersinda es muy trabajadora para el Señor, tesonera para buscar almas y es muy raro que falte a las reuniones, tanto de día Domingo como de mitad de semana. Sin embargo, ha tenido el defecto de ser muy suelta de lengua, lo cual en más de una oportunidad ha causado problemas en la iglesia en que se congrega.

Con todo, ante una severa amonestación del pastor, ha prometido corregirse radicalmente, y desde hace un par de meses lleva un ayuno total en cuanto a habladurías, críticas y chismes.

Pero ahora se presenta una situación contradictoria, con varias cosas fuera de lugar en la vida de dos o tres hermanos y hermanas. Se siente fuertemente tentada, y está a punto de volver a dar rienda suelta a su lengua.

No obstante, antes de hacerlo, felizmente se pone a orar, y al poco, es como si una voz tierna y suave resonase en su interior preguntándole:

“Gumersinda, ¿me amas?”

No puede reprimir las lágrimas ante esa voz tan dulce y buena, y arrepentida, responde:

“Sí, Señor, te amo – y por amor de Ti callaré. No comentaré nada, y en cambio, sólo hablaré contigo sobre el asunto, para rogarte que Tú, que todo lo puedes, pongas las cosas en su debido lugar con esos hermanos y hermanas.”

Así podemos seguir, habiendo empezado con el amigo Fulgencio desde quizá uno de los peldaños más bajos.

Ahora se trata de no ceder ante la tentación – en medio de dificultades y problemas – de dar lugar al desánimo y dejar que nuestra fe y consagración al Señor decaigan un poco; o bien, de renunciar a cosas que no son pecaminosas ni malas en sí, que incluso otros buenos hermanos las hacen y disfrutan, pero que sabemos que a nosotros nos robarían tiempo y energías, que sabemos que tenemos que dedicar a esa causa mayor y mejor, que es la de servirle a Él y buscar Su rostro con ahínco siempre.

Seguidamente, nuestro ascenso se perfila hacia lo que nos procura una menor comodidad y bienestar personal, en aras de servir a los demás, sean descariados, sean corderos, ovejas pequeñas, u ovejas con bastantes años, pero igualmente necesitadas.

Y siguiendo en este derrotero – el de la cruz, el del verdadero amor *agapos* – inevitablemente llegamos al punto en que nos duele. Ya sea en el alma, o en nuestro cuerpo, en carne viva – llámese cansancio, o agotamiento físico, o incluso malestar y dolor. En medio de eso se presenta una obligación moral de ayudar, servir o consolar. El cumplirla no traerá placer ni deleite a nuestros sentidos naturales, y en un plano normal y corriente, todo en nosotros se inclina por dejarlo de lado, y ocuparnos de nosotros mismos, buscando nuestro propio refrigerio y bienestar.

No obstante, ese amor *agapos* que se ha ido madurando con los años, no se deja regir por eso, sino por los dictados de la conciencia, que reclama que nos neguemos a nosotros mismos, y en nuestro diario vivir nos asemejemos cada vez más al precioso Cordero de Dios.

Esa es la verdadera grandeza que Él se había propuesto forjar en Simón Pedro, y que también desea forjar en cada uno de nosotros.

Hoy día los valores morales se han distorsionado en la sociedad de tal manera, que lo que interesa es saber si algo trae placer o bienestar. De ser así - *adelante, hazlo* - que no importa si es en parte deshonesto, egoísta o falto de ética o escrúpulos.

Nos tememos que en algunos sectores de la iglesia, aquello que constituye la verdadera grandeza no está bien comprendido. Se piensa, como ya hemos señalado antes, en los valores numéricos y el éxito, o si no, en la buena imagen ante los demás, y en algunos círculos, hasta la popularidad y la fama, y también la prosperidad material y económica.

Pero, lo que se desprende con mucha claridad de esta última conversación de Jesús con Su primer apóstol, va por una senda totalmente distinta.

Como ya se ha dicho, la verdadera grandeza que Él anhelaba para él, y nos consta que sin lugar a dudas la anhela también para nosotros, es muy diferente de todo eso.

Se trata de hacer la voluntad de Dios en todo, como hijos del verdadero amor. Un amor que se ha de ir madurando para no saber de egoísmos ni de envidias; un amor que yendo más allá del mayor o menor beneficio que podamos lograr, se preocupa más que nada por agradar al que más interesa – el Padre Celestial – y por procurar el bien del hermano o del prójimo.

Un amor que, aun en la debilidad, el cansancio y hasta el dolor, con una gracia sobrenatural que viene de lo alto, se brinda con nobleza y desinterés, no teniendo como su aspiración ninguna otra cosa, que recibir el sello aprobatorio de Aquél a quien se ama de verdad, y por sobre todo lo demás en la vida.

Y en este sentido, cabe que rindamos unas palabras de tributo a tantos misioneros, que dejando atrás la comodidad y el bienestar, han ido a países de pobreza y miseria para llevar el amor de Cristo a quienes tanto lo necesitan. Muchos de ellos han padecido, pasando por escasez, tribulación, grandes pruebas y a menudo perdiendo la salud y a veces hasta la misma vida.

En ellos sí que se ha visto y se ve la verdadera grandeza, y aun cuando muchos de ellos son desconocidos para la mayoría, en el día del Señor se comprobará fehacientemente en cuanto a ellos lo que Jesús nos preanunció: *“los últimos serán los primeros.”*

Querido lector, que has seguido el curso largo y sinuoso de las muchas preguntas de Dios, que hemos intentado ir desgranando y comentando en los veinte capítulos del libro que estás terminando de leer: que esta pregunta de Jesús – “¿me amas?” - la más importante de todas, encuentre una respuesta plenamente afirmativa de tu parte.

Y que ese amor, que, al final de cuentas, Él es el que lo ha engendrado en tu pecho, crezca, se desarrolle y madure, hasta llevarte a la verdadera grandeza. No la del relumbre, la apariencia y el aplauso, sino la de la auténtica nobleza que se despoja del egoísmo y el interés personal, para amar de verdad, así como Jesús ama.

Así, y sólo así, se verá plenamente cumplido en ti, y en cada uno de nosotros, el propósito que Dios ha tenido al crearnos, llamarnos y salvarnos – para que seamos Suyos de verdad, y a Su imagen y semejanza por toda la eternidad – auténticos hijos del verdadero amor. Amén.

----- () -----